

**GUIA**  
**DEL MAESTRO DE INSTRUCCION PRIMARIA,**

ó

**ESTUDIOS MORALES**

ACERCA DE SUS DISPOSICIONES Y CONDUCTA.

**POR D. MARIANO CARDERERA,**

Secretario honorario de S. M. é inspector general de instruccion primaria.

---

**SEGUNDA EDICION.**

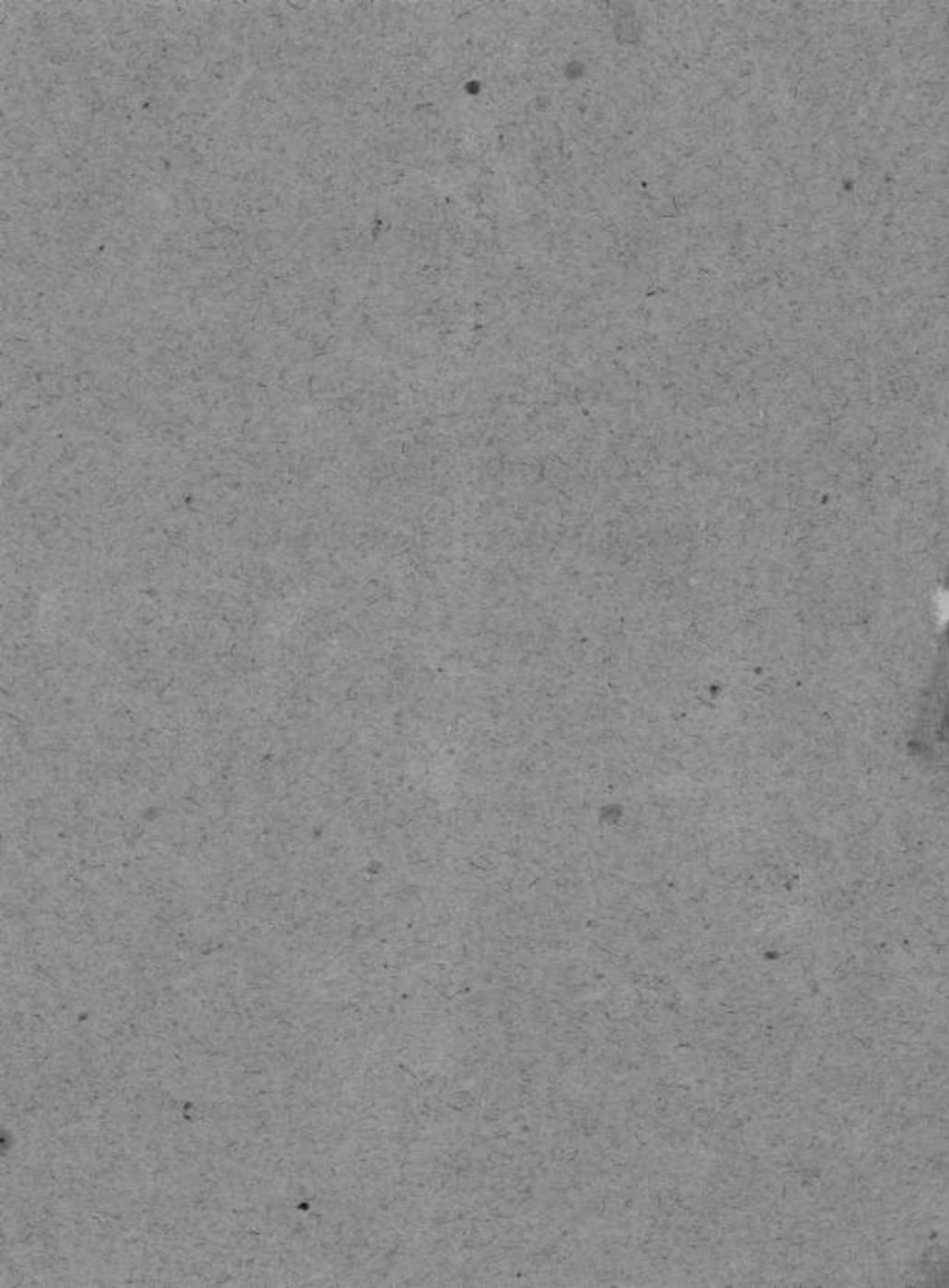
---

MADRID:

Imprenta de A. Vicente, calle de Lavapies, número 10.

1855.

01  
311



ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO  
DEPARTAMENTO DE EDUCACION  
FRANCISCO MORALES  
**GUIA**

DEL

**MAESTRO DE INSTRUCCION PRIMARIA.**

B.P. de Soria



61120884

D-1 2311

2-1  
311

1111

Es propiedad del autor.

MAESTRO DE INSTRUCION PRIMARIA

# GUIA

DEL MAESTRO DE INSTRUCCION PRIMARIA,

ó

**ESTUDIOS MORALES**

ACERCA DE SUS DISPOSICIONES Y CONDUCTA.

**POR D. MARIANO CARDERERA,**

*Secretario honorario de S. M. é inspector general de instruccion primaria.*

---

**SEGUNDA EDICION.**

---

**MADRID:**

Imprenta de A. Vicente, calle de Lavapies, número 10.

---

1853.

UNA

DEL MAESTRO DE INSTRUCCION PRIMARIA

ESTUDIOS MORALES

AGENCIA DE LOS DISPOSITORES Y COMPLETA

DE D. MARIANO CRUZADA

AGENCIA DE LOS DISPOSITORES Y COMPLETA

SEGUNDA EDICION

MADRID:

Imprenta de A. Vicens, calle de Lavapies, número 10

1888

EXCMO. SR.

*La dedicatoria de la **Guia del Maestro**, pobre tributo para el aventajado escritor, el antiguo jefe de la instruccion pública y el hombre de Estado, es un sincero testimonio de respetuoso afecto al hombre de miras elevadas y sentimientos generosas que no se desdena descender de la altura de la ciencia para fomentar la instruccion elemental. Aceptelo V. E., lenévolo, la cual será para mi nuevo motivo de agradecimiento y dará a mis **Consejos**, la autoridad que necesitan.*

Mariano Carderera.



## INTRODUCCION.

Conviene encomendar las escuelas á profesores hábiles y entendidos en el arte de formar el corazón y desenvolver el entendimiento del hombre, ó es preferible poner la educación del niño en manos de maestros de lectura y escritura adiestrados solamente en la práctica de la enseñanza? Por absurdo que parezca este problema, se ha debatido por mucho tiempo, y no sin fundamento, entre personas sensatas que piensan y meditan las cosas. Ilustrar al maestro acerca de la importancia y trascendencia de la educación, exigirle estudios variados aunque elementales, sujetándolo al mismo tiempo á una vida oscura y austera, ¿no es poner á prueba la virtud mas grande y sublime? ¿No es exponerlo á que, comparando lo elevado de su misión y sacrificios con la mezquindad de la recompensa, se indigne de la suerte que se le depara y vuelva contra la sociedad las armas que se le entregan para servirla y defenderla? Por otra parte: si no comprende su misión, ¿cómo ha de cumplirla? ¿cómo ha

de educar al niño si no conoce las facultades del hombre con las leyes de su desarrollo, y si ignora lo que es la sociedad, el orden, la moral y la religion?

En esta alternativa, la opinion pública de los paises cultos se ha declarado abiertamente en favor del primer extremo, confiando en la sensatez y abnegacion de los hombres que se consagran á tan importante ministerio; á las maestros toca acreditar con su conducta la justicia de un fallo que tanto les honra.

El maestro está encargado de una mision elevada y trascendental, y debe comprenderlo asi. El padre le encomienda sus hijos queridos para que los instruya y los dirija por el camino de la virtud; la patria le entrega los futuros ciudadanos para que les infunda amor y respeto á las leyes y á las tradiciones gloriosas del pais; la sociedad deposita en sus manos las tiernas criaturas, porvenir del mundo, para que les enseñe á distinguir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, antes que invadan su tierna inteligencia las ideas que se propagan por sí mismas, sin que haya dique que las contenga, confundidas con el sofisma y el error, y para que le devuelva hombres honrados y cristianos. Y ¿cómo corresponder á tan ilimitada confianza? No hay mas que un medio: penetrarse de los deberes que impone, y cumplirlos religiosamente con abnegacion y desinterés.

La situacion del maestro es difícil; y aunque la instruccion primaria cuente en todas partes defen-

sos entendidos y entusiastas, no faltan preocupados y ardientes adversarios. Por tales motivos, y conocidas nuestras simpatías hácia las escuelas, asi como la mancomunidad de miras é intereses con los profesores, no se extrañará que dirijamos á estos algunas advertencias, sin ánimo de imponer nuestra voluntad al que despues de un maduro exámen no la encontrase conforme con sus ideas. Siempre hemos creido que el maestro es el que mas puede contribuir á honrar y á que sea honrada su profesion: por eso al publicar el *Curso de Pedagogía* de Rendu, traducido al castellano, para suplir la falta de un libro de esta clase en nuestro idioma, tuvimos presente en la eleccion la sencillez de la doctrina, y sobre todo las lecciones que encierra acerca de los deberes del maestro; por eso insistimos hoy en llamar la atencion sobre los mismos deberes, cuya rigurosa observancia es el medio eficaz de destruir todo género de prevenciones contra las escuelas.

LA GUIA DEL MAESTRO comprende la enumeracion de estos deberes, y los consejos y advertencias propias para facilitar su cumplimiento. Tiende á ilustrar á los profesores sobre sus cualidades, sus obligaciones en la educacion y enseñanza, su posicion en la sociedad y el espíritu de la sociedad, y sobre sus intereses y necesidades. Desconfiando de nuestras propias fuerzas, hemos consultado los escritos que sobre el particular circulan con mas aceptacion en España, Francia y Alemania, y presentamos el fruto de nuestros estudios y experiencia en

breve resúmen para mayor comodidad de las personas á quienes nos dirigimos.

Abrigamos el convencimiento de que, conocido el deseo que nos anima, serán acogidas con benevolencia nuestras palabras; mas, para evitar interpretaciones en materia tan delicada, debemos hacer una salvedad con Rollin: «Empiezo suplicando al lector, que al hablar de advertencias, reglas, preceptos y deberes, palabras que me veré precisado á emplear en el asunto de que trato, me haga la justicia de creer que no pretendo prescribir leyes á nadie, ni erigirme en maestro ó censor de mis comprofesores.—Mi único intento es ayudar, si puedo, á las personas á quienes se encarga la educacion de los niños en una edad en que, privadas del auxilio de la experiencia, están expuestas á cometer muchas faltas, como yo mismo las he cometido, y tener la satisfaccion de contribuir á evitarlas por medio de mis reflexiones, ó mas bien, por las de los hombres mas entendidos en materia de educacion.»

## PARTE PRIMERA.

### DISPOSICIONES Y PREPARACION DEL MAESTRO.

#### CAPÍTULO I.

##### DE LA IMPORTANCIA DEL MAGISTERIO.

No hay empleo mas elevado ni mas difieil. Se aprecia al gran pintor, al distinguido estatuario; pero, ¿qué son estas artes en comparacion de la excelencia del arte del que trabaja, no en el hierro ó el mármol, sino en el espiritu?

*(San Juan Crisóstomo.)*

La escuela es un importantísimo establecimiento para la educacion intelectual y moral del pueblo; pero no es mas que un medio entre otros encaminados al mismo fin. *(Dinter.)*

Bellas y elocuentes páginas se han escrito sobre la excelencia y provechosos frutos de la educacion, sin agotarse el asunto. Cultivar, desarrollar, fortalecer y pulir las facultades que constituyen la naturaleza y dignidad humana, sacándolas del letargo en que están sumidas en el principio de la existencia, es continuar la obra de Dios, dando accion y movimiento á estas facultades y estableciéndolas en la plenitud de su poder. Preparar al hombre para cumplir su destino en esta vida y para alcanzar su fin en un mundo mejor, es la obra

humana mas noble y perfecta : es como el reflejo de la accion , bondad y sabiduria divina. Por el influjo de la educacion se fomentan los sanos sentimientos del individuo , se fortifican las buenas costumbres domésticas, se inspiran las virtudes sociales , y se forman , en fin, hombres de buen sentido, hombres de fé y hombres de bien, imbuidos en los deberes de la caridad.

Iguales beneficios suelen atribuirse á la instruccion primaria, y desde fines del siglo último especialmente no se perdonan palabras ni expresiones para encarecer la importancia y trascendencia del magisterio. El bien de las familias , se dice , el de los pueblos y el del Estado, depende de la escuela; el maestro es el reformador del género humano ; y el célebre Lord Brougham exclama en un momento de entusiasmo : «El maestro y no el cañon será en lo sucesivo el árbitro de los destinos del mundo.»

Digno es de elogio el interés y zelo con que por tales medios se realza el magisterio , desconsiderado y deprimido por el comun de las gentes, pero conviene juzgar de su importancia con sobriedad. ¿Dependen acaso exclusivamente del maestro tan singulares beneficios? ¿No influyen en nada el ejemplo y lecciones del padre de familia, el ejemplo y lecciones de las cosas que nos rodean, la religion, los libros, y cuanto directa ó indirectamente pone en juego la inteligencia y el corazon? A cada cosa, pues, su lugar, que los servicios de la escuela son por sí mismos bastante importantes para que se necesite exagerarlos.

El maestro no es el único dispensador de la educacion , pero asociado á la tierna y cariñosa solicitud del padre y de la madre, coopera á despertar las adormecidas facultades del niño , ejercita las fuerzas de un ser tan débil como falto de experiencia, fortifica la razon y

dirige la voluntad para hacerlo hombre honrado y laborioso. Una generacion tras otra se somete al influjo de accion tan provechosa, la cual, extendiéndose de dia en dia en mas ancho círculo, alcanza al pobre y al desvalido, supliendo los deberes de las familias cuyo severo destino les obliga á regar el pan con el sudor del rostro, sin dejarles tiempo para pensar en el porvenir de sus hijos. Estas pobres criaturas que vienen al mundo en medio del rigor de la fortuna, que están sujetas á mil privaciones y necesidades, y que no ven una suerte mas lisonjera en adelante, hallan en la escuela un protector y un guia que les prepara y conduce á la felicidad futura. Allí, bajo el manto de la religion y la virtud, desarrollan y fortifican los mas nobles sentimientos del corazon, se habitúan á la paciencia y aprenden á resignarse con las penalidades y sufrimientos de la vida que les espera: allí, en medio de la tranquilidad y la calma, disfrutan los puros goces del entendimiento; goces que deberán abandonar bien pronto para ocuparse sin tregua ni descanso en los medios de ganar la subsistencia.

Tal es la honrosa y meritoria obra encomendada al maestro de la infancia. Si no abraza la educacion completa del hombre, comprende una parte de gran trascendencia: la escuela coopera, en efecto, á desarrollar los preciosos gérmenes del espíritu, dando á la inteligencia conocimientos útiles, y á desenvolver el sentimiento moral y religioso, elevando los pensamientos del hombre en la edad en que las impresiones hacen mas profunda huella.

Penétrese pues el maestro del espíritu de la instruccion primaria, estudie los servicios que presta, y comprenderá la verdadera importancia de su destino, con satisfaccion, pero sin vanagloria y sin hacerse ilusio-

nes falaces y seductoras. Fórmese idea de lo elevado de su mision, mas no para envanecerse, sino para alentarse con el bien que ejecuta, cuando tenga que luchar contra las contrariedades y disgustos; no para considerarse como el reformador de la sociedad y pretender dar lecciones á los hombres, sino para reformarse á sí mismo é imbuir á los niños en la virtud; no para engreirse, sino para meditar sobre la naturaleza y extension de los deberes que impone y, desconfiando de sus luces y poder, esforzarse por cumplirlos dignamente: la mision del maestro será sublime, pero como todas las obras santas, debe ser sobre todo humilde y desinteresada.

## CAPÍTULO II.

## DE LA POSICION DEL MAESTRO.

He vivido como mendigo para enseñar á los mendigos á vivir como hombres.

*(Pestalozzi á Gesner.)*

Me direis, acaso, que os condeno á una vida de esclavitud; pero no soy yo, sino vosotros mismos los que os condenais, al aceptar tan grande responsabilidad.

*(De Gerando.)*

A medida que la instruccion primaria adquiere mayor importancia, gana el maestro en consideracion y dignidad moral en el concepto público. Hombres benéficos, escritores profundos y legisladores eminentes se ocupan á porfía de cincuenta años á esta parte en propagar las escuelas, ennoblecer el magisterio, instruir á los maestros y mejorar su suerte. Tales esfuerzos darán su fruto; mas no hay que hacerse ilusiones: la posicion del maestro es y será siempre penosa, delicada y resbaladiza; las flores de que está sembrado el campo de la educacion y enseñanza de la niñez, oculta espinas y abrojos.

La perspectiva del maestro, á pesar de cuanto se ha hecho y se intenta en su favor es, por lo comun, un pueblo de reducido vecindario donde tendrá que luchar con la ignorancia y las preocupaciones, con el descontento y hasta con la ingratitud de las mismas personas en cuyo servicio se afana sin descanso: un mismo trabajo repetido mañana y tarde para instruir á

niños perezosos y descontentos, y para corregir el carácter de los viciosos y groseros; una casa modesta, si no desmantelada, donde guarecerse rodeado de su familia para vivir con la mayor estrechez, cuando no en la pobreza. En último resultado, á pesar de teorías deslumbradoras, á pesar de los buenos deseos de las personas entendidas y de los esfuerzos de las autoridades superiores, esta es la realidad, como lo dice la experiencia diaria y como se deduce del estudio de la sociedad en que ha de obrar el profesor y de los deberes de la profesion.

En los pueblos de corto vecindario y escasos conocimientos es á veces el maestro un oráculo, mientras que en las grandes poblaciones, donde la instruccion es mas general y extensa, pasan desapercibidos los sacrificios á que se sujeta, y apenas se da importancia á su talento y conocimientos. Superior por sus luces en todas partes á la mayoría de los que le rodean, es inferior á la generalidad en cuanto á bienes de fortuna, lo cual le coloca en una situacion vaga y difícil. Si atendiendo á su carácter moral deja dominarse del orgullo, tiende á ensalzarse y atrae sobre sí la animadversion y el desprecio; si se abate y desalienta por la consideracion de la escasez de recursos, pierde el influjo y ascendiente necesarios para el desempeño de sus deberes.

Obligado por la naturaleza de su destino á relacionarse y mantener frecuente trato con todas las familias y especialmente con las de educacion mas descuidada, tendrá necesidad de estar siempre alerta para no habituarse al lenguaje grosero, á los gustos, á los intereses y á las pasiones de muchas de ellas. Incapaz de transigir con la conciencia, deberá armarse de resolucion enérgica para desaprobar con templanza y firmeza los

desórdenes y los abusos que se cometan en su presencia, dando ejemplo de conducta arreglada, pues que los padres de familia, aun los mas abandonados, no le entregarian los bienes mas preciosos de su corazon, á no tener ciega confianza en las luces, probidad y carácter porque debe distinguirse el encargado de educar á la niñez.

El tacto mas exquisito y toda la prudencia y discrecion no bastan á veces para destruir los embarazos que se suscitan al maestro. Sujeto á las miradas de los niños, de los padres y de las autoridades, todos le vigilan, todos le inspeccionan, todos se consideran con derecho á juzgarle. Cuanto menos se le da, mas se exige de él. Si tiene alguna debilidad, si cae en algun desliz, no encuentra indulgencia de ningun género: los mas tolerantes son jueces rígidos y severos en tratándose del maestro. Aun sin motivo alguno, no faltan frívolos pretextos para molestarle. Las personas poco instruidas son suspicaces, inclinadas á interpretar las cosas en el peor sentido, y si hoy juzgan con calma y tranquilidad, un acontecimiento cualquiera que conmueva las pasiones cierra sus ojos á la razon y la verdad, y desde entonces la ligereza se toma por falta, y los actos mas inocentes son objeto de graves imputaciones.

Y en cambio de tantas exigencias, justas y legítimas, en cambio de ingraticudes y persecuciones inmerecidas, ¿cuáles son las ventajas materiales del maestro? Una asignacion inferior en muchas partes á la del jornalero del campo, y en todas reducida y aun mezquina; un corto sueldo pagado con irregularidad y una retribucion de los niños pertenecientes á familias acomodadas, incierta é insignificante; una asignacion, en fin, que apenas alcanza para vivir con decoro aun acos-

tumbrándose á pasar con poco y á una vida frugal y moderada.

Con ligeras excepciones, esta es la posicion del maestro de instruccion primaria. Su destino no es una industria, es una carrera de abnegacion á que es preciso dedicar todas las facultades y todos los momentos, sin brillo ni esplendor, sin esperar recompensa proporcionada á sus trabajos, desvelos y sacrificios. Los que mas se interesan por los progresos de la educacion, reconociendo la imposibilidad de remunerar dignamente á los que se consagran á dirigirla, apelan á la conciencia y á los sentimientos religiosos, invitándoles á *trabajar por los hombres y esperar de Dios la recompensa*. ¡Y en verdad que despues de la satisfaccion inferior de hacer el bien á la sociedad y á las familias, no hay en este mundo galardón proporcionado á los servicios de los que, asociándose á la autoridad paterna, se dedican á ilustrar la inteligencia y dirigir la voluntad hácia el bien en el modesto recinto de la escuela!

## CAPÍTULO III.

## DE LAS DOTES DEL MAESTRO EN GENERAL.

¿Quereis saber lo que se necesita para ser buen maestro? Helo aqui: juicio sano, buena memoria, imaginacion viva, amor á la niñez, entusiasmo por la educacion, someterse sinceramente á los deberes que la moral y religion nos imponen. (Münch.)

Las dotes personales del individuo se manifiestan en su porte y conducta; con entera independendencia de la voluntad. Los actos exteriores revelan la vida interior, son el espejo del alma donde se refleja el modo de sentir y de pensar, y los motivos que nos deciden á proceder de una manera determinada. Por reservados que seamos en nuestras intenciones, dificilmente conseguimos encubrir los principios que dirigen nuestros actos; y, á pesar de todos los esfuerzos, basta el mas leve roce con nuestros semejantes para darnos á conocer é inspirar estimacion ó desprecio, confianza ó recelo, simpatía ó desvío, segun los motivos que determinan la voluntad, manifiestos en las acciones mas insignificantes.

Esto nos dice cuanto debemos esmerarnos en arreglar nuestra conducta á principios fijos, conformes á la razon y á la religion. Esto explica la importancia de las dotes del maestro, el cual no puede dar un paso en el cumplimiento de sus deberes sin la confianza, estima-

cion y respeto de los discípulos, sin la consideracion de las autoridades y familias, y sin el aprecio de todos.

Las dotes del maestro se refieren al cuerpo y al alma. Las físicas consisten principalmente en la buena salud. Las del alma corresponden al entendimiento y la voluntad, y constituyen el saber y la virtud.

Del amor de Dios se derivan las dotes del espíritu. El sentimiento moral y religioso, y las creencias y prácticas del cristianismo, elevan el alma y dan fuerzas para resignarse el hombre con su destino en el mundo, para sufrir con paciencia inalterable los disgustos y adversidades, y para permanecer fiel y exacto en el cumplimiento de las obligaciones de cada uno. La religion habitúa al trabajo, al estudio, á la sumision, á la modestia, á la paciencia, á la justicia y á la práctica de todas las virtudes. Por la fé se fortalece el carácter; la esperanza da aliento y alegría; la caridad enseña á ser tolerante, benévolo y caritativo.

Estos principios, en que se funda el carácter moral del buen maestro, vivificando los sentimientos nobles y elevados, constituyen el orden y regularidad firme y constante en la vida, á cuyo precio se obtiene la paz y calma interior, y la estimacion y confianza de las personas con quienes nos ponemos en contacto.

El saber en el maestro comprende la instruccion y el arte de comunicarla y de dirigir la voluntad hácia el bien. Para enseñar es preciso saber mas de lo que se enseña, ordenar las ideas poniéndolas al alcance del que aprende, y expresarse con sencillez y claridad. Entre la instruccion y el talento de enseñar hay notable diferencia, de que proviene que no sea el mejor maestro el que posee mayor suma de conocimientos, sino el que sabe transmitir al discípulo los que mas necesita este. Por instruido que sea el que explica, si

no hay claridad en sus ideas, si su lenguaje no es la expresion fiel y exacta del pensamiento, han de ser estériles todos sus esfuerzos: de un entendimiento confuso no sale mas que confusion y desórden, y las palabras oscuras no pueden irradiar la luz y la claridad.

El que aspire á la enseñanza de los niños y no reúna estos dones naturales, debe suplirlos hasta donde alcance con el estudio y la práctica. Habituándose á ver bien, á examinar las cosas con detenimiento, á reflexionar sobre ellas y á darse cuenta de sus ideas, al cabo de tiempo y constancia obtendrá en gran parte el resultado que es de apetecer.

Una vez que el maestro reúna las dotes expresadas, ejercerá su ministerio con fruto y sin esfuerzo ni repugnancia. Evitando las escenas tumultuosas de los pueblos, huyendo de las reuniones poco decentes, renunciando á los placeres groseros, buscará la sociedad de las personas pacíficas y virtuosas, y se hallará satisfecho y contento entre los discípulos. Exacto en el cumplimiento de sus deberes, será el primero en presentarse en la escuela y el último en abandonarla. Despues de la debida preparacion, enseñará con órden y diligencia, sin sobrecargar de trabajo á los discípulos, ni hacerles estudiar lo útil hasta despues de haber empleado el tiempo en lo esencial. Procurará descender hasta el nivel de los niños para facilitar la inteligencia de lo que enseña, y de los preceptos acerca de la conducta, objeto constante de sus instrucciones, inculcándolos con el ejemplo mas bien que con razonamientos áridos y estériles. Amando sinceramente á los discípulos, les tratará con amor y benevolencia, será indulgente para con las debilidades de la infancia; y cuando tenga que imponer castigos por faltas inexcusables, dejará traslucir el afecto del padre que corrige y no el rencor del agraviado que se venga.

Por esta conducta verá en su derredor la alegría y el contento, y el amor de los niños le alcanzará el favor de los padres. Tal confianza, la regularidad de costumbres, la sabiduría de preceptos y consejos, la elevacion de miras y sentimientos, la modestia y la prudente firmeza de carácter, le darán el ascendiente moral que corresponde al maestro y que le disputa la opinion vulgar. Por fin, si alguna vez triunfan de la razon las malas pasiones, sufrirá tranquilo y resignado las consecuencias, satisfecho de su conducta y de haberlas conjurado aunque en vano con todo su poder; y, consagrado por generosa eleccion á hacer el bien, *decidido á vivir y morir en el seno de la escuela, en el servicio de la instruccion primaria, que es para él el servicio de Dios y de los hombres*, verá con placer aumentarse el bienestar del pueblo, efecto en gran parte de su accion lenta y eficaz.

Por dificultades que ofrezca reunir las dotes de que provienen tan excelentes resultados, á costa de esfuerzos y sacrificios logrará el maestro obtener ó por lo menos suplir las que le haya negado la naturaleza.

## CAPÍTULO IV.

## DE LA VOCACION.

Debeis examinar con madurez vuestras disposiciones antes de consagraros á deberes trascendentales de que Dios y los hombres os han de pedir estrecha cuenta. (Barrau.)

La importancia y dignidad del magisterio es grande y elevada; la situación material del maestro, pobre, modesta y laboriosa. De la educacion dependen en gran parte los sentimientos, las ideas y las creencias del niño; y los hombres á quienes se encomienda cuando empiezan á desenvolverse los preciosos gérmenes de la criatura racional, no tienen otra perspectiva que una vida laboriosa, oscura y modesta, sin otro premio en este mundo que una módica retribucion, el aprecio de los hombres honrados, y la conciencia del bien que ejecutan. Tal es la idea que el maestro debe formarse de su destino, á cuyo fin se dirige lo anteriormente expuesto, y segun ella examinar las fuerzas é inclinaciones propias antes de abrazarlo.

La eleccion de estado es asunto de muy graves consecuencias para proceder con lijereza, ó dejarse arrastrar por el juicio de la multitud. No hay profesion alguna que no requiera virtudes especiales en el que la ejerce para cumplir y santificar los deberes que impone, y los del magisterio son raros y dificiles. Por eso, antes de abrazarla es preciso meditarlo con seriedad, reflexionarlo con madurez, pedir consejo á personas

ilustradas y consultar la voluntad divina. Sin esto no es fácil el acierto, y el error trae consigo mas pronto ó mas tarde doloroso y amargo arrepentimiento.

Con las dotes necesarias, el magisterio, penoso y austero en sí mismo, tiene sus atractivos y satisfacciones, y proporciona la calma y el bienestar; sin afición bien decidida es una carga pesada é insoportable. El que acepta este destino sin fuerzas suficientes, no solo es autor de su desgracia y la de los suyos, sino que sirve de piedra de escándalo á todos: de la conducta del maestro no solo depende su felicidad, sino la suerte de los niños cuya educacion se le confia.

En el exámen de las disposiciones interiores se requiere mucha reflexion para no dejarse seducir por el egoismo que, hábil en desfigurar la verdad, hace aparecer como inclinacion noble y honrosa lo que no es mas que deseo de adquirir las ventajas de una posicion fija. Conviene conocerse á fondo y no dejarse deslumbrar por las apariencias. Para esto es necesario penetrar en nuestro interior, juzgar con severidad acerca de los defectos y virtudes, é interrogar á la conciencia sobre los verdaderos motivos que determinan nuestra voluntad.

El magisterio, se ha dicho antes y es la verdad, requiere conducta austera y ejemplar; pero seria grande exageracion pedir al maestro olvido completo de sí mismo y de su bienestar. Vivir oscurecido, sin otro recreo que el trabajo, y contentarse con lo que los demas desprecian, es una virtud heróica que se admira, pero que no se manda. El deseo de obtener una subsistencia honrosa y modesta es natural y legítimo, y por el magisterio como por las demas profesiones puede aspirarse á conseguirla. Despues de trabajos penosos y dificiles, no solo es permitido sino necesario el recreo y la distraccion; sin miras ambiciosas y, resignándose á los sa-

crificios inevitables, es justo y hasta obligatorio pensar en la independencia modesta para tranquilidad propia y de la familia. Lo que se vitupera y condena en el maestro es el considerar el destino como un peso enorme, el desempeñar por mera fórmula las obligaciones que impone y el querer convertirlo en especulación lucrativa. Los que aspiran á enriquecerse por este camino, además de experimentar el disgusto de ver fallidos sus cálculos, deshonran su ministerio, porque con tales miras no es compatible la generosidad ni la delicadeza de conciencia, indispensables en la educación de la infancia.

— Debe cada uno consultar sus fuerzas sin abultar ni disminuir las dificultades del estado que se propone abrazar. La vocación para este destino se manifiesta por la modestia en hacer el bien, la resignación en las dificultades, la aptitud y zelo para adquirir conocimientos, el afecto á la niñez, el cual nos hace comprender sus ideas, y nos enseña el lenguaje propio para que sean inteligibles nuestras lecciones y ejemplo. El que descubre en sí mismo estas señales características, el que prefiere una vida inocente y sencilla al fausto y la ostentación, el que busca el contento interior más bien que los intereses materiales, puede considerarse adornado de las disposiciones necesarias para el magisterio, y estando prevenido contra las tentaciones de la veleidat y la inconstancia lo ejercerá dignamente. Si no es la vocación sino la necesidad la que decide á alguno á dedicarse á esta carrera, debe emplear todas sus fuerzas y pensamientos en cumplir los deberes que impone, y ya que no se haga notar por resultados especiales, que no dé tampoco motivo á la censura y las amonestaciones. Los esfuerzos y el denuedo constante producirán acaso los efectos de una vocación manifiesta.

---

## CAPÍTULO V.

## MODESTIA.

Porque todo aquel que se ensalza, humillado será: y el que se humilla, será ensalzado.

(San Lucas.)

La modestia, compañera fiel é inseparable del verdadero mérito y de todas las virtudes, cualidad preciosa rodeada de tanto mas lustre y esplendor cuanto menos lo busca, consiste en no tenernos en mas de lo que somos, sino, antes por el contrario, en desconfiar con prudencia de nuestras fuerzas y merecimientos. Esta opinion de nosotros mismos nos ensalza á la vista de los demas, nos atrae el aprecio y el favor hasta de las personas indiferentes, y destruye la envidia y la oposicion que se eleva contra los necios engreidos que presumen saber mas que todos.

La presuncion y el orgullo atraen las enemistades, el ridículo y el desprecio á los que se dejan dominar por vicios tan comunes como funestos. El hombre orgulloso que habla en tono de suficiencia y fatuidad, que afecta maneras graves y extravagantes para distinguirse, lleva en sí mismo el sello de la originalidad ridicula que provoca la burla y el desprecio. El que hace ostentacion de sus talentos y cualidades para humillar á la medianía, ó para rebajar el mérito y la superioridad que envidia y quisiera oscurecer, es un insolente que no tarda en sufrir el castigo, consecuencia natural de

la petulancia: irritase el amor propio ofendido, y elevándose la vanidad contra la vanidad, el orgullo contra el orgullo, se establece una lucha sin tregua ni perdon hasta abatir al que la provoca imprudentemente, hiriéndole en lo mas vivo, en la presuncion, y haciéndole perder sus fútiles y vanas ilusiones.

Proviene el orgullo comunmente de la nulidad, aunque no es raro engendrarse por el sentimiento del mérito y de la dificultad de alcanzarlo. A medida que el jóven crece en años y aumenta el caudal de conocimientos, se desliza en su espíritu casi insensiblemente este pernicioso vicio, que imposibilita los progresos y perfeccion del hombre.

El maestro cuya importante mision eleva su carácter y cuyo destino le pone habitualmente en contacto con seres inferiores á él bajo muchos conceptos, está muy expuesto á dejarse dominar de la presuncion y del orgullo. No reconoce otro origen la proverbial vanidad y pedantería del maestro de escuela que ha dado asunto á tantos escritos jocosos y burlescos. La ignorancia de los maestros de otros tiempos, consecuencia natural de la falta de preparacion y estudios especiales, hacia mas ridícula su vanidad, pero esta vanidad era inocente y no tenia otras consecuencias que las del ridículo que imprimia al magisterio. Los profesores de nuestros dias, expuestos á la presuncion como sus antecesores, por motivos casi idénticos, producirian mayores males, una vez dominados por este vicio fatal. Mas instruidos, iniciados en los elementos de varias ciencias, exagerando su instruccion y talentos, tendrían por insoportable el yugo de la enseñanza de los niños, aspirarian á una posicion mas elevada en que no podrian sostenerse, pretenderian aconsejar y dirigir á las autoridades poniéndose en pugna con ellas, y al ridículo inseparable

de esta conducta , al disgusto propio , añadirían el funesto ejemplo, para los demás, de la insubordinacion, la falta de respeto y el desórden. Asi pues , conviene que viva el maestro muy precavido contra esta disposicion, que en él seria mas perniciosa que en cualquiera otra persona , circunstancia que nos obliga á llamar su atencion sobre este punto en particular.

Examinando á la luz de la razon el verdadero mérito, comparando la extension de los conocimientos que posee cada uno con los de infinitas personas mas instruidas que él, encontrará remedio eficaz contra el amor propio en la notable inferioridad que no podrá menos de reconocer por su parte, y estímulo que le impulse á cultivar sus facultades y ocuparse con diligencia en el cumplimiento de sus deberes. Si dirigiendo la vista en su derredor descubre personas ignorantes; si está en relacion á todas horas con niños débiles , cuya inteligencia parece adormecida, tampoco esto será motivo para envanecerse , una vez que considere que á pocos esfuerzos puedan acaso aventajarle , y especialmente, que los dones del alma lo mismo que los del cuerpo, no son debidos solo á nuestro trabajo y merecimientos, sino á la bondad infinita que nos los ha dispensado como pudiera dispensarlos á los otros. De esta comparacion no podrá menos de resultar tambien el reconocimiento por los bienes que hemos recibido, y la conmiseracion hácia las personas que no han sido tan felizmente dotadas como nosotros.

El maestro encontrará ademas otro preservativo contra la vanidad y el orgullo en la idea que debe formarse de su propio carácter. ¿De qué proviene el verdadero mérito? ¿Depende de las dotes intelectuales, ni de las del cuerpo? ¿Es acaso la ciencia , ó es la virtud la que lo constituye? Y ¿es posible vanagloriarse de la

virtud ó de las cualidades morales sin desnaturalizarlas? En el momento que se hace ostentacion de ellas, pierden todo su valor, porque falta una de las principales, que no puede separarse de las demas á que sirve de salvaguardia, cual es la modestia. Por eso el maestro que se penetre bien de su posicion y carácter, se guardará de engreirse por las cualidades de que esté adornado, porque sabe que no haria mas que comprometerlas privándolas de lo que las hace apreciables.

El maestro modesto no se hace ilusiones, y teniendo desconfianza prudente de sí mismo, se ahorra disgustos y desengaños que hieren el amor propio y causan la infelicidad del hombre vano y presumido que se considera en mas de lo que vale. Respetuoso y sumiso con las autoridades, complaciente con las familias, convencido de que ocupa el puesto del que obedece y no del que manda, evita el mezclarse en los negocios del pueblo y el imponer sus ideas á nadie. Da ejemplo de sencillez, sumision y respeto á los discípulos, los cuales le imitan pronto y le abren su corazon con la misma sencillez é ingenuidad con que les trata. Asi conserva la calma y la tranquilidad de espíritu, y asi vive en paz y armonía con todo el mundo.

Cuanto mas se examinan los provechosos efectos de la modestia, mayores son los esfuerzos para obtener y conservar esta cualidad. Conviene sin embargo no llevarla hasta el exceso, haciéndola degenerar en abatimiento y bajeza. La modestia no debe ahogar en el maestro el deseo de aumentar la instruccion para cumplir mejor sus deberes, ni hacerle perder cierta elevacion en sus miras, en su porte, en su lenguaje, en sus hábitos y relaciones, elevacion que manifiesta moderada estimacion de sí mismo, justa y necesaria: la modestia no se opone á la dignidad.

---

## CAPÍTULO VI.

## DE LA PACIENCIA Y PERSEVERANCIA.

Tendreis sin embargo necesidad de un verdadero valor, de un género de valor poco conocido, muy difícil: el de la paciencia.

*(De Gerando.)*

La paciencia nos pone en guarda contra los demas; la perseverancia contra nosotros mismos.

*(Salmon.)*

Instruir y educar al niño luchando continuamente contra la ignorancia, hijereza, desaplicacion y caprichos; subordinar en la escuela las inclinaciones y movimientos individuales á la direccion general, conservando el órden y el silencio, y sometiendo al impulso y acciones comunes, como si fuese una masa unida y compacta, inteligencias tan diversas; ver destruido en un momento el trabajo de muchos días, y por el ejemplo y lecciones de los mismos padres; tener que combatir la preocupacion, la mala voluntad, la ingratitud y la injusticia; todo esto, ademas de grande actividad, de trabajo continuado y difícil, requiere abnegacion y presencia de ánimo: no puede menos de ser obra de paciencia y perseverancia.

La paciencia, virtud modesta y sublime á un mismo tiempo, es una de las dotes mas esenciales del maestro. Toda su carrera ha de ser un continuo ejercicio de esta preciosa virtud: paciencia en el trabajo á que se llama perseverancia; paciencia de corazon, que es lo mismo

que conformidad en las adversidades y disgustos de la vida; pero paciencia ilustrada, que no consiste en la insensibilidad y negligencia, sino en atacar sin tregua la ignorancia y el vicio, en combatir los males y en la disposición de soportarlos cuando faltan fuerzas para destruirlos.

Lo infructuoso del trabajo no es razon para desanimarse el maestro. Convencido de antemano de que explicará muchas veces sin que se le entienda y sin que se le escuche, por la distraccion é ignorancia de los discípulos; de que reprenderá sin corregir, y de que atacará los vicios sin destruirlos, debe renovar constantemente sus esfuerzos, y repetir las explicaciones y las advertencias y consejos sin descanso. A imitacion de la hormiga, que empieza y continúa una y cien veces su trabajo destruido en un instante por la planta del hombre cuando empezaba á vislumbrar el término de largos y penosos afanes, debe repetir con tranquilidad y confianza las lecciones y ejemplos hasta terminar la obra, á pesar de todas las interrupciones y contrariedades.

Con estas disposiciones, es fácil tratar á los niños con moderacion, perdonar las debilidades de la infancia y resistir á sus caprichos con tranquilidad y calma, asi como ser indulgente sin debilidad y sin confundir la deplorable falta de accion y consejo que protege á los malos y alienta á los buenos á imitarlos.

Fuera de la escuela no tendrá el maestro menos contrariedades que entre los niños, y no necesita menos resignacion y presencia de ánimo. Ni el zelo, ni el desinterés, ni el trabajo mas asiduo, ni resultados patentes y manifiestos bastan á veces á llamar la atencion hácia los importantes servicios que presta. Lejos de eso se interpretan mal sus miras, le contrarian los padres y

le abandonan las autoridades. No es raro suscitarle obstáculos y embarazos exprofeso, y hasta promover contra él las acusaciones mas injustas y absurdas.

En estos casos es preciso armarse tambien de paciencia y prudente energía, y disponerse al combate con discrecion y firmeza. El desaliento revela pobreza de ánimo y pequeñez de alma. Dicese que sin combate no hay triunfo, no hay gloria, no hay virtud. La paciencia, en efecto, sin contrariedades, sin obstáculos y sin pruebas, no es paciencia. Al influjo de esta virtud, unida á la perseverancia, se disipan las prevenciones y no hay obstáculos que resistan. Quanto mas costosa sea la victoria, mayor será el merecimiento; y cuando faltasen fuerzas para el combate, sobraria el valor para sufrir con ánimo fuerte y varonil las adversidades sin murmuracion, sin despecho y sin abatimiento.

La cólera y la impaciencia, lejos de destruir las dificultades, suscitan nuevos obstáculos y exacerban los males exagerándolos. La cólera, haciéndonos perder la calma, priva á la razon en gran parte de su poder y fuerza, nos obliga á ser injustos, y de la injusticia nos lleva á la crueldad sin apercibirnos.

Para juzgar con rectitud de las cosas y para obrar con dignidad y mesura, necesita el maestro acostumbrarse desde muy pronto á la resignacion, sin abatirse y sin renunciar á los nobles esfuerzos de la perseverancia. La paciencia, que hasta cierto punto es una cualidad natural y de carácter primitivo, se desarrolla y fortifica con la práctica como todas las virtudes. Es tanto mas penoso y difícil someterse á su imperio, quanto mayor es la sensibilidad del hombre y mas vivas las pasiones; pero con el ejercicio y el tiempo penetra insensiblemente en los hábitos de la vida.

El ejercicio de la paciencia y la perseverancia es un

combate interior entre diversas disposiciones del ánimo, combate que exige grandes esfuerzos, y cuyo triunfo depende del dominio del hombre sobre sí mismo, y se manifiesta por la calma y tranquilidad exterior. Peleando con ánimo resuelto y decidido, rara vez se resiste la victoria, y una vez conseguida se modera el dolor físico, se templan la violencia y amargura de los grandes dolores del espíritu, y se saca partido de las mismas contrariedades para perfeccionar el carácter y para la salud del alma y del cuerpo. Con estas virtudes aparece el maestro entre los niños como el juez que obra tranquilo y sereno en medio de los encontrados sentimientos de las partes, las cuales no pueden resistir el fallo de la imparcialidad y la justicia.

## CAPÍTULO VII.

## DE LA PREPARACION AL MAGISTERIO.

Es evidente que el porvenir de la enseñanza primaria de todos grados, depende de la educacion de los que han de dirigirla.

(Maiter, Le Visiteur.)

Para robustecer las cualidades de que hemos hablado y adquirir la aptitud necesaria en el ejercicio de las penosas funciones de la educacion de la niñez, no basta la voluntad y el buen deseo, especialmente desde que, dando mas importancia y consideracion á este ramo del servicio público, se muestran con razon mas exigentes las autoridades y las familias. El magisterio, como las demas carreras, requiere preparacion determinada para su buen desempeño, y asi como hay escuelas especiales donde se forman arquitectos é ingenieros, y seminarios conciliares donde se educan los eclesiásticos, por el mismo principio se han creado escuelas normales para la preparacion al magisterio de instruccion primaria.

En las escuelas normales ó seminarios de maestros se adquieren conocimientos y se aprende el arte de transmitirlos. Allí se estudia la naturaleza del hombre y el curso de su desarrollo, y en especial la del niño, con los principios y reglas generales y particulares de educacion; allí se desenvuelven y fortifican en el alumno por medios ingeniosos las cualidades del maestro; allí, en fin, adquieren los aspirantes al magisterio la

idoneidad que su destino exige, y se hacen dignos de ejercerlo.

Varios jóvenes reunidos en el mismo establecimiento gran parte del día, animados de un deseo comun, sometidos á una disciplina severa é inflexible que no solo alcanza á los actos exteriores sino que domina el pensamiento y la voluntad, se ocupan en perfeccionarse. La noble emulacion suscitada entre todos, los buenos hábitos adquiridos insensiblemente por la influencia de cuanto se ofrece á su vista y hiere sus oidos, y hasta de la atmósfera que les rodea, las tendencias morales y cristianas de la disciplina y el sistema de enseñanza, son medios eficaces para ejercitarles en todas las virtudes y especialmente en las peculiares de la profesion, con el fin de prevenirlos contra los disgustos y contrariedades que lleva consigo. Puede considerarse este establecimiento como el foco de donde irradia la vida moral é intelectual, que por medio de las escuelas de niños se difunde entre las familias de cada provincia ó de cada distrito.

Mas para conseguir tales resultados es indispensable que ponga de su parte el alumno los medios, y cumpla exactamente sus obligaciones. Despues de las de cristiano, las mas importantes consisten en la buena distribucion del tiempo y el trabajo; el amor, respeto y obediencia al director y maestros; la beneyolencia para con los condiscípulos, y la moderacion y templanza en todos los actos.

Ordenando el tiempo, haciéndose esclavo del reglamento en esta parte, se facilita el trabajo, y se obtienen mayores frutos con menos esfuerzos, que cuando se estudia á la ventura, sin plan fijo y determinado. El que aprende las lecciones y procura cumplir los demas deberes con exactitud, termina tranquilo el dia sin dis-

gustarse de lo pasado ni temer el porvenir. Por el contrario, el que se levanta y acuesta segun su capricho, el que estudia ó pasea segun las inspiraciones del momento, al llegar la prueba de sus adelantamientos, inquieto y desazonado, tiene que sujetarse á un trabajo extraordinario, útil cuando mas para salir del paso, pero de ningun modo para enriquecer el espiritu con una instruccion sólida y provechosa.

La juventud es la edad propia del estudio y el trabajo y para habituarse al orden, estado normal de la criatura inteligente. Los momentos son preciosos y el que los desprecia no tardará en arrepentirse, ademas de ser ingrato para con su familia que, imponiéndose costosos sacrificios, privándose acaso de lo necesario, le sostiene durante los estudios. Por eso el alumno no ha de contentarse con el trabajo que le imponen los maestros, sino que despues del necesario reposo debe ocuparse en fortificar y extender los conocimientos con lecturas piadosas y las de otros libros útiles é instructivos, mirando hácia adelante, es decir, á los exámenes de la escuela, al de carrera, á los concursos para la provision de magisterios y á las dificultades que ofrece el ejercicio de la profesion á que aspira. ¡Cuántos tienen que deplorar siendo adultos el tiempo perdido en la juventud y experimentan tristemente, cuando no hay remedio, las consecuencias de no haber aprovechado todos los instantes!

El trabajo y la buena distribucion del tiempo es uno de los elementos principales de orden; la observancia del plan de la escuela completa la disciplina, habitúa á la obediencia y enseña á mandar. Mas no basta para esto abstenerse de lo que se prohíbe y hacer lo que se manda por evitar las reprensiones y castigos, sino con el fin de sujetarse á la ley del deber. Una vez que las in-

tenciones y los actos exteriores se ajusten á este principio, se obedece con gusto y buena voluntad los mandatos del director, el cual es el padre, el amparo y el amigo de los alumnos; se ejecutan las órdenes de los profesores, encaminados siempre al bien de los discípulos, y se establece el afecto recíproco entre maestros y educandos, entre gobernantes y gobernados.

Teniendo confianza en los maestros, se les acerca el alumno sin cortedad á consultar las dudas que se le ofrecen en el estudio, ahorrándose mucho trabajo y dificultades. Por la misma confianza, escucha con sumision y gratitud los consejos, y sufre con paciencia las correcciones, atribuyéndose la culpa, persuadido de que solo alcanza la severidad á los desaplicados y viciosos. En esta inteligencia, y reconociendo la superioridad de los estudios y cualidades de los que le instruyen y los beneficios que le dispensan, no solo les aprecia y obedece, sino que les respeta sin esfuerzos ni violencia.

El mútuo afecto y benevolencia facilita el trato y buenas relaciones entre los condiscípulos, proporcionando las ventajas de la amistad pura y sincera. La union de las fuerzas en el trabajo comun da ánimo y aliento y lo hace mas agradable y llevadero. Lo que uno ignora lo enseña el otro, y por el cambio de luces y el auxilio recíproco de los talentos de cada uno, se hacen rápidos progresos con menos estudio individual. Al propio tiempo se extiende y fortifica entre todos la caridad cristiana, causa de los mas puros goces y las mas dulces emociones del alma.

Sin faltar á la amistad con todos, puede estrecharse y ser mas íntima con algunos por motivos particulares de simpatía. Cúidese no obstante de que no domine en esta union el pandillaje, ni se desenvuelva el sentimien-

to de oposicion á los de distinto pueblo, de diferente curso, ni de mas ó menos talento, y sobre todo de no asociarse á los que hablan de los deberes con desprecio ó no observasen conducta arreglada. El ejemplo es siempre fatal aun para los que están dotados de mejores disposiciones. El alumno bien educado se abstiene de decir y ejecutar lo que pueda ofender á los demas. Lejos de hacer uso de alusiones de mal género, ni de apelar á burlas pesadas para ridiculizar á los de poco talento ó que padecen alguna enfermedad, se duele de sus defectos y procura auxiliarle en sus necesidades, teniendo presente que las dotes del alma y las perfecciones del cuerpo son dones á que no tenemos derecho. Cuando median desavenencias entre los compañeros, en vez de agriarlas procura establecer la paz y reconciliacion. Aplauda los progresos y adelantamientos que provocan noble y honrosa emulacion, y excitan el deseo de imitarlos; nunca siente la miserable y ruin pasion de la envidia. Sobre todo no ejerce la delacion, que corrompe los sentimientos mas puros y elevados, y si por mandato del director está encargado de vigilar la conducta de los demas, como sucede á los inspectores, lo cumple con moderacion y prudencia, animado de caridad cristiana, y expone la verdad exenta de toda pasion.

El alumno que sigue esta conducta aprovecha en los estudios, obtiene la estimacion y aprecio de todos, y adquiere y robustece las prendas que distinguen al maestro digno de este nombre.

## PARTE SEGUNDA.

### EDUCACION É INSTRUCCION.

#### CAPÍTULO I.

##### LA ESCUELA BUENA.

Los discípulos, ocupados siempre en la escuela, haciendo á cada instante nuevos progresos, comprendiendo lo que estudian y repitiéndolo en sus casas con placer, se penetran pronto de que el estudio es un trabajo agradable y se dedican á él con afición. (Münch.)

Las prevenciones injustas se desvanecen por los resultados de la escuela. (Guizot.)

Hay ciertas cosas que no pueden ser buenas ni malas á medias: ó influyen de una manera provechosa en el bien, ó llevan tras de sí todas las fatales consecuencias del mal. Esto tiene aplicacion inmediata y directa á las escuelas.

Quando al aproximarse á un pueblo se descubren caminos y senderos bien conservados, y campos verdes y en buen cultivo, desde luego se conoce que domina en el vecindario el espíritu de orden y de amor al trabajo, idea que se confirma al penetrar en las calles, donde reina esmerado aseo y limpieza. Por la sencillez

de costumbres y carácter dulce de los habitantes se adivina las buenas relaciones que median entre las familias; por los juegos de los niños y por la urbanidad con que saludan y contestan al forastero, en lugar de burlarse y de mirarle y seguirle con estúpida sorpresa, se manifiestan los efectos de una educación excelente. Y ¿á quién se deben tan bellos resultados sino al párroco y á la escuela?

A una persona entendida y de reflexion, bástanle estos datos para juzgar al maestro sin conocerle, y á la escuela sin haberla visitado. Pero aproximémonos y veamos de cerca y bajo todos aspectos el establecimiento donde se instruye y educa la tierna infancia.

Al volver una calle ó al entrar en la plaza se presenta á la vista un edificio nuevo, ó por lo menos en buen estado, que sin ser elegante ni grande como un palacio, es cómodo y de buen gusto. Hé aquí el edificio de la escuela. La sencillez y agradable aspecto exterior previene favorablemente al que lo visita, y al introducirse en él no puede uno menos de experimentar cierta satisfaccion producida por la limpieza y la regularidad que se advierte en todas partes.

Llégase cerca de la sala donde se reúnen los niños, sin advertirse ruido ni confusion; diríase que estaba desierta. Se avanza hasta la puerta de la clase, y ni una mirada se dirige al forastero; ocupándose todos en sus respectivas tareas, no ven ni piensan en otra cosa. Se da un paso mas, y el ligero ruido de las pisadas, en medio de un profundo silencio, llama la atencion del profesor y los discípulos. Fijan estos la vista en el recién venido manifestando en el rostro la alegría y el placer que encuentran en el trabajo. A la señal convenida saludan afectuosamente por medio de un ademan digno y expresivo, y esperan en aptitud respetuosa la orden

de continuar la tarea. El maestro, que se ha puesto en pié si no lo estaba, se adelanta al encuentro del visitador con la serenidad en la frente y la calma en el corazón. Saluda; obtenida la venia dispone la continuacion de los ejercicios, que siguen la marcha ordinaria con el mayor orden, y escucha las palabras que se le dirigen. Pero dejémosle ocuparse en las lecciones, y pasemos revista á la clase.

En esta escuela no se experimenta la repugnancia y malestar tan comunes en otras muchas. Abiertas las ventanas con oportunidad, se respira aire puro, y no se siente el olor fétido y nauseabundo que obliga á los visitantes á abandonar muy pronto esta clase de establecimientos. Ocupados los discípulos en trabajos regulares, proporcionados á su inteligencia, no se advierte el ruido que en otras escuelas atruena los oidos, ni el desconcierto y confusion, insoportables á los que piensan y obran con orden. Alegres y aplicados los niños, estudian con atencion, y crecen y se instruyen y educan en medio de aquella atmósfera benéfica en que se desarrolla la vida por medio de una actividad variada y metódica.

Los cuerpos de carpintería ocupan el centro de la sala, paralelamente á la mesa del profesor, dispuestos de manera que los niños se colocan con entera comodidad y pueden entrar y salir sin molestar. Los adornos de las paredes consisten en diferentes objetos que sirven de enseñanza útil, sensible y constante. Sobresalen en el fondo, frente á la plataforma, los alfabetos mayúsculo y minúsculo y las cifras ó guarismos en grandes caracteres, ocupando el centro, y á uno y otro lado máximas y sentencias morales. En el costado derecho de la escuela resaltan los mapas mudos, universal, de Europa y de España, haciendo juego con los mapas escritos de Eu-

ropa y España, y el Cuadro de pesas y medidas métricas colocados en el izquierdo. Alrededor de las paredes, y debajo de dichos objetos, se ven lecciones de lectura y otras enseñanzas, en carteles. En el textero de la plataforma, bajo un sencillo y elegante dosel, ocupando el centro, se destaca un Crucifijo y el busto de S. M., y á los lados hay un armario, donde se guardan con aseó diversos objetos, y un estante con libros escogidos. A la derecha de la mesa del profesor está el encerado negro y á la izquierda otro encerado con la cuadrícula y el tablero contador. Frente á la puerta de entrada se leen en un cuadro los artículos del reglamento interior, cuya observancia compete á los niños. Los libros, papel, pizarras, tinteros, plumas, muestras de escritura, todo está en su lugar con el órden que corresponde.

El maestro recorre las diferentes secciones, explica, pregunta y corrige sin alterarse, sin levantar la voz, sin fatigarse nunca. Atento, cuidadoso, diligente, se halla en todas partes y al lado del que le necesita. Habla poco, pero dice mas con una mirada que otros con muchas palabras. Hace marchar al mismo nivel la instruccion y educacion; enseña con método aplicando los procedimientos mas provechosos, y cuando no le comprenden los discípulos, repite con paciencia la explicacion. Corrige con calma al que se distrae, pero no amenaza ni da golpes; castiga cuando es necesario, pero con mucha parsimonia. Su voz, afectuosa ó severa, segun conviene, alienta á los buenos y contiene á los demas. Todos le aman y le temen, ó por mejor decir, le respetan, y esta es la causa del ascendiente que ejerce.

Pero antes de alcanzar este resultado, ¡cuántos esfuerzos y sinsabores! Veámosle llegar al pueblo lleno de ilusiones, formando en su imaginacion proyectos de mejoras y de progresos, representándose la escuela tal

como la habia visto en la práctica normal, segun la describen los tratados de pedagogía, y cómo ha logrado establecerla, considerando á los vecinos animados de los mas vivos deseos por fomentar la educacion primaria. Al tocar la realidad, siente oprimírsele el corazon. Halla la sala de clases sin luz, sin medios de renovar el aire, negra y oscura como un calabozo, con muebles impropios, deteriorados é insuficientes. Visita á los vecinos y alguno no le ofrece asiento, y no falta quien le responde, al darse á conocer, que no teniendo hijos no necesita perder el tiempo con el maestro de escuela. Las autoridades á quienes reclama fondos para reparar algun tanto el local, le contestan bruscamente que demasiadas contribuciones tienen que satisfacer, que pase como su antecesor, menos exigente y sin duda mas hábil.

No bastando reflexiones de ningun género para persuadir á las autoridades, se retira el pobre maestro abatido y resuelto á abandonarse; pero medita acerca de su posición, piensa en las contrariedades y obstáculos que se oponen al hombre en todas las carreras de la vida, y recobra el ánimo. Manda limpiar la escuela de las inmundicias, la blanquea, hace algunos reparos en el mueblaje, ayudado del carpintero que le adelanta algunos trabajos á cuenta de las retribuciones de sus hijos, y contando con el apoyo del párroco, introduce otras mejoras, logrando que aquel local, inmundo poco antes, presente la fisonomía de escuela. Los niños, desatentos y desaplicados, se resisten en un principio, con todas las fuerzas, al órden y disciplina, pero al fin la paciencia del maestro vence la terquedad de los discípulos.

En tal estado las cosas, ofrece un exámen público, y cediendo á instancias y súplicas repetidas, asisten al-

gunos padres de familia. Llámales desde luego el aseo del local y el orden de los niños, aplauden en su interior los resultados, pero la ignorancia y la rutina se sublevarán contra las innovaciones, rebajando el mérito del nuevo maestro y oponiéndose bajo motivos ridículos á las prácticas mejor entendidas.

Acostumbrado el maestro á tales desengaños, no se desanima, y alentado por la aprobacion del párroco y las personas instruidas y sensatas, lejos de perder el tiempo en quejas y declamaciones inútiles, si no perjudiciales, insiste firme y perseverantemente en su propósito de mejoras y adelantamientos. Trabaja de dia en dia con mas ahinco, y aunque no hay innovacion que no sea objeto de critica para algunos, le conquista al mismo tiempo el afecto y cooperacion de otros, llegando á conseguir por este medio la aprobacion unánime y general del pueblo.

Cediendo por fin el vecindario á los constantes esfuerzos de tan digno maestro, reconocido á los diligentes cuidados que dispensa á la educacion de la niñez, no se perdona sacrificio por la escuela. Constrúyese un local cómodo, aunque modesto, se provee gradualmente de los enseres y objetos de enseñanza, y apreciándose en igual proporcion por el público las buenas prendas del maestro, gana este en consideracion y aprecio hasta ejercer saludable influjo en los niños y en las familias, que se los encomiendan con entera confianza.

En tal estado las cosas, ofrece un examen público, y cobrando á instancias y solicitudes repetidas, asisten al-

## CAPÍTULO II.

## LA ESCUELA MALA.

En la escuela, todo depende de la inteligencia y zelo del maestro. Donde esto falta son inútiles los métodos, los sistemas y la disciplina.

(Niémeyer.)

Figurémonos una sala con trozos ó restos de bancos y mesas, el piso lleno de polvo, papeles, barbas de plumas y otras inmundicias, y las paredes ahumadas, cubiertas de telas de araña y algunas muestras y carteles rotos; supongamos una reunion de niños sucios, inquietos, que van de un lado á otro sin órden ni concierto, y por último, en medio de semejante confusion, un hombre pálido, fatigado, gritando como un energúmeno para restablecer el órden entre aquella multitud de niños insubordinados, sujetos á su férula, ó bien en aptitud inoble haciéndoles deletrear ó recitar la leccion con monotonía y en tono chillon: esta es la imagen fiel de una escuela mal dirigida.

Para hablar al maestro es preciso acercarse al punto donde se halla, porque rara vez se adelanta á recibir á los que visitan la escuela. Preguntándole en qué se ocupan los niños, apenas sabe qué contestar, porque exceptuando los que tiene delante, ignora lo que hacen. Dando vuelta á la sala se encuentra por todos lados cuadernos, libros y otros objetos de enseñanza en

el mas completo desórden, estropeados y llenos de manchas.

Mientras tanto se deja oír un sordo murmullo y gritos discordantes que destrozan los oídos. Los niños, sin tarea determinada de que se les haya de pedir cuenta, pasan el tiempo hablando, poniendo el libro abierto delante de los labios como para disimular la conversacion y ocultar los gestos y muecas. Unos se incomodan y maltratan mútuamente hasta que lloran ó se quejan á voces, otros se rien, y todos juegan y se distraen sin cuidarse del estudio.

El maestro interrumpe mil veces las lecciones para imponer silencio, y tiene que individualizar la enseñanza por efecto del desórden. Cuando no bastan los gritos y voces desafortunadas para restablecer la calma por un momento, se irrita, reprende y castiga á diestro y siniestro, sin conseguir otra cosa que excitar la animadversión de los discípulos, despues de haber esgrimido la correa ó las disciplinas de un modo bárbaro y brutal.

Terminada la clase, rendido de disgusto y de fatiga, va á desfogar el mal humor contra su propia familia, víctima siempre de las contrariedades de la escuela. Ni le aprecian los vecinos, ni le respetan los niños, ni le escuchan las autoridades, ni merece confianza á ninguno. Busca pretextos para disculpar la falta de idoneidad, pero nadie da crédito á sus palabras aun prestándose á oirlas, y es objeto de burla y desprecio en el pueblo.

Los habitantes á quienes no ha sabido educar, no le guardan consideracion alguna. Los discípulos, que le temen, huyen de su presencia en las calles y paseos, señalándole con el dedo cuando le distinguen de lejos. Estos mismos niños se entretienen en juegos prohibidos, talan los campos y se apedrean entre sí, como si

no estuviesen contentos con el descrédito que el maestro mismo se busca en el pueblo y quisieran pregonarlo por los alrededores.

¡Cuánta vergüenza, cuánta inquietud y cuánta desdicha é infelicidad la del maestro cuya escuela se parece al modelo trazado!

## CAPÍTULO III.

## DE LA AUTORIDAD MORAL DEL MAESTRO.

La conservacion de la disciplina depende en gran parte de la buena organizacion de la escuela, y sobre todo del carácter personal del maestro.  
(*J. Willm.*)

Nada puede suplir la autoridad invisible, insensible, dependiente de vuestro carácter.  
(*De Gerando.*)

El orden y progresos de la escuela se funda en la autoridad moral del maestro, es decir, en el ascendiente que ejerce sobre los discípulos, el cual les obliga naturalmente y sin esfuerzo al respeto, estimacion, confianza y obediencia. Una escuela bien dirigida supone autoridad moral en el maestro; una escuela desordenada es efecto de la falta de ascendiente en el profesor.

El arte de gobernar es difícil, y tanto, que muy pocas personas ejercen el mando á satisfaccion de la mayoría de los gobernados. El hombre de estado, el presidente de una corporacion, y hasta el padre de familia en su reducido círculo, hallan á cada paso embarazos y dificultades, y tienen que oír quejas mas ó menos fundadas. La severidad se califica de dureza por los que son objeto de ella; la bondad para con unos se considera por los demas como flaqueza y excesiva indulgencia; el zelo y la perseverancia se toman por interés personal, atribuyéndose á miras poco nobles. Y esto no es extraño, porque para el ejercicio de un poder

cualquiera se requieren cualidades diversas, algunas de ellas al parecer encontradas, y es un ejercicio que no admite enseñanza sino en cuanto á ciertos principios, siendo en lo demás efecto de la observación y experiencia propias. Sujeta á la misma ley, la autoridad del profesor es muy difícil de establecer y conservar. Ni cuenta el maestro con la posición y fuerza de los que ejercen otros poderes delegados, ni median entre él y los discípulos las afecciones y sentimientos que entre el padre y los hijos. El ascendiente que ejerce depende principalmente de las dotes personales de que está adornado. Pero cuanto mas difícil sea obtener esta autoridad, y por serlo demasiado no mejora la disciplina en igual proporción que los métodos, tanto mayor debe ser la diligencia del maestro, y con tanto mas empeño debe emplear todas sus facultades para obtenerla.

La autoridad se funda en la razón y en los buenos sentimientos, y para establecerla es preciso acomodarse á lo que estos prescriben, y dirigirse á la inteligencia, y sobre todo al corazón de los niños, es decir, á ilustrar á estos acerca de sus deberes y á ganarse su confianza, conduciéndose en todo con grande moderación y reserva.

La autoridad que da el destino de maestro no basta para tener el necesario ascendiente entre los niños. La distancia que media, decíamos en otra parte (1), entre el que manda y el que obedece, aleja á los subordinados del que ejerce la autoridad, y les previene contra él cuando esta autoridad se impone por la fuerza y no por las circunstancias de que se halla adornada. La confianza supone la estimación y el afecto, sentimientos

(1) *Revista de instrucción primaria*, tomo II, pág. 210.

que tienen en el corazón asilo inaccesible á la fuerza y la violencia. Puede obligarse al niño por medios distintos al silencio, á la exactitud, al estudio; solo hay uno que le obligue á tener confianza, y éste es la persuasión. De otra manera se logrará á lo sumo algunas manifestaciones exteriores, falsas y fingidas; pero así no se consigue sino acrecer el mal, añadiendo el disimulo á la indiferencia ó la aversión. A nadie y menos al niño puede mandarse ni exigirse que ame. Cuando se quiere excitar este sentimiento hácia alguna persona, se pintan con agradables y risueños colores las circunstancias de que está adornada, se elogia su conducta; en una palabra, se trata de persuadir.»

Este es el porte que debe observar el maestro. Sin ponderar los sacrificios que se impone, trabajar incesantemente por los adelantamientos y bienestar de los discípulos; sin decirles que les ama, amarles de veras, con sinceridad y dando pruebas de su afecto y estimacion, haciéndola visible por las obras y no por las palabras. Solo así será correspondido, porque la estimacion y el afecto suponen reciprocidad, y solo así obtendrá la confianza que necesita.

Más para ejercer verdadera autoridad, al mismo tiempo que trata de abrirse paso hasta el corazón del niño, es preciso contener á esta á cierta distancia respetuosa. Si el maestro procura hacerse superior por el carácter, por la exactitud en cumplir los deberes del magisterio, por el porte en la escuela y fuera de ella, y por su conducta tanto pública como privada, es tambien condicion precisa no familiarizarse con los niños. Si se interesa por sus adelantamientos, si trabaja por facilitarles el estudio, si se les aproxima cuando juegan y se divierten, y aun se entretiene con ellos, es menester hacerles comprender que es efecto de la es-

timacion que les profesa , sin que esto les exima de la obediencia debida á su autoridad y el respeto á su persona.

Por la bondad y firmeza de carácter se establece la autoridad del maestro y se sientan los fundamentos de la disciplina de la escuela.

Nunca ha ejercido una accion indigna con reflexion de la infancia , no se puede menos de amarle tambien presentando , estudiando estos mismos defectos propios Si tiene defectos , si es ligero , desquiciado , terco , conozca no ha de tratarlo con bondad? ¿O quien lo descubierta estas bellas cualidades? Y quien que lo un niño , estudiándolo con inteligencia y amor , no ha cuanto puede? ¿O quien que haya observado de cerca á nando el dolor , extiende las manos para remediarlo en de los demás , derrama abundantes lágrimas; y advierte se inflaman sus ojos ; al apartarse de los sufrimientos talo de una accion generosa se conmueve su corazon mansignidad , y obra sin amargura y sin actividad. Al re- lo que es felicidad y ventura. Carece de ambicion y de el bien de sus semejantes , sino que se recoge por todo ble y grande; no supone el mal , ni se apresdambra por puseo lo que es amable y bueno; admira lo que es no- dor , la pureza y la inocencia. El niño cree , espera y La primera edad de la vida es la imagen del can-

El fondo y el alma del maestro ha de ser la bondad, el afecto y la ternura. (Duguescloup)

Amor é temor , son dos cosas que ha nacido manifestar que haya aquel que ha de recibir esas. (Lag. B. tit. 7. Part. 2.)

## CAPÍTULO IV.

## DE LA BONDAD.

El fondo y el alma del maestro ha de ser la bondad, el afecto y la ternura.

(Dupauloup.)

Amor é temor, son dos cosas que ha mucho menester que haya aquel que ha de recibir enseñanza y castigo de otro.

(Ley 9, tit. 7, Part. 2.)

La primera edad de la vida es la imágen del candor, la pureza y la inocencia. El niño cree, espera y busca lo que es amable y bueno; admira lo que es noble y grande; no supone el mal, ni se apesadumbra por el bien de sus semejantes, sino que se regocija por todo lo que es felicidad y ventura. Carece de ambicion y de malignidad, y obra sin amargura y sin acritud. Al relato de una accion generosa se conmueve su corazon y se inflaman sus ojos; al enterarse de los sufrimientos de los demas, derrama abundantes lágrimas; y adivinando el dolor, extiende las manos para remediarlo en cuanto puede. ¿Quién que haya observado de cerca á un niño, estudiándolo con inteligencia y amor, no ha descubierto estas bellas cualidades? ¿Y quién que lo conozca no ha de tratarlo con bondad?

Si tiene defectos, si es ligero, desaplicado, terco, presuntuoso, estudiando estos mismos defectos propios de la infancia, no se puede menos de amarle tambien. Nunca ha ejecutado una accion indigna con reflexion,

jamás ha despreciado la virtud á sabiendas ; conserva viva la justicia, la equidad natural y la buena fé. Si lleva en sí mismo la mancha original, es un gérmen envuelto en lo profundo del alma, sin desarrollo, y que aunque empezando á manifestarse puede contenerse, y se contiene sin grandes esfuerzos. Pero, en medio de todo, no hay cosa mas bella ni mas digna de ser amada que la razon y la virtud que empiezan á manifestarse en la criatura humana.

El niño á quien se trata con bondad, es franco y confiado. Confiesa ingénuamente sus faltas, y á la mas ligera advertencia se corrige y enmienda. Por el contrario, si se le trata con dureza, pierde la sensibilidad y no le hacen mella sino los castigos brutales que lo vuelven grosero y violento.

Los primeros estudios son áridos y difíciles, porque se sujeta al niño á la quietud y á fijar la atencion en la edad en que necesita mas que nunca respirar aire libre, en que la naturaleza exige el movimiento, la accion, los gritos, la variedad. Entonces, pues, es cuando mas necesita del auxilio y de la proteccion del maestro. Si no comprende las lecciones, si no está tan atento como fuera de desear, es preciso repetir la explicacion sin incomodarse, presentar las ideas bajo nueva forma y alentarle al estudio con benevolencia. El trabajo es siempre duro y no debe hacerse repugnante por la aspereza de las formas : conviene moderar la libertad de los discípulos, pero sin convertir la clase en prision.

El niño que sufre, halla consuelo en la benevolencia del maestro que se apresura á aliviarle con cariño. Cuando en determinadas circunstancias corre riesgo la inocencia del discípulo, le escucha con atencion y da crédito á las palabras del profesor, considerándolas como el remedio de un mal que no conoce bastante.

Acostumbrado á ver que el maestro toma interés por cuanto contribuye al bien, cree asimismo que en aquella ocasion obra por la propia causa.

No se concibe la bondad sin la indulgencia. El niño es débil, carece del conocimiento del mundo, se deja arrastrar por los malos ejemplos, y es preciso perdonarle algunas faltas que hasta cierto punto pueden considerarse como involuntarias. Una palabra de indulgencia y una reprension benévola á tiempo, producen admirable efecto.

Mas no debe confundirse la indulgencia con la debilidad. Es preciso distinguir entre las faltas que pueden perdonarse y las que no es conveniente dejar desapercibidas, y entre perdonarlas y dejar de corregirlas. La indulgencia consiste en la bondad de corazon, que prefiere el arrepentimiento, efecto de la reflexion, al que proviene de temor al castigo.

## CAPÍTULO V.

## DE LA SEVERIDAD Y FIRMEZA.

Que los niños comprendan la verdad, que conozcan alguna vez el temor y siempre el respeto, que tengan miramiento á los superiores y no consigan nada por la cólera. (Séneca.)

La bondad del maestro no es la bondad del amigo, ni menos la del compañero, sino la bondad del padre. No se trata á los discípulos de igual á igual, sino con la superioridad del que manda y gobierna, por más que se manifieste con palabras dulces y afectuosas. Por grande que sea el afecto que se les profese, no ha de dispensárseles en lo mas mínimo de la consideracion, el respeto y obediencia debidas á los superiores.

El niño que, efecto de la ligereza de la edad, no aprecia todas las consecuencias de su conducta, que obra por lo comun sin reflexionar, no puede dirigirse por solo el sentimiento del bien. Cuando hasta para los hombres, aun suponiéndolos exentos de las pasiones que se desenvuelven y agitan con los años, es indispensable la autoridad, con doble motivo será necesario semejante estímulo en la infancia en que falta el auxilio de la razon y la experiencia. Sin prudente firmeza, sin moderado alarde del poder, de nada sirven las prescripciones y reglamentos de la escuela, donde el contacto recíproco de niños de diversa índole é inclinaciones diferentes aumenta la ligereza propia de su carácter y

conduce á la disipacion si no les contiene el ascendiente y el respeto de la autoridad.

Persuadido el maestro de que las razones no están siempre al alcance de los niños, de que no conviene á veces explicarlas y de que se olvidan fácilmente, cuidará de hacerse respetar por su carácter obrando con aquella energía tan distante de la dureza que aflige y degrada, como de la debilidad que, dejando las faltas impunes, alienta á cometerlas. Antes de mandar, reflexiona lo que manda y si los discipulos están en disposicion de cumplirlo; pero ordenada una cosa, es preciso que se ejecute. No hay motivo para dispensar á ninguno de las reglas generales de la escuela, ni hay medio entre la sumision y la desobediencia. Cuando llegan á persuadirse los niños de que el maestro es tan bueno como severo y firme en sus resoluciones, no intentan evadir sus mandatos; penetrados de que la resistencia es inútil, rara vez ensayan los medios de sustraerse á las disposiciones del reglamento. La firmeza de carácter en el mando lleva consigo la obediencia, asi como la contemplacion fuera de tiempo da lugar á la indisciplina.

La severidad, sin embargo, no consiste en estar siempre sério y arrugar el entrecejo en presencia de los niños. Sin dejar de aparecer grave y digno, el maestro hábil sabe proporcionar momentos de inocente distraccion ó descanso por medio de palabras ó expresiones que hacen sonreir, interrumpen la monotonía del estudio y facilitan el trabajo. Mas para que esta rápida interrupcion no degeneren en desorden, es menester gran dominio en la clase; es indispensable saber unir la bondad á la firmeza, fundamentos en que estriba la autoridad que ejerce.

Y cuanto mas se reflexiona acerca del arte de dirigir

los niños, mas se patentiza la importancia del enlace de la severidad y la indulgencia, cualidades que separadas son siempre perjudiciales en sus efectos. La bondad que perdona á tiempo, hace aparecer al maestro como confiado en sus propios recursos y con fuerzas suficientes para corregir el desórden en caso necesario, lo cual le da superioridad entre los subordinados. Defiende al débil contra la opresion, y perdona al que manifiesta verdadero arrepentimiento y deseo de la enmienda.

La excesiva indulgencia fomenta la pereza, disgusta á los que se aplican, destruye el órden, y hace al maestro despreciable, rebajándole ante los discípulos, que atribuyen tal conducta á timidez ó falta de recursos para gobernar la clase. De la misma manera la severidad que se convierte en aspereza y excesivo rigor, ofende á los niños de buenos sentimientos y hace tercos é iracundos á los demas.

De aquí se infiere la necesidad de que el maestro cuide de ser severo y bondadoso á la vez, sin separar jamás estas dos cualidades, pues aun que la firmeza en ciertos casos puede bastar para el órden, no produce mas que el órden exterior, aparente, expuesto á alterarse cada instante por las malas pasiones que el temor amortigua, pero no ahoga ni estingue del todo.

es que la sociedad todas sin excepcion los admiten y que los padres de familia hacen uso de ellos; de consiguiente, conforme á estas reglas de la sabiduria divina, de las instituciones humanas y de las costumbres de la vida doméstica, es necesario establecer en las escuelas el atractivo del premio y el freno del castigo.

Pero estos medios de estímulo y de represion que usados con prudente discernimiento son muy provechosos, que hacen amar y temer, ó mas bien respetar

## CAPÍTULO VI.

## DE LOS PREMIOS Y CASTIGOS.

Sé indulgente para con las faltas y debilidades de los niños, y si tienes que castigar, hazlo de suerte que á través del castigo se descubra el afecto de padre. (Munch.)

Cuando se examina una buena escuela, se observa desde luego la escasez de premios y castigos. (Engelbrecht.)

Por mucho tiempo se ha debatido la cuestion de premios y castigos, sin agotar los argumentos en favor y en contra. Unos los rechazan como ofensivos á la criatura racional, que no debe tener otro norte ni otro estímulo que el sentimiento del deber y del honor; otros, por el contrario, los consideran como absolutamente indispensables por la debilidad de la naturaleza humana, y llevan esta consideracion hasta el exceso. Lo cierto es que Dios ha establecido premios y castigos, que las sociedades todas sin excepcion los admiten, y que los padres de familia hacen uso de ellos; de consiguiente, conforme á estas reglas de la sabiduría divina, de las instituciones humanas y de las costumbres de la vida doméstica, es necesario establecer en las escuelas el atractivo del premio y el freno del castigo.

Pero estos medios de estímulo y de represion que, usados con prudente discernimiento son muy provechosos, que hacen amar y temer, ó mas bien respetar

al maestro, producen efectos enteramente contrarios, contribuyen á que se le odie y desprecie cuando se abusa de ellos. Por eso es preciso mucho tacto, mucha prudencia en la aplicacion. Los premios y castigos han de tener un valor real y estar bien graduados, han de aplicarse segun el motivo de las acciones y no segun sus consecuencias, y sobre todo han de llevar el sello de la mas estricta equidad y justicia.

Los premios tienen por objeto excitar suavemente la emulacion lisonjeando el amor propio, pero la emulacion existe natural y necesariamente en toda reunion de hombres ocupados en el mismo asunto, y conviene no excitarla demasiado, sino dirigirla, porque de otro modo seria origen de fatales consecuencias. La emulacion natural anima y vivifica; la emulacion excesiva y desarreglada es un fuego que devora.

Los premios por tanto deben concederse con parsimonia, y no á las disposiciones naturales, sino al verdadero mérito, á la aplicacion y zelo especial y sostenido. Los elogios desmedidos, los epítetos y frases de grande efecto, producen lo contrario que se pretende y corrompen el carácter de los discípulos. Las cintas, medallas y distinciones exteriores, no son propias de nuestra época, y solo contribuyen á promover la vanidad y el orgullo, haciendo creer á los niños que todo el mundo tiene la vista fija en su persona.

Una ligera sonrisa, por parte del maestro, una demostracion afectuosa, ganar un puesto, billetes bien graduados por puntos, estampas ó grabados, una carta para los padres, menciones honorificas en presencia de las autoridades escolares, ó de otras personas que visiten la escuela, son los mejores premios, los cuales pueden variarse hasta lo infinito.

En la imposicion de castigos se requiere tanto ó

mas discernimiento que en la distribución de premios. Además de las condiciones de que se ha hablado antes en general, es menester que se apliquen con moderación, que sean proporcionados á la edad, el carácter, las disposiciones naturales y la inteligencia de los niños.

Los castigos tienen por objeto reprimir la falta de subordinación y obediencia al reglamento y todos los actos contrarios á la moral. Estas faltas deben llevar inmediatamente la pena merecida, pero teniendo presente que no tanto se trata de administrar justicia cuanto corregir los defectos, influyendo principalmente en las intenciones ó en la voluntad.

Conviene disminuir los castigos en cuanto sea posible por el bien de los niños y por el interés de la educación. El deber y la habilidad del maestro consisten mas bien en prevenir las faltas que en corregirlas. Por eso los castigos frecuentes es uno de los indicios mas seguros de la torpeza ó del descuido del profesor.

La razón y el buen sentido reprueban altamente los castigos corporales. Quéjense algunos de que no pudiendo emplearlos, se hallan desarmados y sin acción para contener á los discípulos, cuando lo que realmente les desarma es el uso de tales castigos, porque les hace perder la dignidad y el ascendiente moral. ¿Cuál es en parte la causa del espíritu de hostilidad que reina en algunas escuelas entre el maestro y los discípulos, sino las disciplinas y la correa, miserables y vergonzosos instrumentos de los que no saben elevarse á la posición de su destino y establecer su autoridad? Los golpes no sirven mas que para satisfacer la cólera del maestro, embruteciendo al niño de carácter débil, estimulando á la violencia con el ejemplo al de carácter vivo y resuelto, sin corregir ni á uno ni otro. Si el pa-

dre castiga á sus hijos de esta manera, no se delega al maestro la autoridad paterna en toda su plenitud, y la mano de un extraño no debe levantarse jamás para hacer justicia. Otro tanto puede decirse de la tortura y mas penas duras y crueles inventadas en algunas escuelas. Esos tormentos han desaparecido hasta de las leyes contra los criminales, y el espíritu público no habia de tolerarlos en las escuelas, cuyo régimen no puede compararse siquiera ni con el de las casas de correccion.

No menos debe abstenerse el maestro que se aprecie en algo de imponer las penas que humillan y ridiculizan al discípulo. Esas expresiones irónicas, esos carteles que se cuelgan al pecho ó á la espalda del niño con nombres de animales, esos gorros con orejas que excitan la hilaridad de los discípulos, son groseras injurias que afligen al culpable sin corregirle. La vergüenza debe provenir de la pena, no de la forma; que el castigo mortifique al que se hace acreedor á él, pero que no sea objeto de risa y pasatiempo para los demas.

Para contener á los niños, basta á veces la mirada severa del profesor. Una advertencia, una reprension oportuna, producen el mismo efecto. El recoger los billetes de premio, la privacion de recreo, el parte á los padres y á las autoridades, y otros castigos análogos autorizados por el reglamento y por el buen sentido, son los medios de represion legitimos y suficientes si el maestro sabe cumplir con su deber. Cuando no alcanzan á corregir á algun niño rebelde y acaso corrompido, entonces se está en el caso de seguir un régimen especial con anuencia de la comision escolar y de los padres, y oponiéndose estos, la autoridad sabrá despedir de la escuela al que sea motivo de desorden.

en los cuales se indica por medio de signos ó de

## CAPÍTULO VII.

## DE LOS REGISTROS.

Los registros ofrecen ventajas inapreciables, son el medio de ejercer la influencia que todo profesor que se estima en algo desea ejercer sobre los niños que se le confían. (Fritz.)

Considerábase el uso de los registros, con sobrado fundamento, como uno de los principales auxiliares del buen régimen y disciplina de las clases. En ellos se consigna día por día, impresión por impresión, cuanto es digno de observarse; de suerte, que constituyen la historia sucinta y verídica de la escuela. Es un libro abierto, donde se lee á todas horas las faltas y progresos de los discípulos, y donde se patentiza el orden y la inteligencia del profesor.

Los registros obligatorios son los de matrícula, asistencia, clasificación, notas semanales ó mensuales, y el de premios y castigos, según el reglamento de escuelas, el cual explica el modo de usarlos. A estos pueden agregarse con muchas ventajas el registro inventario, el de contabilidad, el de correspondencia, el de visitantes y el diario.

Todos estos registros se abren, en caso necesario, en tres libros, y aun en uno solo, como es fácil comprender. Consisten en cuadros impresos ó rayados á mano, en los cuales se indica por medio de signos ó de ex-

presiones breves lo que se quiere consignar. El coste de la adquisicion no excusa tenerlos á ninguno, pues que á falta de libros impresos basta una mano de papel con tapas ó cubiertas de color, preparada y rayada por el mismo maestro.

El tiempo y el trabajo que se invierte en llevarlos con órden y exactitud es tambien insignificante, sobre todo cuando se comparan con su utilidad é importancia para la educacion, instruccion y disciplina, y con las ventajas que ofrecen al maestro. El registro de matrícula ocupa un momento en las épocas de admision de niños á la escuela. Para llevar con regularidad y exactitud los de clasificacion y de notas semanales ó mensuales, basta emplear una ó dos horas á la semana ó al mes. El de asistencia se encomienda á los mismos discípulos. El de premios y castigos es un trabajo que se hace diariamente en hojas sueltas, y se traslada cada ocho dias al cuadro por medio de signos convencionales. Los demás exigen aun menos tiempo: hecho una vez el inventario, no hay mas que adicionarlo de tarde en tarde: el de contabilidad se emplea muy rara vez, y lo mismo puede decirse del de correspondencia, reducido á consignar algunas comunicaciones oficiales al cabo del año: en el de visitadores nada tiene que escribir el maestro á excepcion del título; y el diario, mas bien que trabajo, proporciona agradable entretenimiento. Así, pues, con buena voluntad y algún cuidado se cumple un deber que ofrece muchas y grandes ventajas á los discípulos, á las familias, y sobre todo al profesor.

287. Pasando la vista por los registros, examina el maestro su propia conducta, se persuade de la utilidad de aprovechar el tiempo, de atender con igual esmero á todos los discípulos, y del cumplimiento de los deberes con tal que abrigue buenos deseos. Los niños se pene-

tran muy pronto de que nada pasa desapercibido y olvidado, y cuanto mas temen la censura que se consigna en los libros, tanto mas se esfuerzan en obtener buenas notas.

En los registros consta la asistencia y la aplicacion, el aprovechamiento, el carácter y los ensayos hechos para reformarlo, en fin, el juicio exacto de cada niño. Asi, cuando el padre ó la madre se acerca á informarse de la conducta de su hijo, abre el profesor el registro, el cual habla por él. Cuando le piden noticias por escrito, tanto los padres como las autoridades, consulta el libro y encuentra la contestacion tambien escrita. Allí verá indicadas las advertencias que debe hacer á las familias semanal ó mensualmente, casi como los consejos que está obligado á dar á los padres al llegar la época de elegir profesion para los niños que le han confiado; allí, en fin, tendrá siempre un testigo incorruptible de la infancia encomendada á su direccion, testigo que no puede recusarse, y que le evitará muchos sinsabores, al mismo tiempo que hará ver su propia conducta, su zelo, su energia y sus esfuerzos.

Para el estudio y conducta del profesor, los registros es el libro mas precioso, el libro de oro donde se refleja cada uno de sus actos con la severa imparcialidad que busca siempre el hombre de bien. Es un tesoro que encierra las observaciones de la experiencia propia, enriquecido de dia en dia con nuevas observaciones, leccion viva que nos enseña á conducirnos, á estudiar el carácter y los hábitos de los discípulos, y que nos suministra datos para juzgar con acierto de nuestras propias acciones. Allí resaltan los desvelos y diligencia del profesor por la educacion, las disposiciones de los educandos y el auxilio que prestan las autoridades y las familias á tan digna obra. Cada uno de los cuadros

que comprende, es un testimonio que lleva á la posteridad los esfuerzos é inteligencia del profesor, ó su incuria y falta de aptitud.

El artesano trabaja con el sol y examina por la noche y en los ratos que las ocupaciones lo permiten, el producto de su trabajo; el hombre de negocios, al terminar el dia, se encierra en su gabinete, estudia y compulsá los libros de cuenta y razon para enterarse del estado de los asuntos en que se ocupa y con que gana la subsistencia; el maestro, pues, cuyos asuntos son de mayor importancia, porque se refieren al corazon, á la inteligencia y al cuerpo del hombre, á su porvenir en este mundo y en el otro, debe imitar estos ejemplos. Antes de entregarse al reposo, debe estudiar el bien que ha hecho, el mal que no ha sabido evitar, investigando los medios de repararlo. A este fin, los registros son un auxiliar poderoso y eficaz, son los libros de cuenta y razon donde encontrará cuanto necesita saber para apreciar justamente lo que se propone. Examínelos, pues, todas las noches, y se entregará luego al sueño, tranquilo y satisfecho, si tiene voluntad de cumplir y cumple con su deber.

Por eso importa mucho no desatender un solo momento estos registros. Es preciso llevarlos con regularidad y exactitud, porque la menor omision seria culpable.

Al encargarse de la escuela, el primer cuidado del maestro ha de ser examinar los registros del predecesor. Un libro de esta clase, de antigua fecha, es el mejor documento que puede consultarse para formar idea del estado de la educacion y enseñanza en el pueblo, y de los medios de mejorarla. Esa historia moral de la juventud es la mejor guia del maestro, porque le inicia en las disposiciones de las autoridades y las familias y en los

medios de obtener la cooperacion que necesita en la delicada tarea de que va á encargarse.

Cuando el maestro encuentra un tesoro de esta especie, debe aprovecharse de él, y se ahorrará no poco trabajo en el cumplimiento de sus deberes. Cuando no existe, como sucede por desgracia á causa de la poca importancia que suele dársele, debe formarlo al momento. Esto le costará alguna vigilia, pero solo así podrá darse cuenta, como hemos dicho, de las cualidades y progresos de los niños que se le confian; solo así podrá obtener el ascendiente y respeto en la escuela y la consideracion personal entre los vecinos, porque este registro será el libro de la ley para los discípulos, el memorial de las disposiciones, capacidad, saber, carácter y conducta de cada uno, un informe imparcial para los padres, y en cierto modo el pronóstico del porvenir del pueblo.

## CAPÍTULO VIII.

## DE LA EDUCACION.

Si educáis al pueblo para darle otras costumbres, otras virtudes que sus virtudes, cambiáis la naturaleza del pueblo, es decir, no haceis una obra de educacion, sino de revolucion.

(*Laurentie.*)

Mas por otra parte, todos sin excepcion, el artesano, el hijo del pueblo, el jornalero del campo, en el hecho, y solo en el hecho de ser hombres y cristianos, deben recibir una educacion que les haga disfrutar del desarrollo y energia de sus facultades en el grado conveniente.

(*Dupanloup.*)

La educacion como la ensenanza puede ser de dos maneras: natural y sistemática ó razonada. La educacion natural depende de las circunstancias en que se desenvuelve el individuo: las impresiones del niño, las palabras que llegan á sus oidos, las escenas que pasan á su vista, los ejemplos de la familia y de las personas con quienes está en contacto, los cuadros que la naturaleza ofrece á su contemplacion, todo le inspira sentimientos, determina su voluntad, forma su carácter y le hace adquirir hábitos buenos ó malos, segun sean estas circunstancias. La educacion sistemática, propiamente dicha, consiste en la accion libre y reflexiva del padre ó del maestro encaminada á formar el corazon del niño, á cultivar la inteligencia y robustecer el cuerpo. En la educacion del hombre sucede lo propio que en el desarrollo y crecimiento de las plantas: lo que son para el

hombre las circunstancias que le rodean, es para la planta el terreno, el aire, el sol, la lluvia; la educacion razonada y directa del padre ó el maestro, es para la criatura racional lo que la accion del jardinero, conforme á las reglas del arte fundadas en la observacion y la experiencia, es para el vegetal.

La educacion en uno y otro sentido, puede y debe atenderse en la escuela con especial cuidado y diligencia. Allí pasa el niño seis horas diarias por espacio de algunos años, precisamente en la edad mas tierna, cuando las impresiones son mas duraderas; y si el maestro es inteligente y zeloso, contraresta el influjo de las circunstancias exteriores perjudiciales á los discípulos, y habitúa á estos á la práctica de la virtud, al propio tiempo que les instruye en cosas útiles.

La educacion natural de la escuela depende del arreglo y disposicion del edificio, clasificacion de los niños, disciplina, enseñanza, lecciones, y, sobre todo, del ejemplo del profesor. El arreglo y distribucion del edificio influye tanto en la educacion moral y aun en la intelectual, como en la salud y robustez físicas. Los objetos que están constantemente á la vista del niño, hacen impresion en su espíritu, lo mismo que el aseo, la luz y el aire en el cuerpo, y de aquí la necesidad de no descuidar la parte material, á que suele darse poca importancia. Varios son los medios de disciplina, encaminados todos á mantener el orden y habituar á la aplicacion y al cumplimiento de los deberes. Cuando ponen en juego la emulacion noble y honrosa, cuando tienden á prevenir las faltas y á penetrar hasta las intenciones para que la obediencia sea de voluntad y destruir el disimulo y la hipocresía, es un excelente medio de educacion moral que debe tenerse muy en cuenta. Por los métodos y la forma de las lecciones, así como por la en-

señanza, se desenvuelven las facultades de la naturaleza humana y se hace el trabajo inteligente y agradable. La instrucción, en vez de encaminarse á la memoria, ha de ejercitar el juicio é ilustrar y robustecer la conciencia moral. El buen ejemplo del maestro consiste en manifestar en todo dignidad, bondad, firmeza, respeto y autoridad. Cuando se reúnen las expresadas circunstancias, la atmósfera de la escuela es pura y saludable, y no puede menos de influir de una manera activa y eficaz en bien de los discípulos.

De acuerdo con esta influencia general, la acción directa del maestro desarrolla y ennoblece metódicamente las facultades del niño. Á este fin conducen los ejercicios especiales para cada una de las disposiciones y facultades; y esto, que constituye la educación propiamente dicha, no es menos posible ni menos indispensable que la acción comun é indirecta de los objetos y prácticas de la escuela.

Muchas ocasiones se ofrecen al maestro de avivar y dirigir el sentimiento religioso, fuego divino que nos inclina hácia lo infinito y nos eleva hasta Dios, de donde emana la luz que ilustrando el entendimiento y la conciencia nos hace conocer y amar el bien. La oración con que principia y termina la escuela, la señal de la cruz al empezar los ejercicios, las lecciones de doctrina cristiana, las de lectura y las augustas ceremonias de la iglesia, se prestan admirablemente á desenvolver y guiar las disposiciones naturales del hombre hácia la Divinidad, de modo que á la vez que se fortalece el sentimiento religioso, se adquiere la práctica de expresarlo por el culto, y se nutre el espíritu de las verdades reveladas.

La educación moral, así como la religiosa, se funda en la ley natural y en la revelada, de suerte que ambas

tienen el mismo principio é igual tendencia, y la primera está comprendida, en cierto modo, en la segunda. Se distinguen no obstante en que en la religiosa domina la idea de Dios y en la moral la idea del deber, la cual está mucho menos al alcance de los niños que la de Dios, á causa de que las nociones del bien y el mal, de lo justo y lo injusto, son demasiado abstractas para ellos. Por eso conviene referir los preceptos morales á los principios religiosos en cuanto sea fácil, mucho mas siendo las creencias católicas la mejor garantía de las costumbres; pero sin olvidar el objeto, es decir, habituando á cumplir los deberes por obedecer á la voz de la conciencia; pues el sentimiento religioso y el moral, aunque fundados en el mismo principio, provienen de dos disposiciones diferentes. Las mismas prácticas expresadas antes, los ejemplos y las explicaciones particulares, son los medios de educacion moral.

Historias y ejemplos escogidos con acierto y presentados al niño con claridad, le llevan naturalmente y sin esfuerzo de la admiracion al conocimiento del bien y el mal, y á amar lo uno y odiar lo otro. Cuando no hay preferencia ni predileccion entre los discípulos, se desarrolla entre ellos el sentimiento de la equidad, y la leccion y el ejemplo oportunos bastan entonces para inspirarlo y desenvolverlo, hasta en los mas viciados por sus padres. La bondad de corazon se manifiesta por la dulzura y benevolencia para con todos, los sentimientos afectuosos y las disposiciones á la union y concordia. El maestro provoca y fomenta estas buenas disposiciones, haciendo que los discípulos se presten servicios mútuos, manifestándose condescendiente cuando alguno pida indulgencia para los demas. La mentira se combate presentándola en toda su fealdad, y haciendo que el embustero no consiga el objeto que se propone:

empleando estos medios, al fin se logra destruir tan mal hábito con mas ó menos trabajo. La docilidad, el espíritu de subordinacion y el respeto á la autoridad, se infunden menos por las lecciones que por la conducta del maestro. Siendo este bueno é indulgente, puede tener al discípulo á cierta distancia, medida por el respeto, estableciendo entre ambos una barrera que no traspáse jamás ni el amor ni el afecto, y á pocos esfuerzos se obtiene lo que se desea. Por fin, para influir en el carácter del niño y en sus inclinaciones, se apela al sentimiento religioso, al raciocinio, á la persuasion, á la autoridad y al amor propio, excitado con mesura para no promover el orgullo ni el desaliento.

Quando el niño ha contraído algun vicio ó mal hábito, se apela á remedios especiales con mucha prudencia. Si no hay mas que sospechas, se le observa y vigila con diligencia, guardando reserva para no exponerse á darle idea de lo que acaso ignora, ó á una negativa obstinada á que no hay medio de contradecir. Quando las señales son ciertas, es preciso hablarle en particular, censurar la conducta que observa y hacerle ver las consecuencias, pero con afabilidad, con sentimiento, que es el medio de hacerle confesar la verdad, envuelta en lágrimas de dolor y arrepentimiento. No corrigiéndose, se da cuenta á los padres, y por último, á la comision local. Quando el mal hábito ha viciado á muchos niños, se procede con igual prudencia, empezando por el que aparece el gefe de ellos, despidiéndole de la escuela en caso necesario, por los medios que establece la ley.

Para la cultura directa y metódica de las facultades de la inteligencia, hay ocasion oportuna en todas las lecciones. El sistema llamado interrogativo, que en realidad no es mas que una circunstancia de los buenos métodos,

y aplicable en todas las enseñanzas, se presta admirablemente á este fin. Los ejercicios bien dirigidos forman el juicio, desarrollando las facultades mentales que á él concurren. Llamando la atencion sobre los objetos que los niños tienen á la vista, sobre los que constituyen la leccion, haciéndoselos enumerar y describir, comparándolos entre sí y con objetos que han examinado antes, se habitúan á atender, se cultiva la percepcion, la imaginacion, la memoria y el juicio, y aprenden á expresarse. Los ejercicios de cálculo, los de análisis lógico y gramatical, vendrán despues á excitar la reflexion, fortalecer el juicio y el raciocinio.

La salud, la robustez, la agilidad y destreza y los hábitos de orden, fin principal de la educacion fisica, pueden tambien favorecerse de una manera directa en los escuelas. Los consejos higiénicos mas comunes explicados con claridad y sencillez, confirmados con ejemplos palpables, el cuidado del aseo y limpieza, la buena distribucion de los ejercicios, y la direccion de los juegos, antes de entrar ó despues de salir de la escuela, en el patio ó corral, son medios de educacion fisica practicables en todas partes. Por estos cuidados se conserva la salud, se robustecen y adquieren agilidad los órganos del cuerpo, y se habitúan los niños á la regularidad y al orden, hábitos que suelen constituir el bienestar y prosperidad de las familias.

Por estos cuidados se distinguen los profesores inteligentes, y cumplen la mas importante de sus obligaciones, cual es la educacion.

## CAPÍTULO IX.

## DE LA INSTRUCCION.

La instruccion ha de ser proporcionada á las circunstancias interiores y exteriores en medio de las cuales se halla el discipulo.

(Dumont.)

No pretendemos enseñar las ciencias en toda su extension, sino sentar los fundamentos, abrir el camino, á fin de que cada uno pueda marchar luego por sí solo.

(Werhli.)

La instruccion primaria ha variado de carácter en los últimos tiempos, ó por mejor decir, ha recobrado el carácter que le es propio y peculiar. Considerábase la escuela, con grave error, como preparacion para otras carreras, como el aprendizaje de las diversas profesiones á que habia de dedicarse despues el discipulo, prescindiendo de que este, antes de ser artesano, labrador ó abogado, es hombre y necesita prepararse para el cumplimiento de los deberes que como tal ha de llenar en todos los instantes y en el transcurso de la vida. La instruccion primaria ha de satisfacer á las necesidades del discipulo como ser racional en primera línea y, en lo posible, disponerle para el ejercicio del destino ú ocupacion á que se consagre en la edad competente, cultivando al efecto las facultades del alma y el cuerpo, y dándole conocimientos de utilidad y aplicacion comun. Mas la aptitud intelectual y moral es antes que la utilidad práctica, y las facultades del en-

tendimiento y del cuerpo deben subordinarse á las del corazon, sin que por eso se descuide la enseñanza propia para el ejercicio de los deberes particulares é individuales.

Notable es por tanto la diferencia entre las escuelas del siglo último y las de nuestros días, diferencia que toca en gran parte á la instruccion, cuyo programa se ha ampliado considerablemente. Las necesidades han tenido grande incremento en todas las familias, las ciencias positivas, al paso que se estudian con mas esmero, se ponen al alcance de las inteligencias menos cultivadas y se aplican á los usos y comodidades de la vida, exigiendo por esta razon el cambio de la fuerza muscular por la del entendimiento hasta en las industrias consideradas antes como puramente mecánicas. Por estas y otras muchas razones se ha dado á la instruccion primaria un ensanche que no tenia en otro tiempo y que las circunstancias hacen indispensable, pero que es preciso determinar.

Tan peligroso es extender sin medida el círculo de la instruccion, como estrecharlo por miras y temores mezquinos y ridículos. En el primer caso se debilita y ahoga el poder del entendimiento sobrecargándolo de trabajo, y se vicia el carácter con la vanidad y el orgullo, consecuencia inmediata de la ciencia mal digerida; en el segundo se agostan por falta de cultivo las facultades que ha concedido Dios á la criatura racional para que las ejercite, y se priva al niño de conocimientos instrumentales necesarios en todos los oficios y profesiones en el actual estado de la sociedad. De aqui la importancia y trascendencia de conservar á la instruccion primaria el carácter que le corresponde y el esmero con que debe el maestro cumplir este deber.

El programa de las escuelas de los dos grados de-

termina las materias de enseñanza y los límites de cada una. Comprende en primer término cuanto requiere la educación de la generalidad, es decir, lo necesario para formar al hombre. Esta enseñanza satisface las necesidades mas esenciales de la vida, tanto en el orden físico como en el moral, y es bastante reducida á fin de que pueda realizarse lo mismo en las ciudades que en las aldeas mas pobres. En segundo lugar abraza el programa las materias que dan á conocer la naturaleza que nos rodea, con el fin de que podamos sacar provecho de lo útil y evitar lo dañoso, y las que preparan para el ejercicio inteligente de industrias y profesiones que se perfeccionan de dia en dia, cuyas materias, al paso que ilustran la razon, elevan y ennoblecen el alma. De suerte que esta enseñanza no tan solo provee al interés material, sino que contribuye á la educación moral, cultiva las preciosas facultades implantadas por la Providencia en el corazon, asi del pobre como de los favorecidos de la fortuna, para que le conozcan y le amen. El programa enumera las enseñanzas, mas deja prudente latitud para que se acomoden á los intereses locales, y como cada una de las materias abraza puntos mas ó menos importantes, de mayor ó menor aplicacion y mas ó menos al alcance de los niños, queda al maestro ancho campo que circunscribir, é importa mucho que sepa hacerlo con acierto.

Conforme al espíritu y letra de la ley, los conocimientos que son objeto de la instruccion primaria pueden considerarse divididos en fundamentales y accesorios, ó de ampliacion. Los primeros merecen la preferencia en todas circunstancias. Para ampliar la instruccion es preciso que esté bien atendida la obligatoria, sacrificando lo agradable á lo útil, y lo útil á lo necesario. Descuidar la doctrina cristiana, la lectura, la es-

critura, la aritmética ó la gramática, por el placer de que aprendan los niños la cronología de los reyes de España, ó el número de vecinos de algunas ciudades, es abuso de graves consecuencias á que se dejan arrastrar los profesores ignorantes y presuntuosos. ¿De qué sirve al discípulo todo esto, cuando no se le enseña á leer con sentido y á escribir con ortografía? Lo primero es estudiar lo de provecho inmediato, y despues viene naturalmente lo útil y lo agradable. Por eso ha de procurar el maestro con mucho cuidado que las materias mas importantes ocupen á los discípulos la mayor parte del tiempo, teniendo en cuenta las dificultades que ofrece su estudio y la práctica que requieren para saberlas con perfeccion. ¿Qué se diria del profesor de enseñanza elemental que explicase tres lecciones de geografía é historia, por ejemplo, por una de doctrina cristiana ó de lectura?

En la eleccion de las enseñanzas accesorias, es menester proceder tambien con mucho tino, para que su estudio sea de utilidad real y efectiva. Segun los pueblos y las circunstancias particulares de cada escuela, los discípulos abrazarán despues profesiones liberales, pasarán á los talleres ó se dedicarán al cultivo de los campos. Cada uno de estos diferentes estados reclama preparacion especial, y en caso de ampliar la instruccion conviene comprenda las materias de que los discípulos pueden sacar mas provecho. Aunque es verdad que no seguirán todos la misma carrera, el mayor número por lo menos se hallarán en idéntico caso, y el plan de estudios debe arreglarse segun las necesidades de la generalidad, atendiendo ademas en lo posible á las disposiciones individuales. En las ciudades será mas útil por punto general lo que prepare á las profesiones liberales y para el ejercicio de ciertas industrias, mientras que

en los pueblos, donde la ocupacion comun es la agricultura, reportará mas utilidad lo que instruya acerca de las afecciones atmosféricas y sus efectos, las épocas de las operaciones agrícolas, las ventajas de prácticas bien entendidas, y los perjuicios de añejas y absurdas rutinas.

De estas enseñanzas se explica únicamente lo que puede ponerse al alcance de los niños y en lenguaje claro y sencillo. El entendimiento es de cortos alcances en la infancia, y cuando se le obliga á esfuerzos extraordinarios y sostenidos, se enerva y se inutiliza para el porvenir. El espíritu pierde en profundidad lo que gana en extension superficial, y vale mas saber la mitad que saber á medias, tanto por el provecho de la instruccion en los negocios materiales de la vida, como por el influjo que ejerce en la conducta. Mas no se confunda la moderacion y parsimonia en la enseñanza con la práctica irracional de sujetar al discípulo seis horas diarias á un ejercicio monótono por espacio de dos ó tres años, principio absurdo que obliga á dividir la clase en niños de lectura, de escritura y de contar, contra lo que aconseja el buen sentido. Contrariando la inclinacion natural de la infancia á la variedad, se embrutece al discípulo, se le impone un trabajo á que se resiste tenazmente la inteligencia y se le hace sufrir un tormento insoportable. No proviene la instruccion superficial de estudiar varias cosas á la vez, sino de pasar de una leccion á otra antes de tiempo en el mismo ramo de enseñanza, de adelantarse al discípulo antes de que sepa darse cuenta y comunicar á los demás lo que ha debido aprender.

Hay ejercicios apropiados á todas las edades para poner en juego la inteligencia; asi que los niños, desde que entran en la escuela, pueden estudiar con aprovechamiento los rudimentos de lo que aprenden con ma-

por extension y formalidad los mas adelantados. La instruccion primaria ha de proveer al desarrollo de todas las facultades naturales, en proporcion á la edad y aptitud de los discípulos. En el principio del estudio es necesario el movimiento y la variedad que proviene de las lecciones cortas y frecuentes, cuyo principal objeto es desenvolver las fuerzas, dar aptitud y excitar el deseo de aprender. Poco á poco va calmándose despues la agitacion, la propension al movimiento y la novedad, y empieza á fijarse el espíritu. Entonces las lecciones pueden ser mas largas y el estudio mas sério y profundo, hasta que llega la época en que, disminuyendo el número de lecciones, se aumenta el trabajo individual. Tal es la enseñanza de las escuelas primarias, variada en cuanto á la forma, segun las disposiciones especiales de los discípulos, una misma en cuanto á la materia, es decir, en cuanto á los objetos sobre que debe versar.

En esta variedad de ejercicios, tanto mas necesaria cuanto menos edad tiene el alumno, todo depende del órden. El estudio de las diferentes materias que abraza la instruccion primaria pone en juego diversas facultades mentales, circunstancia por la cual, cuando cansa ó fatiga un trabajo, se empieza con gusto y placer otro distinto que indudablemente sirve de descanso del anterior. Hay ejercicios en que predomina la accion de determinada facultad del entendimiento, hay otros mas dificiles en que concurren simultáneamente diversas facultades, y los hay por fin que requieren sobre todo buen golpe de vista y flexibilidad en la mano, y que despues de los primeros pasos dependen mas bien de la facultad de imitacion y del hábito, que no de la inteligencia. El estudio de las lecciones para recitarlas con el maestro, por ejemplo, ocupa con especialidad la

memoria una vez comprendidas; las explicaciones de viva voz exigen por lo pronto atencion y memoria, y al darse cuenta de lo aprendido es menester que intervenga el juicio y á veces la imaginacion; la escritura y el dibujo son obra en lo principal de la facultad de imitar y de la accion instintiva de los órganos de los sentidos. Asi pues, ordenando los ejercicios de manera que al que exige mas tension de espíritu, siga el que en cierto modo puede considerarse como mecánico, ó en general, haciendo que á un ejercicio suceda otro en que la actividad intelectual se pone en juego bajo distinta forma, se saca gran partido de la propension á la variedad, tan natural en los niños, porque se hace atractivo el estudio y descansan alternativamente el entendimiento y los sentidos. La simultaneidad de estudios y el cambio frecuente de ejercicios que asusta y disgusta á las personas poco inteligentes, es la marcha lógica y racional en la enseñanza de los niños, mientras que el estudio de la misma leccion por espacio de tres horas consecutivas embrutece al niño y le martiriza, de suerte que no se concibe que haya maestros de tan pocos alcances que lo practiquen, pues no es de suponer que se deleiten en mortificar á sabiendas á las tiernas criaturas sujetas á su cuidado.

No influye menos la variedad de ejercicios en la educacion que en la instruccion. Al pasar de uno á otro se satisface la necesidad de movimiento, tan exigente en el niño: va este del semicírculo al banco, una vez está sentado, otra de pié, un momento andando, y estas variaciones le causan placer, porque se fatiga pronto de la inmovilidad y de todas las posiciones y actitudes. La accion de las facultades intelectuales experimenta las mismas alternativas. De aqui procede que el ejercicio sea moderado, bastante para desarrollarlas gradual-

mente sin imponerles excesivo trabajo. Otro tanto se verifica en las facultades morales: una lección excita la sensibilidad, mientras que otra obliga al niño á decidir por sí mismo. Asi se ponen en juego todas las facultades oportunamente para desarrollar el poder de cada una de ellas, asi se excitan los instintos y deseos en provecho de la educacion moral, y asi en fin saca el maestro partido de todas las circunstancias en provecho de la educacion, en lo cual consiste toda su habilidad.

Con este plan en la instruccion se evita en gran parte el trabajo individual de los discípulos, que consiste por lo comun en el estudio mecánico, vago y monótono de memoria, á que se reduce la enseñanza en algunas escuelas. El ejercicio de la memoria mecánica es abuso bastante generalizado, y lo será donde quiera que el maestro, aunque inteligente, no se interese por los progresos de la escuela, porque le ahorra mucho trabajo. La memoria, facultad preciosa é importante porque provee de materiales al juicio y raciocinio, de nada sirve cuando no retiene ideas. Aunque todas las facultades están íntimamente enlazadas entre sí y todas pertenecen al alma, que es una, simple é indivisible, parece que la memoria está como al servicio de la inteligencia á que suministra los elementos necesarios para sus operaciones. Por eso el trabajo de los discípulos debe poner en juego con preferencia el juicio y el raciocinio en la proporcion debida, y no sobrecargar la memoria hasta asegurarse que la inteligencia recibe fielmente y como que toma posesion de la que se le trasmite. El discípulo que recitase con exactitud volúmenes enteros sin comprenderlos, no sabria abrir la boca para analizar las ideas que repite, y haria poco honor al maestro en presencia de un juez inteligente.

El saber no consiste en recitar una série mecánica de ideas, sino en darse cuenta y saber manifestar á los demás lo que expresan.

Con estos cuidados, no empeñándose en hacer progresos rápidos á costa de grandes esfuerzos, ni prodigios que luego se desvanecen, los niños estudian con gusto. En lugar de excitarlos á la aplicacion, será acaso preciso contener su curiosidad, disposicion preciosa que si es pueril y trivial en un principio, se convierte despues en deseo de conocer las cosas, la utilidad que prestan y la aplicacion que puede hacerse de ellas, es decir, en deseo de instruirse. Solo falta entonces que el profesor atienda con igual esmero y solicitud á todos los discípulos para que los progresos sean proporcionados á las fuerzas de cada uno.

Los discípulos todos deben disfrutar igualmente de los cuidados del profesor en la instruccion. No se trata de hacer sobresalir unos pocos á costa de los demás, no de hacer brillar las secciones superiores descuidando las inferiores, sino de los adelantamientos del conjunto. Las lecciones especiales á determinados niños absorben la atencion en beneficio de unos pocos con perjuicio del mayor número. De tanto interés son los principiantes como los mas adelantados, los de corto talento como los de mejores disposiciones, y los primeros estudios son tan difíciles para el que se ocupa en ellos, como los mas elevados para el que se halla preparado para recibirlos. En caso de haber preferencia, los que tienen mas derecho á ella son los de menos disposicion y los que empiezan el estudio. Estos son los que necesitan de auxilios especiales, y en vez de atender con particularidad á los discípulos aventajados, debe tenderse la mano para conducir y ayudar á los débiles. Cuando algunos se quedan atrás por carecer de fuerzas,

es preciso detenerse á que tomen aliento para que puedan continuar la marcha. El que se fatiga ha menester reanimarse, y no es justo avanzar con unos pocos dejando abandonados á los que necesitan mayor proteccion. No se piden al maestro algunos niños sobresalientes, sino muchos instruidos, y sobre todo hombres de bien, que es lo esencial.

## CAPÍTULO X.

## DEL RÉGIMEN Y DIRECCION DE LA ESCUELA.

El problema está en conciliar la enseñanza individual con el régimen simultáneo.  
(*Der Schulfreund.*)

La educacion é instruccion de un solo niño es cosa fácil una vez conocido el desarrollo de las facultades del hombre en la infancia. La direccion de muchos niños reunidos, como sucede en las escuelas, es mas complicada por la necesidad de someter al mismo régimen voluntades y caracteres diversos, de modo que los cuidados del profesor aprovechen á todos en general y á cada uno en particular, segun la capacidad y aplicación individual. Es menester conciliar disposiciones al parecer encontradas, ocupar al discípulo sin interrupción y sin fatiga, aligerar el trabajo por la variedad, sostener la atencion excitando el deseo de saber y de distinguirse por la buena conducta, economizar el tiempo y el trabajo de los discípulos, favorecer la disciplina y fomentar la educacion moral. Para esto se requiere la combinacion acertada de varios medios que determinan el plan general para la direccion y gobierno de la clase, la organizacion material y los procedimientos generales, el orden y forma de los diversos ejercicios considerados en conjunto, en una palabra, el régimen general ó sistema de enseñanza, que, segun

la expresion de un entendido escritor, es á la escuela lo que la forma de gobierno al Estado.

Los sistemas de enseñanza son tres: individual, que en rigor no merece llamarse sistema, simultáneo y mútuo. Entre estos hay un término medio, una especie de fusion por la cual se saca partido de las ventajas que cada uno ofrece, y se evitan los inconvenientes en lo posible, término medio á que se llama sistema mixto.

Por algun tiempo se ha discutido hasta con encarnizamiento la preferencia entre estos sistemas, y aunque con mas calma se disputa tambien en la actualidad. No hay sin embargo motivos fundados para sostener esta pugna, pues que la adopcion de uno ú otro depende de circunstancias especiales, de que no hay medio de prescindir.

La clasificacion de los sistemas depende del modo de dar la enseñanza. Ó el maestro instruye á cada niño de por sí, ó á varios á la vez: de aqui la division en sistema individual y sistema simultáneo.

Quando el maestro se dirige á un solo niño, que le es fácil estudiar y conocer, se acomoda á su capacidad y disposiciones particulares, y la accion que ejerce sobre él es inmediata, directa, y de consiguiente mas eficaz que cuando se dirige á muchos. Esta ventaja del sistema individual no la presenta ningun otro, mas en cambio ofrece graves inconvenientes. En primer lugar está privado del poderoso estímulo de la emulacion, porque no midiendo el discípulo sus fuerzas con las de otro, no habiendo medios de comparar los resultados del estudio, no puede sentir el placer de la superioridad. El trabajo es monótono y repugnante, y se descuida completamente la educacion social, pues que ciertas virtudes no tienen el mismo desarrollo en el aislamiento que en la vida comun de la escuela, donde el

contacto entre los discípulos sirve de aprendizaje para las relaciones futuras entre los hombres. La enseñanza individual obliga al maestro á dedicar muy corto espacio de tiempo á cada discípulo, de suerte que ni la leccion aprovecha al que la recibe, ni los demas, encomendados á sí mismos casi todas las horas que dura la clase, pueden hacer progresos. Sin auxilio ni vigilancia, por aplicado que sea el discípulo se detiene al menor tropiezo, se distrae con los compañeros, y se habitúa insensiblemente á la pereza y la ociosidad con todas sus consecuencias. Cuando no hubiera otros motivos, bastaria este solo para desterrar de las escuelas la enseñanza individual.

Con el sistema simultáneo los discípulos están ocupados en todos los instantes, y aprovechan por mas tiempo las lecciones del maestro: Hay aplicacion, porque pudiendo disponer este de tiempo suficiente, distribuye el trabajo en proporcion á las fuerzas de cada uno, lo vigila y juzga de los resultados con oportunidad. De aquí el orden, la disciplina y los adelantamientos sin grandes esfuerzos.

La enseñanza simultánea ademas se acomoda á la naturaleza, carácter, posicion y destino de la mayoría de los alumnos de las escuelas, especialmente de las públicas. Mal educados, de modales toscos y groseros, faltos de la cultura que se adquiere con el trato de personas entendidas, habituados á la rutina, necesitan el atractivo de la imitacion y una enseñanza lenta y general, minuciosa en los detalles, variada en las repeticiones y sensible por las aplicaciones comunes y usuales. Los de mas talento dan impulso á todos; se establece una especie de vida comun en que los débiles se dejan arrastrar por los aventajados, los distraidos imitan á los estudiosos, y la masa general se conduce por

el ejemplo de unos pocos, cuando el profesor sabe dirigirlos apoyando y sosteniendo el trabajo y la buena conducta.

Esta indisputable ventaja del sistema simultáneo es de grande importancia, especialmente en la educacion é instruccion de los niños acostumbrados á un régimen de vida duro y áspero, y que no han recibido educacion esmerada. Pero de aqui provienen inconvenientes de grave consecuencia, tanto mas, cuanto suelen mirarse con poca atencion. La marcha general es cómoda para el profesor, útil al parecer á los adelantamientos de los discípulos; no obstante, los resultados son comunmente imaginarios por demasiada confianza, y á veces á pesar de todos los cuidados, porque el impulso del conjunto ahoga el trabajo y la voluntad individual. La direccion y enseñanza comun que no se apropia en lo posible al carácter y disposiciones de todos, dificulta el estudio especial de cada uno, del cual proviene el desarrollo de la inteligencia y la voluntad, y hace obrar maquinalmente, como por instinto, sometiéndose á la influencia del mayor número. Cediendo al movimiento general, se adquiere instruccion que deslumbra á primera vista, pero que no es mas que artificial y aparente. La prueba está clara y manifiesta en muchos jóvenes que, habiendo sobresalido en los estudios y pasando por instruidos, se encuentran embarazados é irresolutos á cualquiera dificultad que se les ofrece en la vida. Y si esto pende en ocasiones del carácter, es efecto ordinario de poca aptitud, de haber adquirido la instruccion de una manera mecánica, sin ejercitar las propias fuerzas, por dejarse llevar del impulso comun impreso á la masa de los discípulos.

El maestro que comprende el fin á que deben encaminarse sus afanes y desvelos, necesita estar preve-

nido contra estos inconvenientes, que son muy graves, porque nada es capaz de reemplazar á la inteligencia en los negocios que se ofrecen á todas horas en la vida. Se exageran sin término ni medida las ventajas del sistema simultáneo, rechazando los demas como absurdos, y no se advierte que con este régimen, como con los otros, los resultados no son á veces mas que exteriores. La simultaneidad excita la emulacion, poderoso estímulo para los niños y para los hombres, pero puede conducir tambien al abandono del individuo si se entrega al movimiento de la masa ó del conjunto. Para aprovecharse de las ventajas y evitar los males, cuando el maestro se dirige á varios niños á la vez ha de procurar, por medio de preguntas y observaciones particulares, excitar y promover la actividad individual, obligándoles á ejercitar sus propias fuerzas, á darse cuenta de lo que han aprendido, y á pensar y obrar por sí mismos.

Lo natural y lógico parece ser que el maestro enseñe, y solo el maestro; no obstante, la conveniencia ó la necesidad exige en circunstancias determinadas que se haga sustituir de los mismos discípulos para comunicar la instruccion. Cuando se adopta esta marcha por sistema se dice que la enseñanza es mútua, la cual, como se concibe fácilmente, puede ser individual y simultánea, segun que el que sustituye al maestro en este trabajo se dirige á uno ó mas niños á la vez. La enseñanza individual encomendada á los mismos discípulos es viciosa bajo todos conceptos, de suerte que apenas se practica ni aun por los maestros ignorantes sino en los repasos y algunas lecciones de memoria. Por eso al clasificar los sistemas para el régimen y gobierno de las escuelas, la denominacion de sistema mútuo se aplica propia y exclusivamente al plan por el cual los ni-

ños de mayor capacidad é instruccion, mas exactos y obedientes y de mejor carácter, despues de recibir lecciones particulares del maestro, se encargan de enseñar á los condiscípulos, distribuidos en secciones segun el grado de saber de cada uno.

El sistema simultáneo y el sistema mútuo, en la acepcion comun y ordinaria, convienen en gran parte en la clasificacion de los discípulos y en que tanto en uno como en otro hay simultaneidad en la enseñanza. Diferéncianse en que en el simultáneo los ejercicios de la misma clase son sucesivos y en el mútuo simultáneos, y principalmente en que en el primero la accion del maestro llega directamente á todos, y en el segundo por el intermedio de los encargados de la enseñanza, á que se denomina instructores.

Claro es que la instruccion comunicada directamente por el maestro es mas eficaz que cuando pasa por el conducto de otros niños que, poco capaces acaso para comprenderla y reproducirla, están expuestos á alterarla; es cierto que la intervencion inmediata y constante del profesor en la educacion y enseñanza ha de producir excelentes frutos; sin embargo, esto no es posible sino con muy corto número de discípulos, y de consiguiente la principal ventaja del sistema simultáneo no tiene igual valor en la práctica que en la teoría tratándose de escuelas que cuenten cincuenta discípulos. Esta accion directa é inmediata no alcanza á cada uno mas que breves instantes cuando la concurrencia es numerosa, y en tal caso la vigilancia asídua y permanente de las escuelas mútuas, durante toda la clase, suple con ventaja esta accion momentánea y pasajera.

En la enseñanza mútua los discípulos no están en comunicacion directa con el maestro, no reciben sus inspi-

raciones ni oyen su voz sino por el intermedio de los instructores y, como es natural, privada de gran parte de la autoridad que lleva consigo. Este sistema, como se practica en las escuelas *lancasterianas*, es enteramente mecánico é insuficiente para satisfacer las necesidades de la educacion. Sin embargo, con algunas modificaciones que en nada lo alteran en la esencia, ofrece ventajas dificiles de reunir con los demas sistemas, las cuales suplen en cierto modo la influencia personal del maestro, en cuanto es posible suplirla. El mútuo admite divisiones y subdivisiones ilimitadas, necesarias para la buena clasificacion de los discípulos y los progresos de la enseñanza, como no las admite el simultáneo; introduce el movimiento, la vida y la emulacion de que carece la enseñanza individual, y sobre todo establece el órden y la disciplina, y habitúa á los niños desde muy pronto á obedecer á sus iguales, á reconocer la subordinacion, la gerarquía y la ley, como no se consigue con otro sistema.

Mas para esto es menester grande actividad por parte del que dirige la escuela. Se cree generalmente que la accion del maestro en la enseñanza mútua se limita á la vigilancia y á la direccion de los ejercicios en general, lo cual es un error. El maestro obliga á los discípulos á que hagan uso de sus propias fuerzas en cuanto sea posible; confia la enseñanza á los instructores; pero tiene fija constantemente la vista en cada uno y en el conjunto. Inicia los trabajos, dirige los ejercicios, los suspende, dispone que continúen, recorre las secciones, pregunta á los niños, imprime el movimiento, la regularidad y el órden á la escuela de que es el alma.

El maestro, sentado en su sillón, sin salir de la plataforma durante toda la clase, ocupado en trabajos par-

ticulares, extraños acaso á los discípulos, no cumple su deber. La vigilancia general se ejerce desde cualquier punto de la escuela una vez ordenados los ejercicios y establecido el plan conveniente; por tanto, el cuidado del órden y la disciplina no puede servir de excusa legítima para permanecer inmóvil en el mismo sitio las tres horas que duran las lecciones. Semejante conducta hace inútiles los trabajos de los instructores, y desacredita la enseñanza mútua. Sin la comunicacion directa del maestro con los discípulos, no cabe dar á la educacion el desarrollo necesario, y ya que no se establezca tan directa y frecuentemente como fuera de desear, es preciso por lo menos aprovecharse de las ocasiones favorables. La clase particular de inspectores é instructores y los exámenes semanales sirven al maestro para enterarse de los progresos de los discípulos, y para influir en la educacion y enseñanza. Durante las horas de clase general, recorre las secciones, se detiene donde lo considera conveniente, pregunta á los discípulos ó dispone que pregunte el mismo instructor, y obtiene iguales resultados, sin que por eso se descuide el órden y la disciplina, puesto que pasa el maestro incesantemente de una parte á otra y puede hallarse siempre en el sitio donde se promoviera el desórden. La exactitud y precision en los ejercicios, la ocupacion constante de los discípulos, economiza el tiempo y permite destinar algunos momentos, en dias determinados de la semana y aun todos los dias, á explicaciones especiales del profesor dirigidas á la clase en general, acerca de los deberes y de los conocimientos de utilidad comun, sin mas objeto que la educacion. Por estos y otros medios análogos, se pone el maestro en correspondencia directa con los discípulos, é indudablemente mas á menudo que en las escuelas regidas por el sistema simultáneo, y aun

por el sistema mixto, si la concurrencia á unas y otras es muy numerosa.

La direccion de las escuelas mútuas es muy difícil sin embargo. Requiere buenos instructores y buen maestro, como elementos indispensables para el órden y los adelantamientos. Los niños que asisten para instruirse, abandonan la escuela una vez conseguido el objeto que se proponen, precisamente cuando se hallan en estado de ser mas útiles como auxiliares para conservar el órden y transmitir la instruccion. Durante el tiempo que concurren á las clases, asisten con poca regularidad, por ocuparlos los padres ó por otras causas; y si se cuenta con el auxilio de estos niños, y faltan, no hay medio de sustituirlos en muchas ocasiones. Todo esto entorpece la marcha general, y aumenta extraordinariamente el trabajo del profesor en las lecciones particulares de inspectores é instructores para la preparacion de mayor número de estos, á fin de que haya suplentes que reemplacen á los que dejen de asistir. El director de una escuela mútua necesita instruccion sólida, buen carácter, mucha robustez y gran fuerza de espíritu, porque ha de dirigir dos clases, la de instructores y la general; de modo que tiene que imponerse dos horas mas de trabajo diario que los maestros de otras escuelas. Para dirigir el crecido número de discípulos de la clase general se requiere buen golpe de vista para recorrer con la velocidad del pensamiento la sala y cada una de las secciones, y enterarse en un instante de lo que se hace en todas partes; oído perspicaz que no deje pasar desapercibido el menor ruido, ni el mas ligero murmullo, sin descubrir de dónde procede; sagacidad para sorprender los ardidés y artimañas empleadas por los niños con el fin de sustraerse al estudio; firmeza inflexible é inteligente para sostener la autoridad en todas

partes y en todas ocasiones ; cualidades por cierto bien raras y difícil de reunir las.

Del exámen de los sistemas de enseñanza se infiere con claridad que tanto el simultáneo como el mútuo son practicables en las escuelas , pero que uno y otro ofrecen inconvenientes. Con el fin de evitarlos y aprovecharse de las ventajas que cada uno presenta, así como de las del individual, se ha imaginado combinar los tres, de que resulta el llamado mixto. Este sistema, conocido y practicado de muy antiguo, es indudablemente preferible á todos, y el que puede y debe adoptarse en la generalidad de las escuelas (1).

El sistema mixto admite variaciones infinitas. Participando de los tres sistemas generales, puede aproximarse en mayor ó menor grado á cada uno de ellos; puede aplicarse á una ó mas clases, encargándose el profesor de unas secciones, en mayor ó menor número, y encomendado á instructores las restantes; y en fin, pueden introducir tales variaciones, que adoptándose en todas las escuelas no haya dos que presenten uniformidad completa, sin faltar por eso á los principios generales. Las modificaciones mas oportunas dependen del número de niños concurrentes á la escuela y de otras circunstancias locales que no es posible determinar. Estudiados los sistemas individual, simultáneo y mútuo, apreciadas las ventajas é inconvenientes de cada uno, el maestro hábil sabrá establecer el plan mas conveniente en su escuela, procurando conciliar el trabajo individual del niño, para que ejercite sus fuerzas, con

(1) Cuando este sistema se aproxima al mútuo, suele llamarse *danés*, por haberse ensayado con particular fruto en la escuela normal de *Eckernfonde*, ciudad del ducado de Schleswig, en Dinamarca.

la enseñanza colectiva, que produce la emulacion y facilita el trabajo del profesor.

En todo caso, para la adopcion de los sistemas es preciso consultar lo primero el número de discípulos que se ha de dirigir. El simultáneo es aplicable hasta con setenta niños; mas en pasando estos de treinta ó cuarenta exige un trabajo que solo pueden resistir maestros muy privilegiados y sin obtener las ventajas que se atribuyen al sistema. En una escuela que cuente de treinta á ciento ó ciento cincuenta niños, adoptariamos el sistema mixto mas ó menos aproximado al simultáneo ó mútuo. Este último, impracticable con menos de cien niños, es el único conveniente cuando el número de discípulos pasa de ciento cincuenta. Si la escuela se dirige por mas de un maestro ó tiene ayudante, sabiendo hasta donde alcanza la accion de una sola persona con cada uno de los sistemas es fácil calcular con este dato hasta donde alcanza la de dos ó mas, y el sistema que puede adoptarse.

Habrá quien prefiera el sistema mixto al mútuo en escuelas de mucha concurrencia, pero no hay razon sólida que lo aconseje. Si con el régimen de enseñanza mixta se pone en comunicacion directa el maestro con algunos discípulos diariamente y con todos al cabo de la semana, con el régimen de enseñanza mútua se comunica con mayor número en la clase de inspectores é instructores todos los dias, y está despues libre para vigilar el órden y disciplina que exige tanto mas cuidado cuanta mayor es la concurrencia. El sistema mixto será mas cómodo para el maestro, no mas ventajoso para la educacion y enseñanza, suponiendo que el número de niños que hay que dirigir pase de ciento cincuenta.

## CAPÍTULO XI.

## DE LOS MÉTODOS Y PROCEDIMIENTOS.

Necesitase método para fijar la enseñanza de los conocimientos humanos, pero se necesita principalmente para ponerlos al alcance de la infancia y proporcionarlos á su inteligencia.

(Salmon.)

La sublimidad de la metafísica no consiste á veces mas que en decir lo que todo el mundo sabe con palabras que nadie comprende.

(Girard.)

La exposicion clara, sencilla y ordenada de los principios y los hechos de la ciencia, facilita el estudio y ahorra trabajo al que aprende y al que enseña. Trazado el cuadro de los conocimientos que hay que adquirir, y dispuestos de modo que de los mas elementales se pase por grados hasta los mas abstractos, rara vez se esterilizan los esfuerzos del entendimiento bien dirigidos. Por la percepcion nos enteramos de los hechos; por la atencion descubrimos las dificultades, y la reflexion, haciéndonos ver el modo de superarlas, nos auxilia y conduce hasta llegar al término que apetecemos. El método arregla la marcha del espíritu á través de los escollos que se elevan en el camino del estudio, y dejándonos guiar, tocamos el término sin grande fatiga, mas pronto ó mas tarde, segun el trabajo, la aptitud y talentos individuales.

Confúndese comunmente el método con los medios prácticos de enseñanza, cosas diversas que es preciso

distinguir para hacer la aplicacion oportuna. El método es el órden seguido en la investigacion y exposicion de la verdad. Para la enseñanza está trazado en los libros ó cuadernos que se adoptan por texto. La manera de enseñar, á que se llama procedimiento, la constituyen los medios materiales ó exteriores por los cuales se aplica el método para hacer adquirir los conocimientos que se transmiten, de suerte que el mismo método puede emplearse con procedimientos distintos. Diferénciase tambien el método y el procedimiento del modo especial de comunicar cada profesor la enseñanza, el cual depende del talento de cada uno y no de los principios teóricos. Dos profesores adoptarán el mismo método, lo comprenderán igualmente bien, se valdrán de idénticos procedimientos, y no obstante habrá notable diferencia entre el modo de explicar de uno y otro y en los resultados obtenidos en las escuelas respectivas. El talento de instruir es un don propio y peculiar del que lo posee, que no se adquiere ni se comunica. Cuando mas, se perfecciona con el ejercicio, con la reflexion y con las instrucciones y consejos de personas hábiles y entendidas, medio á que debe recurrir el maestro que desee perfeccionarse.

El método se divide en general y especial, ó particular. El general sienta los principios para el ejercicio y desarrollo de las facultades de la naturaleza humana, y para dirigirlas con acierto en la adquisicion de conocimientos, independientemente de la clase á que estos pertenezcan. El método especial hace aplicacion de los expresados principios á ordenar, distribuir y exponer las diversas partes de una materia determinada para enseñarla y para que se aprenda con el menos trabajo posible.

Los principios generales del método, ó los métodos

generales, se reducen á la análisis y la síntesis. La análisis prepara al estudio de las cosas descomponiéndolas sin destruirlas, para examinar de por sí cada una de las partes de que se componen; la síntesis empieza el trabajo por lo general, para descender luego á los detalles.

El método sintético presenta la ciencia, reducida á sistema, bajo la forma mas natural, mas breve y sencilla. Sentar axiomas y principios admitidos generalmente, enunciar proposiciones que se demuestran con los mismos principios, y deducir consecuencias, parece ser el orden lógico, y lo es tratándose de inteligencias cultivadas. Hé aquí la razón de que se haya adoptado generalmente el método sintético en la enseñanza elemental como en la superior. Pero este método no es el mas conveniente en las escuelas de instruccion primaria. La enseñanza de los niños ha de obligarles á que descubran y adivinen en cierto modo lo que se trata de enseñarles, á que ejerciten sus propias fuerzas para desarrollarlas, al mismo tiempo que se ilustra la inteligencia; y el método sintético traza las reglas y las impone, asi como las verdades que se comunican, sin dejar libertad bastante para hacer un exámen minucioso antes de aceptarlas. Las personas adultas cuya instruccion, asi como el desarrollo intelectual, les pone en el caso de apreciar las cosas con menos estudio, hallan en el principio analítico un auxiliar poderoso que les abrevia el trabajo del estudio; los niños, que todo lo ignoran, ó que por lo menos tienen un caudal de ideas muy reducido, necesitan detenerse en el exámen de los detalles antes de abrazar el conjunto.

El análisis es el método de la naturaleza, por el cual estudiamos, hasta sin advertirlo, los objetos que nos rodean. Simplifica lo que es complicado, y presen-

tando con separacion las partes de cada objeto, nos permite estudiar bajo todas sus fases y aspectos las relaciones que guardan entre sí y las que tienen con el todo, hasta que formamos idea exacta de ellas y del conjunto. El análisis es el método de invencion por el cual adelanta la ciencia y se progresa de dia en dia en los conocimientos humanos. Sin embargo, sigue á veces un camino muy largo y escabroso que tampoco conviene á los niños en todas ocasiones. Para comprender y conservar en la memoria los resultados obtenidos en las ciencias, los hechos en que se quiere instruir, no hay necesidad de llevar al discípulo por los tortuosos senderos seguidos en los principios, ni entrar en explicaciones acerca de los ensayos practicados. Por eso, si el principio analítico es el mas conducente para la enseñanza de la niñez, no lo es cuando se exagera ni adoptado exclusivamente.

En la enseñanza de los niños es preciso combinar el principio analítico y el sintético. Cada uno de por sí con exclusion del otro es insuficiente, pero combinados el uno elabora y prepara los materiales, y el otro termina obra.

La naturaleza de la enseñanza, la edad, la instruccion y el desarrollo intelectual del discípulo, determinan la utilidad y conveniencia de adoptar un método especial en que domine el principio analítico ó el sintético. Los libros de texto, las lecciones y los cuadros destinados á la enseñanza, contienen la exposicion del método, y basta leerlos con reflexion para juzgar á qué principios se arregla este, y si es mas ó menos conducente al objeto que se propone. Examinados los libros de antemano por el Gobierno, no es de presumir que haya de hacerse la eleccion entre buenos y malos, sino entre lo bueno y lo mejor. Una vez adoptado, al maestro

toca hacerlo fructuoso, valiéndose de los procedimientos ó medios instrumentales mas oportunos.

Como suele exagerarse la bondad de los métodos, es menester desconfiar de los anuncios pomposos que por lo comun indican mas bien presunción que verdadero mérito. El autor, por vanidad ó ignorancia, ó por las dos cosas á la vez, se imagina haber inventado un método nuevo, cuando en realidad no ha hecho mas que introducir modificaciones insignificantes ó acaso perjudiciales en otros métodos desechados por infructuosos. Dirá, no obstante, de buena fé que con su método se aprende en ocho lecciones; que todos los anteriores no han hecho mas que embrutecer al género humano, ú otras extravagancias no menos presuntuosas que ridiculas, contra las cuales es preciso estar prevenido. Los métodos se mejoran poco y á costa de mucho estudio y meditacion; lo que admite mas variaciones y mejoras es el modo de emplearlos, que se perfecciona con la práctica y la reflexion propia, una vez conocidos los principios esenciales y demas requisitos para comunicar con fruto la enseñanza.

En la acertada aplicacion de los métodos y procedimientos entra por mucho la aptitud especial del profesor, su génio, carácter y disposiciones particulares. El mejor método, si no está conforme con las ideas y el modo de ver las cosas del que lo emplea, produce menos resultados que otro peor que reúna tales circunstancias. Dicese que no hay método malo en manos del buen maestro, y esta asercion es verdadera en el sentido de que el maestro lo acomoda á su manera de pensar y de sentir, lo modifica, lo subordina á sus ideas, y en cierto modo hace un método distinto. Para apropiarse de esta manera los métodos y procedimientos, para identificarse con ellos, por decirlo así, no

hay reglas fijas ni determinadas, pues esto depende de la capacidad de cada uno y en gran parte del zelo y de la confianza con que se practica, á que se deben los excelentes frutos de los métodos en manos de los inventores. Hay sin embargo ciertas condiciones á que es preciso sujetarse, las cuales son requisitos indispensables de los métodos y procedimientos, muchas de ellas conocidas de todos, y al parecer triviales por esta misma razon.

El método ha de ser natural, claro, sencillo, preciso. Que se expongan al niño las ideas segun el desarrollo de la inteligencia, partiendo de las que le son familiares; que se le presenten con claridad, despojadas de cuanto pueda complicarlas, de modo que las palabras no dejen duda ni oscuridad en el espíritu; que no se le exijan grandes esfuerzos de una sola vez; que se haga atractivo é interesante el estudio por el placer que se experimenta al apreciar los conocimientos adquiridos, y hasta el niño de mediana capacidad ensayará el poder de la inteligencia y obtendrá el fruto de su trabajo. Todo esto depende, en cuanto al método, de la graduacion de la enseñanza, y en cuanto al maestro, de la aptitud especial para presentar los objetos de estudio bajo distintas formas, rodeados siempre de luz y claridad y con observaciones oportunas é interesantes.

La naturaleza nos aconseja proceder con lentitud en el desenvolvimiento de las facultades del hombre, siguiendo la marcha que se advierte en el desarrollo insensible y progresivo de los seres organizados. Empezando por las ideas de objetos sensibles familiares al niño, apelando á la intuición, á los ejemplos y comparaciones en que intervienen los sentidos, se avanza pausadamente y casi sin apercibirse hasta las ideas abstractas y los principios generales, pasando de lo *fácil* á

*lo difícil.* Pocas ideas en un principio, encadenadas de manera que no dejen hueco ó vacío alguno que interrumpa la marcha, aumentadas sucesivamente á medida que se desarrollan las fuerzas, preparan el espíritu para ejercer su acción en mayor número de elementos y observarlos y combinarlos con fruto. Así se desenvuelven las fuerzas del entendimiento, empezando por ensayarlas en lo *simple y en lo sencillo* para ejercerlas despues en lo *compuesto y en lo complicado*.

Igual graduacion que en las ideas debe establecerse en las modificaciones de que cada idea en particular es susceptible. De otro modo no seria dado acomodar la enseñanza al desarrollo gradual de la inteligencia, porque desde los primeros pasos en el estudio hay que hacer uso de palabras que expresan ideas abstractas, difíciles de comprender, y cuya explicacion detenida dificultaria infructuosamente la enseñanza. El entendimiento del niño no se halla en estado de formar idea completa de muchos objetos, y seria absurdo exigirle imposibles. Basta en el principio apreciar los caracteres exteriores y superficiales de las cosas, que por los conocimientos adquiridos despues se penetrará en lo interior gradualmente, completándose y perfeccionándose en igual proporción las ideas. En los estudios de la juventud, á pesar del mayor desarrollo intelectual y de instruccion mas extensa, seguimos el propio método, como es fácil comprobar recordando la idea que formamos de una ciencia cualquiera y de muchas de las partes que abraza por solo la definicion, y la que tenemos despues de terminado el estudio. Otro tanto debe pues suceder al niño en círculo mucho mas extenso, y conviene no olvidar esta circunstancia. Distinguirá un objeto por alguna de las cualidades ó propiedades exteriores, y la idea que forma de él, aunque

muy incompleta, será exacta, y esto basta cuando puede servir de base á los progresos ulteriores. Por el momento hay que atender á que comprenda con exactitud la cualidad por la que distinga el objeto, y esta idea servirá de núcleo, en cuyo derredor se agruparán despues sucesivamente otras ideas que la irán perfeccionando á medida que se avanza en el estudio.

Tal debe ser la graduacion de la enseñanza. El maestro, por su parte, proporcionará el trabajo á la capacidad natural de los discípulos, para no dificultarlo ni fomentar la pereza; se pondrá al nivel de los de mediana inteligencia, á que se bajan sin repugnancia los de mejores disposiciones y á que se elevan con pocos esfuerzos los de menos talento; y expondrá con sencillez y claridad lo que se proponga enseñar, repitiéndolo cuantas veces lo considere necesario, aclarándolo por medio de ejemplos y observaciones, y animando á los débiles para infundirles confianza en sí mismos. Antes de avanzar un paso, cuidará de que se afirme y asegure el anterior, es decir, que antes de pasar de un conocimiento á otro es menester que se familiarice el discípulo con el primero, en cuanto su capacidad lo permita y los ejercicios siguientes lo exijan, observando la regla tan antigua como importante de pasar de *lo conocido á lo desconocido*.

— Siguiendo esta marcha en la enseñanza, se desarrolla el espíritu, se adquieren conocimientos positivos y se aprende á hacer uso de ellos. Dirigiéndose las explicaciones al entendimiento y no á la memoria, se ponen en accion las facultades mentales, y el niño ensaya y ejercita sus fuerzas con placer, porque aprecia los resultados. La misma complicacion gradual de los ejercicios á medida que se adelanta, obliga á recordar los conocimientos adquiridos y relacionarlos con los que les

siguen, grabándolos fuertemente en la memoria. Por fin, adquiriendo capacidad y aptitud para hacer buen uso de la instrucción, sabrá el niño sacar provecho de lo que haya aprendido, y aplicar oportunamente sus conocimientos á las necesidades de la vida, sin embarazos ni dificultades.

Tanto que domine el principio analítico como el sintético, la graduación que establece el método para la enseñanza del arte ó de la ciencia, clasificando y distribuyendo los elementos, los principios y las diversas partes que comprende, merece particular atención antes de decidirse á adoptarlo. Segun que se siga uno ú otro sistema en el régimen y gobierno de la clase, es decir, segun que enseñe el maestro ó enseñen los discípulos, y segun otras diferentes circunstancias, deben variar los métodos, si no en la esencia, por lo menos en la forma y en el desarrollo. Lo primero es que el método sea claro, sencillo, que gradúe la enseñanza conforme á los principios ó reglas de lo que se ha de enseñar, acomodándolo al desarrollo intelectual del discípulo, es decir, que sea bueno en sí mismo. En segundo lugar es preciso que se amolde, por decirlo así, á la aptitud y disposiciones especiales del que ha de emplearlo. Por último, que esté en relacion con el sistema general, con las circunstancias especiales de la escuela, y en cierto modo hasta con las exigencias de los pueblos. El profesor debe combatir las preocupaciones, especialmente en lo que se oponen á los progresos de la educación y enseñanza; pero cuando los esfuerzos son impotentes es preciso acomodarse á las circunstancias particulares en que se hallare. Si los padres auxilian al maestro, si los niños asisten con puntualidad á la escuela por bastantes años, entonces se está en el caso de adoptar métodos con los cuales marche la instrucción con

lentitud y solidez. Si por el contrario, encuentra el maestro embarazos en los que debian auxiliarle, si los discípulos abandonan la escuela antes del tiempo necesario para recibir la instruccion y educacion competentes, cuando no haya podido destruir estas contrariedades, adoptará métodos que hagan adelantar la enseñanza de modo que se adquieran los conocimientos de aplicacion mas comun y frecuente.

Los procedimientos han de estar en relacion con los métodos adoptados. Son los medios materiales para la aplicacion del método y han de encaminarse al mismo fin, á facilitar la instruccion poniéndola al alcance de los niños. Importa mucho que sean sencillos y que no materialicen la enseñanza.

## CAPITULO XII.

## LIBROS DE TEXTO.

Los libros de las escuelas han de acomodarse al desarrollo intelectual de los niños, y han de contener doctrinas en armonía con la posición de cada uno. (Der Schulfreund.)

Los libros, sin la explicación del maestro que los hace entender, son por lo común una letra muerta en manos de los niños; sin embargo, ejercen grande influjo en la enseñanza y más aun en la educación por las doctrinas que contienen y por el modo de exponerlas. Asunto de tal interés no podía descuidarlo el Gobierno. Encomendando la elección á los maestros y autoridades locales sin reserva alguna, era fácil que con el mejor deseo se dejaran seducir por los anuncios y recomendaciones interesadas y engañosas escritas por los propios autores y publicadas con apariencias de la mayor imparcialidad. El autor de un libro, por efecto del amor propio que á todos nos domina, suele creer que es el mejor de los de su clase y hace su elogio con la más buena fé, ó lo encomienda á un amigo, pues no tiene otro origen, por punto general, la crítica de los periódicos.

Verdad es que la publicación oficial de la lista de libros de texto destruye en gran parte el valor de las censuras apasionadas; pero esto no obstante se hallan embarazados y perplejos los maestros y demás perso-

nas que intervienen directamente en la eleccion de libros para las escuelas. El número de los comprendidos en las listas es crecido, y asi debe ser para alentar á los que se proponen escribir de educacion, para que haya la imparcialidad posible y para que se acomoden á todas las posiciones y circunstancias, puesto que si algunos se usan con igual provecho en todas partes, los hay propios de las escuelas públicas, de las privadas, de las de aldea, de las de poblaciones de crecido vecindario, de las de niños y de las de niñas. Por eso importa que los maestros sepan apreciar los que son mas útiles en su escuela respectiva, sin perjuicio de informarse de personas entendidas y de las autoridades, especialmente de las escolares, cuando de algun modo tengan que intervenir en la eleccion.

Conviene advertir en primer lugar, que los libros que tratan de las diversas enseñanzas no son igualmente indispensables. En rigor no son de absoluta necesidad sino el catecismo de la doctrina cristiana y los destinados á la enseñanza y práctica de la lectura. El catecismo debe aprenderse al pié de la letra, sin hacer alteracion alguna en el texto. Las explicaciones tienen por objeto hacer comprender el significado de las palabras y el sentido de las frases y períodos difíciles. Traspasar estos límites seria entrar en un camino escabroso y resbaladizo, exponiéndose á continuos y trascendentales extravíos. Para la enseñanza de la lectura no hay otro medio que hacer leer á los discípulos, y de consiguiente los libros son un instrumento necesario.

En cuanto á los demas objetos de estudio, la viva voz del maestro y los resúmenes en el encerado y en los cuadernos de ejercicios es la mejor y mas fácil enseñanza. Tratándose de materias cuya principal expli-

cacion se dirige al sentido de la vista, los cuadros reemplazan con grandes ventajas al mejor libro. Es muy cómodo señalar leccion al discípulo indicándole el párrafo ó la página que debe estudiar de memoria, sin tomarse el trabajo de explicársela; pero las consecuencias son fatales para la educacion. Sabiendo el niño que lo principal que se le exige es que aprenda á recitar las lecciones, encomienda á la memoria el párrafo señalado sin comprenderlo y sin cuidarse de descubrir nada por sí mismo, y se habitúa á pagarse de palabras que carecen de sentido para él. Así, al cabo de muchos años de estudio creará haber aprendido alguna cosa, y en realidad no sabrá nada. Aun cuando venga despues la explicacion, acaso se descuide por falta de tiempo ó se haga de ligero, satisfecho el maestro de que los discípulos han sabido recitar el texto, y en cualquiera de estos casos resulta en el entendimiento del niño oscuridad y confusion y acaso errores que le imposibiliten aprovechar en los estudios siguientes.

Estas consideraciones, y hasta la economía, á que sin embargo no debe darse grande importancia cuando se trata de educacion, aconsejan que se prescinda de libros en lo posible. Mas no se crea que carecen estos de utilidad, y que no convenga hacer uso de ellos, especialmente en las escuelas muy numerosas donde falta tiempo para dictar el resúmen de las lecciones. El niño olvida un hecho, un precepto, una regla, y conviene que pueda recordarla por sí mismo, lo cual es fácil acudiendo al libro.

Las obras destinadas á la enseñanza elemental han de ser cortas y reducidas por necesidad, lo cual constituye gran parte de su mérito. Pero pueden abreviarse de dos maneras: haciendo el resúmen de las ideas prin-

cipales de lo que se ha de enseñar, despojándolas de las explicaciones que establecen el tránsito de una á otra, ó comprendiendo un corto número de ideas, con los detalles y accesorios que las hacen inteligibles. En el primer caso se exponen reglas y preceptos, áridos y difíciles de comprender sin la viva voz del maestro, y se forma un esqueleto frío y descarnado, un compendio y un librito que servirá de índice ó memorandum, propio para grabar en la memoria ó para recordar lo estudiado, pero de ninguna manera para aprender lo que se ignora; en el segundo se desarrollan lo bastante las ideas para acomodarlas á la inteligencia del niño, y puede comprenderlas este por la lectura, una vez que tenga la preparacion conveniente. Pero cuando el maestro explica como debe las lecciones, el libro no es la exposicion de la ciencia, sino el resúmen de lo estudiado para grabarlo en la memoria y para servir de recuerdo de las reglas y preceptos, los cuales, bien comprendidos antes, no podrán separarse de los detalles y explicaciones necesarias para su inteligencia hechas por el profesor.

Bajo este supuesto, los libros que contienen reglas, instrucciones y principios como los catecismos, gramáticas y aritméticas, conviene que sean cortos. Los que tratan de exponer hechos como los de geografía é historia, pueden ser más extensos, añadiendo á los hechos esenciales algunos otros menos importantes para hacer agradable, y como consecuencia inmediata, provechoso el estudio.

A medida que la inteligencia del niño se desenvuelve y adelanta este en instruccion, el libro de que se haga uso para la enseñanza debe ser más extenso, por cuyo motivo no pueden servir las mismas obras en las escuelas elementales que en las superiores, y aun con-

vendría que hubiese una graduación de libros para las primeras. Por lo demas, los libros extensos han de ser para el uso particular de los maestros, y seria muy importante que á la vez que expusieran la doctrina que debe enseñarse; explicaran el modo de enseñarla.

Excusado es advertir que el primer requisito de los libros que se ponen en manos de los niños ha de ser que estén exentos de doctrinas contrarias á la buena educacion y de errores científicos. Nada debe cuidar el maestro con mas diligencia que el conservar el candor de la niñez entre los discípulos, y apartar de la vista de estos cuanto pudiera ofender en lo mas mínimo la inocencia y pureza. La importancia de que los libros estén arreglados á las verdades científicas y á los progresos de cada ramo, no hay para qué encarecerla; pero esto no basta, sino que es menester que presenten las reglas y preceptos con la mayor claridad y sencillez, y de la manera mas fácil y segura de aprenderlas. La censura de las obras de texto hecha por el Gobierno tiene por objeto desterrar de las escuelas las que no llenen estos requisitos; mas si á causa de nuevas ediciones ó por otro motivo análogo hubiera alguna de las aprobadas que no las llenasen, deberán los maestros desecharlas ó proponerlo asi á la autoridad competente segun los casos.

El método adoptado en los libros es asimismo de grande importancia. En la enseñanza elemental no se busca solo la propagacion de conocimientos, sino el desarrollo de la inteligencia y la educacion moral. Por eso es preciso examinar hasta qué punto puede influir el método en el desarrollo del entendimiento; qué facultades pone principalmente en juego; si las ejercita todas en igual proporcion; si se dirige con preferencia á los mas importantes, ó á los que tienden por sí mis-

mas á ponerse en actividad, como sucede con la memoria; sin descuidar la instruccion real y positiva.

Bajo este concepto nos parecen poco á propósito para la enseñanza los tratados en forma de diálogo, aunque no carezcan enteramente de utilidad, sobre todo en los catecismos de doctrina cristiana y en todo lo que sea reglas y preceptos que no admiten ampliacion. Para el estudio de otras materias ahorran trabajo al maestro, pero hacen infructuoso el estudio. Repite el niño, las mas veces sin comprenderla, la respuesta formulada por el autor, y se habitúa á la falta de enlace y trabazon en las ideas, de que por necesidad deben resentirse los compendios en diálogo.

Nada importa que los libros de diferentes asignaturas estén ordenados siguiendo diversos métodos. Siempre que se acomoden á la naturaleza de la materia de que tratan, y se adapten á la capacidad de los niños, pueden variar hasta lo infinito, segun el modo de sentir y pensar del autor. No obstante, una vez adoptado un sistema, un plan general, todo debe contribuir á su realizacion, y los libros no influyen poco. Es menester que haya entre ellos unidad de miras y de principios, para que todos concurren á auxiliar los progresos del espíritu en un mismo camino sin exponerlo á cambiar continuamente de direccion.

Los libros, como se ha dicho antes, deben ser cortos en las escuelas elementales, y conviene añadir que en lo posible sean graduados. Cada uno debiera estar dividido en tres grados por lo menos, ya separados, ya reunidos en un mismo volúmen. De esta manera podria tratarse cada ramo de enseñanza acomodándolo al desarrollo intelectual de los discípulos, pues que desde los menores hasta los mas adelantados varia mucho en una misma escuela; el trabajo de los niños seria menor y

mas provechoso, y el atractivo de pasar de un libro á otro les incitaria al estudio; así, en fin, se darían mas fácilmente cuenta de sus adelantamientos y redoblarían su aplicación.

Por último, entre las consideraciones generales es de bastante importancia que en un mismo pueblo, y aun en la misma comarca, se usen idénticos libros en lo posible, y no es necesario advertir que la uniformidad en una misma escuela es requisito absolutamente indispensable.

Por lo que hace á los libros y medios de enseñanza de cada asignatura en particular, poco hay que añadir á lo manifestado en general; mas conviene hacer algunas observaciones.

En cuanto á los catecismos de doctrina cristiana, punto el mas importante, no se ofrece dificultad alguna, puesto que la ley designa los que deben adoptarse. Los libros de moral necesitan la censura de la autoridad eclesiástica y la del Gobierno, pero queda bastante libertad á los profesores en la eleccion. No creemos que los modernos sean mejores que los antiguos en general, pero son preferibles los que contengan reglas y ejemplos de mas aplicación en la sociedad actual, que los que tienden á inspirar virtudes y principalmente á corregir vicios de otra época.

Despues de los catecismos, no hay libros mas importantes ni mas indispensables que los de lectura. Los silabarios han de ser breves para economizar á los niños en lo posible el trabajo árido y penoso de la instrucción que por su medio se comunica. Si hay algun punto en el cual conviene apresurar la enseñanza, es precisamente en el conocimiento de las letras y las sílabas, bien entendido que se sienta con solidez el fundamento para el trabajo ulterior en este ramo. Los demas libros

deben ser extensos, porque la perfección de la lectura es obra de mucha práctica; porque los ejercicios cortos los aprenden luego los niños de memoria, y la recitación no es ejercicio de lectura, y porque estos libros deben contener lecciones que á la vez que sirven para el objeto principal, presten al maestro hábil un auxiliar poderoso para la cultura intelectual y moral de la niñez.

Las materias de que tratan estos libros deben decidir tambien en la eleccion. Conviene cimentar á los niños en la fé y en la moral, enseñarles las reglas de urbanidad, instruirles en conocimientos de aplicacion comun y ordinaria, preservarlos de preocupaciones y errores vulgares, é iniciarles en nuestra historia, y esto puede conseguirse muy bien por medio de la lectura. Importa mucho por tanto que estos libros contengan doctrinas morales y religiosas, reglas de urbanidad, preceptos de higiene, sencillos elementos de los fenómenos de la naturaleza y de los seres útiles y perjudiciales al hombre y los principales hechos de nuestra historia.

La aritmética se aprende en las escuelas, principalmente por la práctica, interviniendo mas el raciocinio que la memoria. Unos ejercicios se dirijen á familiarizar á los niños con la práctica de cada una de las reglas; otros, como son los problemas, ademas de este objeto sirven para ejercitar las facultades del entendimiento, cuando se hace investigar y adivinar al discípulo las reglas porque deben resolverse. De aquí se infiere que esta enseñanza depende casi exclusivamente de la explicacion del profesor. Si se usan libros, deben preferirse los mas sencillos en cuanto á las reglas, y de ejercicios mejor combinados, teniendo presente que los ejercicios deben constituir la mayor parte del libro, tanto mas cuanto sea menor la edad de los niños á quienes se destine.

El estudio de la lengua es tambien obra de mucha práctica, de repetidos ejercicios. Puede y debe encaminarse al desarrollo de la inteligencia, pero en él interviene en gran parte la memoria, por la sencilla razon de que las reglas son numerosas y se fundan mas en el uso que en la lógica.

Los compendios de lengua castellana para los niños son por eso mas necesarios que los libros de aritmética, aunque en casos dados puede tambien prescindirse de ellos. No deben comprender mas que lo realmente esencial. Las dificultades gramaticales, especialmente las que se refieren á la sintáxis, poco ó nada aprovechan á la mayoría de los discípulos de las escuelas elementales. ¿A qué fin gastar el tiempo en cuestiones que no saben resolver los gramáticos? ¿Qué importa que los niños cometan faltas en que incurren hombres instruidos, quienes no las consideran como tales?

Las cuestiones de nomenclatura, por importantes que sean bajo el punto de vista científico, en los compendios son perjudiciales. Los niños atienden mucho mas á la palabra del maestro que á las consideraciones abstractas en que se fundan las denominaciones que se quiere introducir; de consiguiente lo esencial es facilitar el estudio. Lo importante será que se funden en la autoridad competente, único medio de que haya uniformidad. Déjense estas cuestiones para los gramáticos y adóptense en las escuelas la nomenclatura que se ajuste á las doctrinas de la Academia de la Lengua.

Los ejercicios, tanto para apoyar como explicar las reglas, para dar á conocer el sentido y el significado de las palabras, y los de análisis gramatical, entran por mucho para juzgar del mérito de un libro. Conviene que sean variados, que no solo enseñen la aplicacion de la regla, sino los casos en que debe hacerse la

aplicacion, y para esto que estén combinados de manera que el trabajo del niño no sea trabajo de rutina, sino de la inteligencia, que le obligue á ejercitar el juicio para discernir las varias reglas aplicables en los casos que se proponen.

Los tratados de dibujo lineal y nociones de geometría han de limitarse á la construccion de las figuras geométricas, á aplicaciones comunes, á teoremas fáciles, sin perderse en demostraciones inútiles para el niño y superiores á su inteligencia.

La agricultura, considerada teóricamente, es un contrasentido en las escuelas. En los libros de los niños la teoría debe marchar al mismo nivel que la práctica, dominando siempre esta última, y sin pasar de lo mas comun.

Para la enseñanza de geografía son de mayor utilidad los mapas que los libros, á fin de aprender hechos y no reducir el estudio á meras palabras, como sucede en muchas escuelas.

En historia, los mejores libros son los que se limitan á exponer los acontecimientos mas notables del mundo, los grandes descubrimientos y sobre todo los principales hechos de la historia de España, dando á conocer los hombres ilustres que han contribuido á su gloria y prosperidad y que presentan ejemplos dignos de imitacion. Pocos hechos, seguidos de reflexiones, son de grande utilidad porque pueden servir de leccion moral; las fechas y muchas indicaciones de acontecimientos es estudio árido é insustancial que sobrecarga la memoria sin provecho de la inteligencia ni del corazon.

No hay duda que es de grande beneficio para los niños el conocimiento de la naturaleza que les rodea, y de sus principales bellezas y curiosidades, y especialmente de cuanto puede serles útil y perjudicial. Esta

instruccion ennoblece el alma elevándola hácia el Creador de todas las cosas al mismo tiempo que ilustra la razon; mas debe limitarse á los hechos, á ciertos principios indispensables para la inteligencia de los mismos hechos y sin traspasar el círculo de lo que el hombre aprende por experiencia propia. Si se le enseña sistemáticamente es solo para prevenir los errores y las preocupaciones en que puede caer entregado á sus fuerzas, para que le sea mas fácil este estudio y para que desde muy pronto pueda sacar fruto de él. Los libros para los niños que por circunstancias especiales estén en disposicion de aplicar estos conocimientos en mayor escala, pueden tener mas amplitud, pero siempre conforme al mismo principio. Por tanto deben desterrarse de las escuelas los libros que son un resúmen ó compendio de tratados científicos, y todos los que traten de teorías difíciles.

## CAPÍTULO XIII.

## DE LOS EXÁMENES.

El examen público debe ser por parte del maestro una prueba demostrativa del exacto cumplimiento de su deber, y de su mayor ó menor aptitud para instruir á niños; y para los padres, para las autoridades y corporaciones encargadas de sostener y cuidar estos establecimientos, y para todas las personas en fin que aprecian en su justo valor la educacion pública, debe ser una garantía de que este negocio vital para la sociedad está debidamente atendido.

(Montesino.)

Los exámenes en las escuelas de instruccion primaria aprovechan á los discípulos, á las familias y al profesor. Como medio de emulacion excitan y mantienen entre los alumnos el amor al estudio, inspirando á los débiles el deseo de adelantar, á los aventajados el de sostener la superioridad, y á todos el de distinguirse. Por los exámenes se pone á la vista del público los resultados de la disciplina y la enseñanza, y juzgan los padres de los progresos absolutos y relativos de sus hijos, y del zelo y aptitud del profesor. Este, por su parte, en los particulares se entera de la instruccion y capacidad intelectual de los discípulos, para clasificarlos segun el grado de saber de cada uno; y en los generales, haciendo apreciar los servicios que presta y los desvelos y sacrificios que se impone, recoge el fruto de sus afanes.

Los exámenes privados no son de igual interés é importancia en todas las escuelas. En las simultáneas está el maestro en relacion directa con los discípulos, les enseña por sí mismo y juzga de la capacidad y progresos de cada uno por las preguntas que les dirige á todas horas. En la enseñanza mútua, estando encomendada la instruccion á los mismos niños, por mas que el maestro vigile y recorra las secciones, no puede juzgar de los adelantamientos sin una prueba directa. Así, pues, este exámen es de mayor necesidad en las escuelas mútuas que en las regidas por el simultáneo.

Los exámenes privados sin embargo no dejan de ser muy útiles en las escuelas simultáneas, sobre todo cuando asisten muchos niños á la clase. Por este medio se confirma el maestro en la idea que ha formado de cada uno en las lecciones, ó la rectifica si fuere equivocada, como suele suceder. Las notas que prèvio este requisito consigna en los registros, expresan fielmente el verdadero estado de la instruccion en general y en particular, y le ilustran acerca de las necesidades reales y positivas de la enseñanza. Este exámen se celebra una vez al mes en presencia de alguno de los individuos de la comision local, si tuviera á bien asistir.

En las escuelas mútuas son mas frecuentes los exámenes privados, porque es el medio directo y principal de juzgar de los adelantamientos individuales, y al mismo tiempo, segun sean estos, de pasar los discípulos de una seccion á otra. Algunos los celebran una sola vez al mes, porque ocupan demasiado al profesor; pero no creemos oportuno retardarlos tanto. El niño á quien se obliga á permanecer en una seccion cuando se halla en estado de pasar á la inmediata superior, no se perfecciona, sino que se disgusta, pierde el tiempo y lo hace perder á los demas distrayéndolos. El maestro tampoco

puede dirigir la escuela con acierto sin tener conocimiento exacto de la marcha de la enseñanza, obtenido por medio de una prueba directa y fehaciente, la cual se consigue celebrando los exámenes una vez á la semana, el sábado por ejemplo.

Tanto en las escuelas simultáneas como en las mútuas se verifica el examen privado bajo una misma forma y sin alterar ni interrumpir la marcha ordinaria de los ejercicios. La única diferencia consiste en que en las primeras recorre el profesor las secciones que permanecen en su sitio, y en las simultáneas pasan sucesivamente las secciones á la plataforma. Esto sin embargo es accidental, y puede verificarse lo mismo de una manera que de otra, cualquiera que sea el sistema de enseñanza adoptado. Estando los discípulos de una misma seccion en presencia del profesor, examina este individualmente á cada uno acerca de los conocimientos que segun el programa debe comunicárseles, toma notas en el registro especial destinado al efecto, y ordena que continúen despues el trabajo como los demas dias. Ejecuta lo mismo sucesivamente con las restantes secciones de todas las clases, y asi se verifica el examen sin pérdida de tiempo, ni para el discípulo ni para el profesor.

Mas solemnes los exámenes públicos ó generales, no por eso exigen preparacion distinta. El maestro que dirige la escuela con inteligencia y zelo durante todo el año, no necesita imponerse trabajos ni esfuerzos extraordinarios al aproximarse la época del examen general. La exaltacion febril que se advierte en algunas escuelas al llegar esta época, manifiesta torpeza en el maestro, descuido, ó intencion de sorprender y alucinar al público con resultados aparentes y engañosos. El examen tiene por objeto manifestar la instruccion verdadera y

positiva de los niños, y los progresos hechos por estos desde el anterior. Si en el intervalo de una época á otra se han hecho adelantamientos, resaltarán por sí mismos sin emplear artificios de ningun género; si ha habido abandono, no hay medio de ocultarlo á la vista de las personas inteligentes y aun de la generalidad.

Para los efectos del exámen, es decir, para los resultados á que debe aspirarse, una cosa es el estado de la instruccion en general, y otra muy distinta las ventajas obtenidas por la buena direccion de la disciplina y la enseñanza en un tiempo dado. Las circunstancias especiales de la escuela influyen en el mayor ó menor desarrollo de la instruccion; los progresos de los discípulos dependen de la habilidad del profesor. La escuela puede ser de creacion reciente ó antigua, servir para la enseñanza de niños que necesitan mayor ó menor extension de conocimientos, haber estado encomendada antes á un profesor zeloso ó indolente, y todo esto concurre á que el programa de la enseñanza sea mas ó menos extenso y haya tenido mayor ó menor desarrollo. Creen algunos que para distinguirse en estos actos es menester presentar prodigios, niños que sorprendan haciendo alarde de conocimientos superiores y especiales, lo cual es un error. El verdadero mérito consiste en que la generalidad manifiesten adelantamientos en proporcion al tiempo que lleven de estudios y á las circunstancias especiales de la escuela, dentro del círculo que determina el programa trazado con arreglo á las necesidades reales de los discípulos, ó segun otras causas de que no es posible prescindir. Por reducido que sea el programa, aunque no comprenda sino los rudimentos de las materias que abraza la enseñanza elemental, caben progresos y adelantamientos.

Convendria que el exámen general se celebrara con

el mismo orden y sencillez que los privados; mas no lo aconsejariamos á los profesores. Empezar por una clase y recorrer todas las secciones, desde la inferior hasta la mas adelantada, y repetir igual operacion sucesivamente con las demas clases, si bien es la marcha mas adecuada para que se forme idea exacta y cabal del estado de la escuela y del mérito del que la dirige, seria muy monótono y desagradable para la generalidad de los concurrentes. No debemos hacernos ilusiones: por alguna persona que asista á estos actos con interés, y tenga gusto en presenciarlos desde el principio hasta el fin, muchas de ellas concurren por compromiso, están violentas y buscan pretextos para retirarse. Por eso es menester que haya variedad, con el fin de hacer atractivo el acto, hasta para los mas indiferentes. Conociendo las costumbres del pueblo y las disposiciones de los vecinos con respecto á la escuela, sin convertir los exámenes en farsas ridiculas y artificiosas, hay mil medios de amenizar los ejercicios, ya por el orden, ya por la forma, ya por otras circunstancias, segun las localidades. Empezando siempre por las secciones mas atrasadas y terminando por las superiores, á veces será oportuno recorrer sucesivamente las de cada clase, á veces examinar á los niños de menor edad en todas las materias, en ocasiones interrumpir una clase de ejercicios para dar lugar á los de otra diversa. De acuerdo el maestro con la comision local ó con la autoridad que haya de presidir el acto, se dispone de antemano cuanto conduzca á darle solemnidad y hacerlo agradable, segun las circunstancias especiales de cada pueblo, sin perjuicio de que la misma autoridad hiciera despues las alteraciones oportunas cuando notase ansiedad ó cansancio en los concurrentes.

Al principiarse el examen deberá estar sobre la mesa

de la presidencia el programa que señala el orden, el de la enseñanza, el registro de clasificación con observaciones acerca de la aptitud, asistencia y aplicación de cada niño, y cuanto pueda servir para apreciar los adelantamientos. Además habrá libros y los aparatos necesarios para los ejercicios.

La autoridad que presida abrirá la sesión simplemente, ó dirigiendo algunas palabras á los niños para animarlos ó como lo considerase oportuno. El profesor después da cuenta de la situación y progresos de la escuela en un discurso de circunstancias, recitado ó leído según le parezca, pero breve y sencillo, exento de frases pomposas y altisonantes. Luego se pasa á los ejercicios.

Colocados los niños por orden en el sitio destinado al efecto, se presentan sucesivamente las secciones acompañadas de los ayudantes ó de los instructores á medida que se nombran, cuidando de que, mientras se examina una sección, esté dispuesta la inmediata para presentarse, con el fin de economizar tiempo y no impacientar á los concurrentes. El que hace de secretario, ó el mismo maestro, manifiesta en voz alta el grado de instrucción de cada una de las secciones, é invita á que se interrogue á los niños, procurando que si no hay quien lo haga, se indique el punto sobre que han de versar las preguntas, para que aparezca en toda la mayor sinceridad y buena fé.

Quando toman parte en el exámen los individuos de la comisión local ú otras personas, es fácil que se desconcierten los niños, entre los cuales hay algunos tan tímidos que aun interrogándoles el mismo maestro se hallan embarazados para contestar. Los que no están habituados á la enseñanza de los niños, no saben á veces hacerse comprender de estos, y por instruidos que sean

hacen preguntas ininteligibles. Hay algunos que se complacen en proponer dificultades inconducentes, cuestiones inútiles de palabras, en preguntar por excepciones raras é insignificantes. En tales casos es preciso que el maestro tome la palabra para animar á los discípulos, y explique lo que no entiendan, de modo que sin decirles la contestacion les ponga en camino de darla ellos mismos.

Por lo que hace al profesor, conociendo bien á los niños y estando interesado en su lucimiento, sabrá tambien ponerse á su alcance cuando les pregunte y animarlos si se desconcertasen. Conviene advertir sin embargo, que no han de ser de tal naturaleza las preguntas que les dirija que se contesten simplemente con un *sí* ó un *no*, ni debe dejarse llevar de la manía de hacer ostentacion de saber hablando mucho ó entrando en explicaciones supérfluas. La enseñanza se da en la escuela, no en el acto del exámen, el cual tiene por objeto manifestar lo que se ha aprendido; la ciencia del profesor se manifiesta principalmente por los adelantamientos de que den prueba los discípulos.

Despues del exámen, en el mismo dia ó en el que se designe, se procede á la distribucion de premios. Aquí entran las dificultades y compromisos para el profesor. La vanidad de algunos padres y la ignorancia de muchos les cierra los ojos para comprender la verdad. Todos anhelan el premio para sus hijos, todos creen que les corresponde de justicia. Si el niño no lo merece, el maestro ha obrado con parcialidad por agradecer al alcalde ó á tal ó cual persona influyente, cuyo hijo es ignorante y desaplicado, y á pesar de todo gana premio. El que recibe un libro, lo compara con el de su vecino, y si le parece el de este mas grueso, de cubiertas mejor labradas ó con mas dorados, tambien

queda descontento. A este tenor se suscitan mil desazones al maestro, contra el cual van á estrellarse todos los disgustados, que son el mayor número.

En vista de tales inconvenientes, los maestros temen, hasta cierto punto con sobrada razon, los exámenes generales. Sin embargo, se evita el mal en gran parte siendo muchos los premios, y consistiendo estos en libros, mapas y otros objetos útiles de poco precio. Se dice que prodigando así las recompensas pierden el valor y dace la emulacion; mas, si es cierto, no tanto que se pierda completamente todo el estímulo que producen. Los niños, cualquiera que sea el premio, sean muchos ó pocos los premiados, aspiran siempre á distinguirse en los exámenes, y de todos modos es preferible la emulacion menos activa á la que promueve la rivalidad y envidia entre los discípulos y suscita embarazos y desazones al profesor.

A mas de esto hay otro medio de disminuir el mal. Cuando los exámenes se celebran con las formalidades debidas, naturalmente sobresalen en ellos los niños que se distinguen en la clase por la aplicacion y aprovechamiento. Estos son en realidad los acreedores al premio, y no los que por azar, por mayor desembarazo, ó acaso atrevimiento, responden á algunas preguntas con mas despejo que otros de superior instruccion. Por eso no hay inconveniente en que los premios del examen general se distribuyan segun el número de puntos ó billetes que cada uno hubiera obtenido en la escuela, sin perjuicio de aumentar algunos otros para los que contrajesen mérito particular en el ejercicio público, ó bien que el número de puntos se regulase mayor ó menor segun el resultado del examen, á juicio del tribunal. El profesor lleva registro de los premios ganados en la escuela, y para distribuirlos se sujeta por lo comun á

reglas fijas conocidas de los discípulos; estos saben el número de puntos de los compañeros, y las familias se enteran por las notas semanales ó mensuales y por los billetes que presentan los niños, de los progresos de estos. Una vez, pues, determinado que el número de puntos ó billetes obtenidos en la escuela sirve de regla para la distribucion de premios despues del exámen público, sin perjuicio de tener en consideracion el resultado de este acto, apenas queda motivo alguno para acusar de parcialidad al profesor.

Podrá argüirse que el exámen no tendrá alicientes para los niños con este método; mas el desco de distinguirse en presencia del público, la disminucion de puntos cuando el resultado del exámen no corresponde á la conducta de la escuela, el cambio de billetes por libros ú otros objetos de mas ó menos valor segun el mismo resultado, son estímulos suficientes para promover la aplicacion y el estudio. Sobre todo no es de presumir que los niños de mejor conducta durante el año se abandonen en un dia por no esperar otros premios que los ganados antes, los cuales no son en realidad los mismos. Lejos de ser este un mal contribuirá á que se tengan en mas estima las recompensas de la escuela.

En algunas poblaciones, especialmente en las de crecido vecindario, se celebra el exámen general estableciendo un concurso entre los niños de todas las escuelas, ó por lo menos de las públicas. Asi se compara el estado absoluto y relativo de instruccion de cada una, y se promueve mayor emulacion entre los profesores. La utilidad de tales concursos es indisputable, pero la forma en que se celebran los desnaturaliza y produce fatales resultados.

La competencia no se establece entre todos los discípulos sino entre cierto número de ellos, los mas ade-

lantados y sobresalientes. De aqui el que los maestros concentren todos sus desvelos en un corto número de niños, los que menos lo necesitan, á expensas de la masa general, á fin de presentar dos ó tres aventajados que acrediten la escuela. El triunfo, por lo comun, corresponde al que menos cumple con su deber. El que se esmera por los progresos de la masa general repartiéndola su atención entre todos los discípulos, como es justo, no obtiene resultados, mientras que el que abandona la clase y se ocupa en preparar cuatro ó seis niños tiene probabilidades de obtenerlos, y no es raro que recaiga el premio en una escuela por la casualidad de tener uno ó dos discípulos de talento instruidos en otra.

Para evitar tales inconvenientes, es preciso establecer el concurso entre todos los niños que concurren á las escuelas, ó por lo menos entre el mayor número posible. Con este objeto se ha ensayado el medio de establecer el concurso por medio de composiciones escritas, que pueden versar sobre todos los ramos que abraza la instruccion primera. Se ejecutan las composiciones á la misma hora en todas las escuelas á presencia de los individuos que han de juzgarlas, ó de otras personas delegadas al efecto; y recogidos y sellados los trabajos, se presentan al tribunal que los examina y coteja despues. Este método, aunque imperfecto tambien, porque solo permite entrar en el concurso á los discípulos que saben escribir, es sin embargo preferible al que está en uso en la actualidad.

## PARTE TERCERA.

### CONDUCTA PUBLICA Y PRIVADA DEL MAESTRO.

#### CAPÍTULO I.

##### EL MAESTRO Y LA COMISION LOCAL.

Es menester decirlo: si la comision no visita la escuela en muchos pueblos es por causa del maestro. (Barrau.)

Para la inmediata inspeccion y vigilancia de la instruccion primaria, establece la ley comisiones locales compuestas de las autoridades civil y eclesiástica del pueblo y de representantes de las familias. Estas comisiones dirigen y protejen al maestro, al mismo tiempo que zelan por la educacion y enseñanza; promueven la asistencia regular de los niños á la escuela excitando á los padres por los medios que les sugiere su zelo; y reclaman de las corporaciones municipales los auxilios necesarios para los progresos de la instruccion y para que se atienda al maestro cual corresponde á la dignidad y decoro del magisterio.

Como se infiere de la simple enunciacion de estas obligaciones, el maestro está en contacto directo y fre-

cuenta con la comision que le sirve de intermedio para comunicarse con las autoridades locales y superiores, si se exceptúa el inspector, con el cual se entiende inmediatamente en muchos casos. De la buena armonía en estas relaciones depende en gran parte el porvenir de la educacion y la tranquilidad y bienestar del encargado de dirigirla.

Cuando media mancomunidad de miras y de objeto entre diversas personas, se establece fácilmente entre ellas la confianza mútua. El maestro que se halla en este caso con respecto á la comision, puede aprovechar tan favorables circunstancias, guardando siempre tanto á la corporacion como á cada uno de sus individuos los mayores miramientos y atenciones. La experiencia enseña que el modo de obtener la confianza de las autoridades consiste en portarse con ellas de una manera sincera y respetuosa, sin bajeza ni servilismo.

Las comisiones locales, es indudable, no han correspondido por punto general á lo que habia derecho á esperar de ellas. Por algunas que presten servicios importantes á la educacion de la niñez, el mayor número han dado y están dando pruebas repetidas de culpable negligencia. La naturaleza de la corporacion contribuye á que asi suceda en los pueblos de corto vecindario, donde los individuos que la componen no suelen tener tiempo ni luces bastantes para el cumplimiento de los importantes deberes que les impone la ley. No obstante, la conducta del maestro no es enteramente estraña á tan deplorable incuria.

Puede suceder que las comisiones tomen interés por la escuela, que la miren con indiferencia, y que, cediendo á pasiones mezquinas, salgan de la ordinaria apatía para entorpecer los progresos de la enseñanza y molestar al profesor. En estos tres casos tan distintos,

la conducta del maestro, por lo general, debe ser una misma: cumplir estrictamente con su deber.

Cuando la comision comprende la importancia y trascendencia de las atribuciones que se le confian, es fácil al profesor el desempeño de las obligaciones del magisterio, y muy satisfactorio ver apreciados los esfuerzos y desvelos que le imponen. Cuando la comision mira con indiferencia sus deberes, el trabajo es mas penoso porque falta el estímulo y el apoyo necesarios. En este último caso importa mucho imaginar los medios de obligarle á que se interese por el servicio de la educacion primaria y á que visite la escuela, porque estas visitas son un medio de emulacion para los discípulos, y un preservativo contra la apatía, la rutina y la negligencia á que uno se deja arrastrar sin apercibirse cuando está entregado á sus propias fuerzas.

Haciendo ver respetuosamente los beneficios de la educacion con los males de abandonarla, y sobre todo, presentando resultados satisfactorios en los exámenes, no dude el maestro que teniendo constancia logrará al fin su objeto. La mayoría de los individuos de la comision son padres, y el padre nunca puede mirar con indiferencia los progresos y adelantamientos de sus hijos.

Estando la comision ó cualquiera de sus individuos en la escuela, debe hacérsele notar el influjo que ejerce su presencia en los discípulos, procurando que advierta nuevos adelantamientos en cada visita. Las observaciones á que dé lugar la inspeccion, sean acertadas ó des-  
acertadas, es menester escucharlas con atencion y miramiento, porque la advertencia imprudente ó inoportuna no escusa del respeto debido á la autoridad, y será tanto mas eficaz la réplica, cuanto mas atenta y respetuosa. Cuando la observacion es oportuna, se acoge y se pone en práctica para que se vea realizada en la vi-

sita inmediata; si no lo fuere, se exponen con prudencia las razones que aconsejan otra cosa, pero en tono de duda, ó como si se consultara, que es el medio de que se admitan siendo fundadas. Si la comision reprehende injustamente, se contesta sin irritacion, presentando excusas razonables con calma y templanza; si la reprehension es justa, se ofrece proceder en adelante con mas cuidado, guardándose siempre de rebajarse á la vista de los niños, en el caso de que la autoridad tuviera la imprudencia de reprenderle en presencia de estos. Observando el profesor esta conducta, no podrá menos de ganarse la confianza de la autoridad.

Las visitas frecuentes tienen por objeto sostener la emulacion entre los niños y vigilar la marcha de la educacion y enseñanza. A este fin, basta ver y observar sin interrumpir las lecciones, recorriendo los bancos y los semicírculos, á diferencia de cuando se practica la inspeccion, que es un acto mas solemne y formal, una especie de exámen detenido que no debe repetirse con frecuencia. Esto no obstante, debo consentir el maestro que los individuos de la comision que gusten enterarse por sí mismos del estado de la enseñanza, dirijan preguntas á los discípulos, y contribuir él mismo á enterarles de cuanto pueda satisfacer sus deseos. En estos casos se da á conocer el maestro por la circunspeccion y reserva con que debe proceder, sin adelantarse nunca, ni ir mas allá de donde le llaman. Se guardará bien de hacer alarde de saber y capacidad. En vez de ponderar el órden y los métodos de enseñanza adoptados, asi como los progresos de los discípulos, esperará á que se le pregunte. El charlatanismo de algunas personas que no saben hablar mas que de sí mismos exagerando su saber y merecimientos, y que no hacen mérito de los demas sino para rebajarlos, si encuentra acogida

entre los ignorantes y los que proceden de mala fé, á la vista de las personas sensatas prueba amor propio desmedido é ignorancia supina.

Podrá suceder que los individuos de la comision cometan algun ligero error al preguntar á los niños, porque hasta las personas mas instruidas se equivocan á veces tratándose de cosas sencillas. Esto ocurre con mas frecuencia entre los que no han visto un libro en mucho tiempo, y carecen de práctica en la enseñanza. El maestro en tal caso ha de evitar el darse por entendido ni de palabra, ni con gestos, ni con la menor sonrisa. Disimulando, puede pasar desapercibido para los niños; y si asi no fuese, ocasion habrá de deshacer de una manera indirecta el error que pudiera haberse cometido. Otra conducta seria falta de urbanidad y ejemplo de insubordinacion, falta que le atraeria el disgusto de la autoridad y ejemplo que alentaria á los discípulos á burlarse de él mismo.

La situacion mas dificil del profesor depende de la mala voluntad de la comision ó de alguno de los individuos. No parece esto posible en personas á quienes se encomienda un encargo tan honorífico como delicado, mas lo es y con demasiada frecuencia. Por doloroso que sea confesarlo, hay comisiones que no intervienen en los asuntos de instruccion primaria, ni visitan las escuelas sino para perseguir al maestro. Acaso y sin acaso pudiera citarse pueblos donde nunca se ha reunido esta corporacion hasta que una palabra indiferente y mal comentada, ó el amor propio ofendido, suscita una persecucion contra el profesor. Muchas veces es causa este mismo, y una explicacion sincera y respetuosa por su parte bastaria á conjurar la tempestad. En algunos casos de nada servirian tales medios, y no hay otro recurso que armarse de paciencia y redoblar si es

posible el zelo y los esfuerzos por los progresos de los discípulos.

Antes de decidirse á creer que se obra de mala fé, reflexionarlo con imparcialidad y calma. Si la persecucion proviene del carácter altanero de alguno de los individuos, la malevolencia se estrellará en el porte y conducta del profesor, que aparecerá mas irreprochable á los ojos de todos si las exageradas pesquisas de un hombre descontento siempre, no encuentran qué censurar con fundamento. Cuando la comision estuviera decidida á perder al maestro, tampoco hay otro recurso que calma y resignacion. Cumplir estrictamente todos y cada uno de los deberes del magisterio, y esperar otra situacion mejor de la buena voluntad de los padres de familia haciéndoles apreciar el aprovechamiento de sus hijos. Todos los destinos y profesiones llevan consigo contrariedades y disgustos y es menester saber soportarlos.

Duro es sin duda el consejo, pero no hay otro medio. Es mas cómodo y mas satisfactorio para el orgullo ofendido quejarse y reclamar contra la injusticia, pero es mas eficaz remedio la calma y la moderacion. En último apuro se recurre á la autoridad competente con sinceridad y confianza, y no dejará ésta de prestar el apoyo necesario al molestado. El inspector se enterará por sí mismo de la injusticia y pondrá remedio sin comprometer mas al maestro.

## CAPÍTULO II.

## EL MAESTRO Y EL ALCALDE.

A las autoridades constituidas debe tambien  
el maestro especial atencion y miramiento.

(Montesino)

El alcalde es el representante inmediato de la autoridad. Representa al Estado, al pueblo y las familias, y en nombre de intereses tan sagrados, ademas de otras atribuciones, las ejerce muy importantes en cuanto se refiere á la educacion de la niñez.

El carácter de que está revestido impone á todos respeto y sumision, y en particular al maestro, cuya conducta en esta parte será provechosa enseñanza para los discípulos, los cuales con el ejemplo del que les sirve de modelo, aprenderán á respetar la sociedad en los que la gobiernan, y la ley en los depositarios de la autoridad. El maestro hablará del alcalde con estimacion y respeto, lo mismo en presencia de los niños que de otras personas. Cuando se tratase de los actos de la administracion, manifestará en sus palabras el convencimiento de que las intenciones del que ejerce la autoridad son puras, elogiará lo que merezca ser elogiado, y guardará prudente reserva acerca de lo que al parecer se preste á la censura, no manifestando desaprobacion sino con el silencio. Si está admitida y es conveniente la critica imparcial y comedida de los actos de la autoridad, no en boca del maestro, el cual se expon-

dria á que se interpretaran sus palabras de una manera siniestra.

La presencia del alcalde en la escuela es un testimonio de su solicitud y de la del pueblo por la educacion de la infancia: alienta á los niños, y estimula y contiene al maestro. Cumpliria este muy mal sus deberes si no le recibiese con las atenciones debidas al presidente de la comision local, y al gefe civil del pueblo.

El alcalde visita, pero principalmente vigila y administra la escuela. Si en todos los actos administrativos no decide por sí solo, por lo menos tiene la iniciativa y está encargado de la ejecucion. Mas de una vez tendrá que acudir el maestro á su autoridad en reclamacion de mejoras en el servicio de la escuela, y por otros asuntos. Conviene en estos casos no ser exigente, ni mucho menos pretender cosas innecesarias, sobre todo cuando los fondos del pueblo se hallasen sobrecargados por otras atenciones. Se hace ver lo que es absolutamente indispensable, se procura persuadir de la dificultad de que la escuela dé resultados sin local á propósito, sin enseres y sin medios de enseñanza; y cuando se opone resistencia, especialmente si se fundase en falta de recursos, es menester contentarse con poco. Las reformas hechas de una vez corresponden mejor al objeto, porque en todo se observa la debida proporcion; mas cuando hay dificultades de mucho peso se introducen por grados. Primero se atiende á lo de mas absoluta necesidad, é insensiblemente se obtiene despues cuanto hace falta. Entre adelantar algunos pasos y no conseguir nada por quererlo todo, no es dudosa la preferencia. Insistiendo el maestro una vez y otra vez, al fin se llega al término que se desea, y cuando no, un dia visitará el pueblo el inspector, y por

medio de sus amonestaciones y recurriendo á la autoridad competente en caso necesario, obtendrá lo que hasta entonces no haya sido posible.

Las pretensiones del maestro para que se haga efectivo el pago del sueldo fijo y de las retribuciones de los niños en los pueblos donde no se atiende como debiera estas obligaciones, ofrece mas graves dificultades. El maestro carece de otros medios de subsistencia, y está obligado á reclamar cuando se retarda el pago. Las diligencias amistosas no bastan, y se hace necesario valerse de comunicaciones oficiales, y acudir, apurados todos los medios, á la autoridad superior. De aqui el disgusto de la municipal, de aqui las persecuciones, y sin embargo no puede prescindirse de obrar así, porque la necesidad de subsistir es tan imperiosa que no admite espera. En tal situacion, antes de proceder de oficio, conviene recurrir al inspector á fin de que, valiéndose de amonestaciones amistosas, interceda en favor del maestro evitándole los disgustos que son consiguientes. Si el inspector ha visitado el pueblo, ejercerá algun ascendiente en las autoridades locales, y las diligencias que practique serán fructuosas. En otro caso es indispensable que el maestro reclame de oficio lo que le corresponda, y entonces, que sus comunicaciones sean sencillas y respetuosas, que se limite á exponer los hechos y tenga confianza en la autoridad superior.

En los pueblos de corto vecindario, el maestro tendrá, sin duda, que ejercer el cargo de secretario de ayuntamiento. Es una fatalidad para él y para la enseñanza, pero una fatalidad irremediable. Exactitud, discrecion y reserva, son los principales deberes que este cometido impone. Para su buen desempeño exige estudio detenido de las disposiciones del Gobierno y de

la autoridad provincial relativas á la administracion, enterarse de las fórmulas de muchos actos y comunicaciones, despachar con prontitud los negocios siguiendo estrictamente las instrucciones que se le comuniquen, tratar con afabilidad á todo el mundo y guardar completa reserva.

En los pueblos de corto vecindario, el maestro tendrá, sin duda, que ejercer el cargo de secretario de ayuntamiento. Es una fatiga para él y para la ganancia, pero una fatiga irremediable. Exacting, discrecion y reserva, son los principales deberes que este cometido impone. Para su buen desempeño exige este dho. destino de las disposiciones del Gobierno y de

## CAPÍTULO III.

## EL MAESTRO Y EL PÁRROCO.

Donde el párroco y el maestro se dan la mano, no puede menos de prosperar la obra comun. (Münch.)

Individuo el párroco de la comision escolar, encargado particularmente de la vigilancia de las doctrinas que se inculcan á la niñez, y representante de la autoridad moral y religiosa del pueblo, es ademas por su carácter y por sus luces el consultor, el consejero y el protector natural del maestro. Este le debe respeto, confianza y amistad. De la buena armonía entre ambos, que se manifiesta por el respeto del uno y la benevolencia del otro, resulta gran bien á la educacion y á las familias. La autoridad del párroco hará fructificar la enseñanza del maestro, y este por su parte coadyuvará á difundir las buenas doctrinas religiosas y morales, encargo principal del párroco.

La superioridad de los ministros de la religion sobre el encargado de la enseñanza elemental, no debe, no puede ponerse en duda un solo instante. Los estudios del párroco, extensos y elevados, tan propios para cultivar el espíritu, su experiencia como encargado de los secretos íntimos de los feligreses, sus conocimientos en los sublimes misterios, en la ciencia de Dios, y sobre todo, el sagrado carácter de que está revestido, le colocan á una altura de que se halla muy distante el pro-

esor mas zeloso é inteligente. La grave responsabilidad del ministerio á que va unido el pasto espiritual de las almas, le obliga á dudar de sus luces, á obrar con reflexion, á no proceder con ligereza. Conoce bien el corazon del hombre porque penetra hasta su interior en el Sacramento de la Penitencia, y sin revelar secretos que no le pertenecen, se halla en disposicion de dar consejos de grande importancia y utilidad. En él, pues, debe buscar el maestro quien le ilustre en las dudas, quien le apoye en los trabajos, y quien le consuele en las desgracias, y en él encontrará el sosten y el auxiliar para la realizacion de los buenos deseos.

El ministerio del párroco y el del maestro, aunque en grado diferente, tienen muchos puntos de contacto. Las relaciones que de aqui se originan favorecen la buena armonía entre ambos. Por otra parte, un ministro del altar abre siempre su corazon al hombre honrado y laborioso. Cuando median tales disposiciones por una parte, no ofrece dificultades la correspondencia de la otra. El maestro zeloso, modesto, y de conducta arreglada obtiene pronto la confianza y la amistad del párroco, tratándole con miramiento pero sin bajeza, con urbanidad y cortesía pero sin lisonja. Desde entonces el maestro encuentra proteccion decidida en el párroco, pasa la vida á su lado, y en los pueblos es un tesoro la sociedad de un hombre instruido y virtuoso.

La obediencia y los servicios al ministro del altar tienen un limite que no pretenderá que se traspase el sacerdote que está bien penetrado de su posicion. Si asi no fuera, el maestro se abstendrá con prudencia de lo que pudiera rebajarle en el concepto publico. La obsequiosa deferencia del maestro no pasará la linea de lo noble y decoroso; la sumision y el respeto no deben confundirse con la dependencia de un criado doméstico.

... Todos tenemos defectos como resultado de la flaqueza y miserias de la naturaleza humana. El párroco no está exento de ellos, y por desgracia influyen más de una vez en las disidencias que median con el maestro. Cuando esto sucede es preciso reflexionar con madurez para descubrir si el origen de la desunion nace de nosotros mismos ó de los demas, porque el amor propio excesivo, el orgullo, nos engaña con demasiada frecuencia. Si la falta es nuestra, corriámosla; si está en el párroco, seamos indulgentes con las faltas ligeras y confiemos en las almas generosas y en nuestra conducta para cortar el mal.

Aunque de caridad y de paz la mision del sacerdote, debe éste contener el escándalo y el desorden, y combatir los vicios. Por circunspecto que sea en su porte no puede menos de herir el amor propio de algunos, y de aqui los rencores y los ódios suscitados por las malas pasiones. Acaso los descontentos traten de sublevar al maestro contra el encargado de predicar la palabra de Dios. Lisonjas, promesas, nada se perdona en estos casos, y á veces no bastan las mayores precauciones para resistir á esperanzas tan halagüeñas como engañosas. El hombre de talento y de buen sentido rechaza estas pérfidas sugeriones, y tal debe ser nuestra conducta.

El que se deja coger en el lazo, el maestro que por cualquier otro motivo se indispone con el párroco, se enajena mas pronto ó mas tarde las simpatías de los hombres de bien, pierde su influencia y su reputacion, y por último es la víctima expiatoria. Por grande que sea la oposicion de un pueblo contra el gefe espiritual, esta hostilidad no destruye nunca cierta confianza en el carácter de que está revestido. Si el maestro ha tomado parte en la contienda, cuando llega el tiempo en

que se calman los ánimos, cuando se juzga sin pasión, queda muy mal parado en el concepto público, y difícilmente podrá destruir las prevenciones á que haya dado motivo.

Quando apurados los medios de union que aconseja la prudencia, el párroco, por efecto de su carácter personal, no procediese cual corresponde, el maestro no debe humillarse. Cuidará de ocultar al público estas desavenencias en lo posible, y evitará las quejas y declamaciones que aumentarían el escándalo, y su conducta le evitará grandes amarguras. La ciencia de callar cuesta muy cara, pero una vez adquirida es tesoro inapreciable. Las prevenciones contra el hombre de bien las destruye el tiempo, que se encarga de hacer justicia imparcial y severa.

Los cargos que el maestro pueda ejercer en la iglesia no requieren advertencias especiales. El hombre piadoso encuentra en su corazón y en su conciencia la mas segura guía en estos deberes.

## CAPÍTULO IV.

## EL MAESTRO Y LOS PADRES DE FAMILIA.

Los maestros deben estar en correspondencia con los padres de los discípulos, á fin de que haya unidad de accion entre la educacion doméstica y la pública. (Neville.)

La educacion del hijo pone al maestro en contacto inmediato y necesario con el padre, y establece relaciones provechosas á uno y otro. El maestro se entera del carácter, de las costumbres y de la aplicacion del discípulo en el hogar doméstico, y el padre del porte y progresos de su hijo en la escuela. De acuerdo la autoridad paterna y el que la ejerce por delegacion, marchan por el mismo camino, adoptan iguales medios de adelantamientos, se auxilian con inteligencia y zelo, y llegan al término de la carrera venciendo con facilidad las dificultades y embarazos que pueden interceptar el paso.

Estas relaciones no son tan sencillas y fáciles como aparece á primera vista. Para que sean útiles, para que en vez de producir el bien no sean origen de disgustos y desazones, se requiere extraordinaria reserva y circunspeccion. La debilidad y complacencia de la autoridad paterna, el amor propio tan fácil de ofender, el carácter descontentadizo, la vanidad, y otras mil causas, crean obstáculos que solo la conducta prudente y

mesurada puede destruir. Así es el mundo, y no hay poder humano capaz de hacerlo cambiar. No han de considerarse las cosas como deben ser, sino como son.

Ante todo, el maestro ha de recibir á los padres de la misma manera que trata á los discípulos. Como no hay bancos de preferencia para estos en la escuela, tampoco debe haber para los padres otras distinciones que las que exige la urbanidad en cuanto á las expresiones que se llaman de cumplimiento. Por lo demas, contestará cortesmente lo mismo á las preguntas del pobre que del rico, enterándoles de cuanto les convenga saber acerca de sus hijos. El alcalde, los individuos de la comision, ó cualquiera autoridad, como padres, no se diferencian del honrado jornalero ni de la miserable viuda que le piden informes.

— La correspondencia y comunicacion entre el maestro y los padres, tiene que ser frecuente y sostenida. La forma variará segun los usos y costumbres del pueblo. En unas partes consiste en visitas, en cierto modo oficiales, hechas por el profesor; en otras en comunicaciones escritas, y por lo comun, en uno y otro, además de las visitas hechas por los padres zelosos. El maestro, al encargarse de una escuela, se informará de la conducta que le conviene seguir consultando á las personas prudentes y entre ellas al párroco. Por punto general, conviene hacer pocas visitas, cortas, y cuando la necesidad lo exija.

En estas relaciones, cualquiera que sea la forma, se hará notar la benevolencia, la calma, la dignidad del que está satisfecho de su conducta y no aspira mas que al bien. Ni porte altanero ni condescendencia servil conviene jamás al maestro, sino ceder á tiempo y resistir cuando el deber lo exige. A las quejas injustas de los padres demasiado complacientes con sus hijos

para no atribuir las faltas al mismo maestro, no hay otra contestacion mejor que la moderacion. Prevenido contra estas contrariedades, se hace uno bastante dueño de sí mismo para responder con dulzura y benevolencia. Esta conducta es la mas eficaz censura, y el escudo en que se embotan las armas de la vanidad y la cólera.

Algunos padres hablan de los defectos de sus hijos, ruegan al maestro que imponga á estos severos castigos y que no les disimule la menor falta. Tan buenas disposiciones favorecen al parecer la accion del profesor, mas no en la realidad. Por uno que exprese lo que siente, el mayor número no está conforme en lo que dice. Apélese al testimonio de los hombres de experiencia y se hallará comprobada esta asercion. Conocen los defectos de sus hijos, se duelen de ellos, pero los confiesan con objeto de que se combatan estas ideas y se escuse lo que no tiene disculpa. Tal es la debilidad de nuestra naturaleza.

Otros, por el contrario, recomiendan al maestro la extremada delicadeza y sensibilidad de los niños que confian á su direccion, y piden para ellos condescendencia y disimulo. A veces llevan sus pretensiones hasta pedir que se altere la disciplina y el régimen y métodos de enseñanza. Prevenido el maestro, debe oír estas exigencias sin sorpresa y sin manifestar disgusto, ni de palabra, ni por los gestos y acciones. Obligacion suya es escuchar con atencion y deferencia los deseos y manifestaciones de los padres. Cuando la naturaleza de lo que se pretende lo permite, la contestacion está reducida á manifestar que se hará todo lo posible para acomodarse á tales deseos en cuanto los reglamentos y prescripciones de la autoridad á que debe obedecer ciegamente lo consientan. Si las exigen-

cias son abiertamente contrarias al buen régimen de la escuela, ó á la ley que es superior á todos, entonces no hay término medio, sino hacer ver la imposibilidad de acceder á la demanda. Se manifiesta sentimiento de no poder obrar de otra manera, se lee el reglamento que se opone á ello, y se procura persuadir con prudencia que el plan y métodos de enseñanza adoptados es lo mas conveniente para todos los discipulos.

Al dar parte por escrito ó de palabra de la conducta y progresos de los niños, no se necesita proceder con menos circunspeccion. Es preciso decir la verdad sin disimulo de ningun género, pero decirla de la manera conveniente, para que no hiera el amor propio de los padres, ni les haga formar idea exagerada del talento y aplicacion de sus hijos.

Las felicitaciones y los elogios tienen siempre acogida favorable. Cuando se da parte de una buena cualidad, de la aplicacion, de la buena conducta, y de los adelantamientos de los niños, el único peligro consiste en la exageracion. El niño cambia de un momento á otro, y no hay que concebir esperanzas demasiado lisonjeras, que pueden ser ilusorias. No elogiar ni demasiado pronto ni con exageracion, para no arrepentirse despues. Elógiense lo que sea digno de esta recompensa justa, pero con moderacion, y dejando siempre entrever que para llegar á la perfeccion hay que adelantar algunos pasos mas.

Quando se comunican noticias desagradables, toda prudencia y toda contemplanion no basta á veces á evitar disgustos. Sin embargo, el silencio del maestro seria reprehensible. Por interés de la escuela, por interés del padre y por interés del hijo, es menester decir la verdad y la verdad toda; pero, sin desfigurarla, puede emplearse expresiones suaves y comedidas. Una noticia

de esta clase desagrada, y seria por lo menos faltar á la urbanidad no valerse de ciertas precauciones. Los padres propenden á excusar y aun á justificar las faltas de sus hijos, atribuyéndolas á sujestiones de los discípulos y aun á descuido del mismo maestro, y para desvanecer tales ideas, y para que le ayuden á corregir las faltas, no es el mejor medio el de irritarles mas.

Por eso el maestro, cuando tenga que dar un paso de esta naturaleza, debe manifestar el disgusto que le produce, no aparecer como acusador, sino como amigo sincero, no quejarse de las incomodidades que le ha causado el culpable, sino dolerse de que las advertencias y amonestaciones no hayan bastado á corregirle. Si estos medios no producen resultado, si los padres, dando crédito á las excusas de su hijo, le disculpan, entonces no queda otro recurso que manifestar con franqueza, pero con moderacion, que el niño no dice la verdad.

Los presentes y regalos hechos al maestro por algunas familias le comprometen mas de lo que se cree, y es menester excusarse de recibirlos, á no ser que por la costumbre pudiera considerarse este modo de obrar como un desaire ó falta de urbanidad. Por lo comun nada hay desinteresado en el mundo; el que da al parecer con mas generosidad, no hace mas que prestar ó vender. El padre que hace un presente, cree obligar al maestro, y espera en secreto deferencia y predileccion para su hijo. Si este adelanta, si ocupa los primeros puestos, aunque sea con justicia, se atribuye á parcialidad por el resto de la escuela; si se queda atrás, si no se le trata con distincion, el padre lo tacha de ingratitude.

Por eso no deben recibirse regalos de ningun gé-

nero, y cuando el uso lo autoriza, procurar destruirlo gradualmente para evitar compromisos y sospechas que rebajan la autoridad del profesor, y el disgusto y envidia de los pobres que se creen humillados porque sus padres no pueden hacer los mismos obsequios y distinciones.

Por eso el maestro, cuando tenga que dar un paso de esta naturaleza, debe manifestar el disgusto que lo produce, no aparecer como acusador, sino como amigo sincero, no dejarse de las incomodidades que le ha causado el culpable, sino dolerse de que las advertencias y amonestaciones no hayan bastado a corregirlo. Si estos medios no producen resultado, si los padres dando crédito a las excusas de su hijo, le disculpan, entonces no queda otro recurso que manifestar con franqueza, pero con moderación, que el niño no dice la verdad.

Los presentes y regalos hechos al maestro por algunas familias le comprometen mas de lo que se cree, y es mejor evitarlos que recibirlos, á no ser que por la costumbre pudiera considerarse esto modo de obrar como un deber ó falta de urbanidad. Por lo comun nada hay desinteresado en el mundo; el que da al padre con mas generosidad, no hace mas que prestar á vender. El padre que hace un presente, cree obligar al maestro, y espone en secreto deferencia y gratitud para su hijo. Si este adelanta, se ocupa los primeros puestos, aunque sea con justicia, se atribuye á parcialidad por el resto de la escuela; si se queda atrás, si no se le trata con distincion, el padre lo trata de ingrato.

Por eso no deben recibirse regalos de ninguna gé-

## CAPÍTULO V.

## EL MAESTRO Y EL PÚBLICO.

El vestido del cuerpo, la risa de la boca, y el andar del hombre, dan muestra de él.  
(Ecl. cap. 9.)

La ley de la necesidad y de los placeres legítimos aproxima á los hombres entre sí y les impone la obligacion de tratarse mutuamente con ciertas consideraciones y miramientos indispensables á la buena armonía y al bienestar comun. El maestro, que en todo debe dar ejemplo, ha de ser el primero en observar las reglas establecidas, obrando con la mayor prudencia en todas circunstancias. Respetándose á sí mismo, y respetando á los demas, conseguirá indudablemente la estimacion y atenciones debidas al ministerio que ejerce. Si alguna vez se encuentra con hombres groseros é inciviles, el tono y maneras corteses que use con ellos serán una leccion provechosa, y los dispondrá en favor suyo.

Hasta las cosas mas triviales é insignificantes influyen mucho en el juicio que se forma de los hombres, y favorecen ó perjudican á su opinion. El que se presenta en público desaseado, anda con paso incierto y tropieza distraido con los demas, da muy mala idea de su educacion. El maestro que se presenta en la calle vestido con la decencia y sencillez propia de su estado, que anda con gravedad y manifiesta en el semblante cierto

aire afable, modesto, contento y natural, atrae las simpatías de todos. La dignidad exterior del hombre es de grande importancia en el maestro, porque las primeras impresiones deciden en gran manera de la voluntad de las familias, las cuales desean naturalmente que la persona en quien depositan la confianza de educar á sus hijos les sirva de modelo en todo.

El maestro que se deja ver poco en público, inspira mas respeto á los niños y mas estimacion á las familias. Cuando lo haga, es preciso tratar á las personas con quienes se encuentre, cualquiera que sea la situacion de ellas, con urbanidad y cortesía, signo exterior de sentimientos benévolos y generosos. A los pobres, en vez de mirarles con desprecio, se procura realzarlos á sus propios ojos por medio de modales atentos; á las personas acomodadas y á los superiores se les trata con agrado y respeto, pero sin bajeza. En todo caso no familiarizarse demasiado, ni tomarse libertades que pudieran interpretarse en mal sentido, pues los habitantes de los pueblos son en extremo delicados, y suelen dar á las cosas la acepcion peor y menos sensata.

Conviene ser sóbrio en las palabras, especialmente entre personas que no se conoce bien. Sobre todo debe hablarse poco de los discipulos, ni en el seno de la amistad, ni menos en público. Propalar las faltas y defectos de los niños, es murmuracion odiosa y pueril, es vender secretos que solo pertenecen á los padres, y en determinados casos á las autoridades.

Hay muchos hombres que no saben hablar sino de sus ocupaciones y servicios. Preocupados constantemente de un asunto y dominados de amor propio excesivo, no aciertan á proferir una palabra, en no tratándose de ellos, y promueven la conversacion por cualquier medio para tener el placer de elogiarse. Estos

hombres son una verdadera calamidad para cuantos encuentran al paso. Sus discursos obligados versan sobre los importantísimos trabajos que están para terminar, el favor que encuentra en el público, el afecto que les prodiga la autoridad, y las consideraciones que se les dispensan en todas partes. De fuerza ó por grado, no hay más remedio que escuchar sus inmoderadas alabanzas. Los maestros estarán prevenidos contra semejante conducta, á que son propensos por efecto de sus constantes y asiduos trabajos en la educación. Ocasiones de sobra se ofrecerán en que acreditar sus conocimientos y servicios, y no faltará quien los haga valer, sin que pierdan el mérito real y verdadero por exageración vana y presuntuosa. El hombre modesto y bien educado no trata de llamar la atención sobre sí mismo, sino de distraerla; cuando se habla con elogio de su persona, procura desviar la conversación; cuando se le dispensan alabanzas, se ruboriza y no abre la boca sino para atribuir sus merecimientos á favor ó á las circunstancias, de que en realidad provienen más de una vez.

Prudente y circunspecto el maestro, sin privarse enteramente de concurrir á ciertos actos públicos, y de tomar parte en diversiones y placeres honestos, los evitará en lo posible y siempre que puedan comprometer la dignidad de su carácter y obligarle á gastos inútiles. Escusado es decir que no debe vérsele jamás en los sitios donde se reúnen hombres disipados, porque el aire que allí se respira es nocivo á la salud y mortal para la virtud. El ejemplo incita á probar los goces funestos, y dado el primer paso es difícil retroceder.

El deber, de acuerdo con el interés propio bien entendido, exige imperiosamente al maestro que permanezca extraño á las divisiones y pequeñeces de los vecinos. Hombre del pueblo, de todos los partidos,

tiene que vivir con todo el mundo, y para esto no hay otro medio que huir de las intrigas y desavenencias locales, retirándose á la escuela para no ocuparse sino en instruir y educar á los discípulos. Ha de procurar que sus acciones y palabras sean el signo fiel de neutralidad amistosa con los diversos bandos en que puedan dividirse los vecinos. Para él todos son hermanos, á todos debe sus servicios y la consideracion y el aprecio.

Iguales motivos le aconsejan evitar las pasiones políticas y no declararse hombre de partido. El maestro tendrá opinion fija, afecciones propias, pero cuidará con prudencia de guardar el secreto en el santuario de su alma, cerrado á las miradas extrañas. Si la autoridad, olvidando sus deberes, le mandase propagar entre los discípulos un sistema político cualquiera, se resistirá con respeto y firmeza. La opinion política es patrimonio exclusivo de la familia, y el profesor no puede ni debe atentar á la libertad y á los derechos de los padres. El deber del maestro es formar hombres de bien, hombres que respeten las leyes y sirvan con lealtad á la patria, no formar hombres de partido. Inculcando á los niños el respeto á las leyes y á las autoridades, y el amor al orden, auxilia al Gobierno y sirve á la sociedad. Dándoles ejemplo de sumision y respeto, y haciéndoles ver en la ley y en la autoridad el poder tutelar que vela por las necesidades de todos y vigila por los intereses del bien común, habrá contribuido á sentar los cimientos de la moral social. Y no hay que replicar que esto sea privarle de la independencía y de la dignidad propia del hombre. Para el maestro no hay independencía ni dignidad fuera de la confianza de las familias, y esta no se obtiene afiliándose en los partidos. La verdadera independencía consiste en no querer ni obrar sino lo posible y lo conveniente en la posicion

que cada uno ha elegido despues de reflexionar maduramente acerca de las ventajas é inconvenientes que ofrece.

Portándose asi el maestro, puede estar seguro de merecer las simpatías del público y el aprecio y cooperacion de las autoridades.

## CAPÍTULO VI.

## EL MAESTRO Y EL INSPECTOR.

---

La autoridad escolar, por una parte asegura al Gobierno la influencia que debe ejercer en la educación nacional; por otra, protección eficaz, honrosa dignidad y justa independencia á los profesores. *(Guizot.)*

Una autoridad que sale de las mismas escuelas, unida á los que las dirijen por intereses y trabajos comunes, de estudios particulares y de experiencia en la enseñanza, no puede menos de mirar con predilección los establecimientos, objeto particular de sus desvelos, y á los maestros cuyo estado es el suyo propio aunque en distinto grado. El inspector que se encuentra en este caso es pues el protector natural de cuantos se dedican á la enseñanza, y solo pueden repugnar sus actos y fallos los que se apartan de la senda que deben seguir.

La conducta del maestro con el inspector la hemos trazado en otra ocasion, y ahora no tenemos que hacer sino extractar los mismos consejos.

El que cumple religiosamente sus deberes, lejos de temer la presencia del inspector, la desea y solicita, porque está seguro que en vez de un fiscal severo hallará en él un consejero y un guia fiel que le ilustre y que le conduzca con seguridad por el espinoso camino que tiene que recorrer. El inspector reanima el zelo que entibian las contrariedades, pide recompensas para

el mérito, sostiene y favorece las esperanzas legítimas, y defiende al perseguido injustamente, haciendo aparecer la inocencia en todo su esplendor.

El inspector en la visita examina el material de la escuela, el régimen y métodos de enseñanza, la instrucción y educación de los niños, y la conducta del profesor. En este exámen no cabe engaño de ningún género por parte del maestro, ni hay preparativos que basten á ocultar la verdad. Por ilustradas que sean, puede alucinarse á las autoridades extrañas al régimen y prácticas de las escuelas, presentando programas pomposos, con lecciones estudiadas de antemano, examinando unas secciones en vez de otras y por mil medios distintos; el inspector descubre la impostura á la primera ojeada y destruye con una sola pregunta tales amaños. El orden, el silencio, la regularidad, el aseo en las personas y en las cosas, la atención y la satisfacción pintados en el rostro de los niños, dicen al primer golpe de vista el ascendiente del maestro. El ligero exámen de una ó dos secciones en cada clase, pone de manifiesto el estado real y verdadero de la instrucción.

Tratar de sorprender al inspector, además de ser indigno de un hombre de bien, es empeñarse en esfuerzos inútiles y en trabajos extraordinarios é infructuosos. No hay otro medio de obtener la aprobación que cumplir fiel y exactamente los deberes del magisterio.

A los maestros zelosos, el anuncio de la llegada del inspector no les impone nuevas obligaciones. Si cuidan siempre, como deben, del aseo, del orden, de la enseñanza y educación, tanto de los niños menores como de los mas adelantados, no se les exige otra cosa. Observando esta conducta pueden esperar tranquilos la

visita, y aun esperarla con satisfaccion, asi como el que se conduce bien que no teme el exámen de sus actos, sino que lo desea para que se aprecien los servicios que presta.

Escusado es recomendar la atencion con que debe tratarse al inspector. Su carácter, saber y todas las circunstancias que en él concurren, le hacen acreedor al mayor respeto.

Las advertencias y consejos acerca de la conducta personal del maestro y de la direccion de la escuela, deben acogerse como un beneficio y ponerlos en práctica á la brevedad posible. Los consejos de un hombre que ha hecho estudio especial de las necesidades de la instruccion primaria, de los mejores métodos de enseñanza, de la mejor organizacion de las escuelas, son muy preciosos y ahorran á veces no poco estudio y trabajo á los maestros.

En las conferencias particulares con el inspector, debe enterarse á este de los entorpecimientos que se suscitan á la marcha de la escuela, de las dificultades que se promueven por personas descontentadizas, de cuanto convenga para el mejor servicio de la instruccion primaria. Entonces es ocasion oportuna de proponer mejoras que, indicadas directamente á las autoridades locales, pudieran comprometer al maestro; entonces se halla este en el caso de manifestar las vejaciones de que es objeto; entonces en fin puede consultar sobre los obstáculos que le embarazan y la conducta que debe observar en determinadas circunstancias, pero hablando siempre con moderacion y calma, con mas interés por los progresos de la enseñanza que por los intereses personales.

El inspector, enterado de todo, aconsejará al maestro, le servirá de guia en su conducta y le dispensará

proteccion en cuanto esté de su parte. Verá á las autoridades locales, discutirá con ellas, procurará persuadirles de lo que conviene á la escuela, y en último caso acudirá á la comision superior.

De este modo se atiende á las necesidades de la educacion y se asegura el bienestar del maestro, evitándole disgustos y compromisos.

El tiempo que hace una escuela interesante y nos atrae intelectualmente una parte de lo que damos al alumno.

Primero un tiempo para examinar las cosas que se leen en la escuela; en seguida se leen en detalle en todas las partes, lo que se lea se recorta en todos sentidos, se le compara, se le relaciona, se le explica, se le discute, se le comenta, se le critica, se le elogia, se le discute, se le comenta, se le critica, se le elogia, se le discute, se le comenta, se le critica, se le elogia.

El maestro que termina la carrera y obtiene título de aptitud para la enseñanza, no debe suponerse automáticamente instruido en cuanto necesita saber para el ejercicio de la profesión. El paso rápido por los elementos que se le enseñan, no le ha permitido sino tocar en la corteza de las cosas sin penetrar hasta el fondo. En el tiempo empleado en la edad en que estudia se presta á un examen serio y profundo. Las nociones adquiridas de prisa, se presentan de una manera vaga y confusa, y se pierden si no se fijan por medio de la reflexion y el trabajo individuales.

En la escuela normal se desarrolla la inteligencia, se aprende á estudiar, se adquiere aptitud para la enseñanza, y recorriendo las nociones elementales de la ciencia, se prepara el terreno fértil y duro de los primeros principios que constituyen la base del saber. El

## CAPÍTULO VII.

## DE LA NECESIDAD DEL ESTUDIO.

El tiempo nos hace una guerra incesante y nos arrebatamos insensiblemente una parte de lo que hemos aprendido. (Barrau.)

Primero me formo idea exacta aunque imperfecta de lo que voy á estudiar; lo examino despues en detalle en todas sus partes, lo profundizo, lo recorro en todos sentidos; en fin, comparo, aprecio las relaciones, y siempre haciendo resúmenes escritos que es el fruto de mi inteligencia secundado por la lectura y la reflexion. Con estas bases se eleva modesto el edificio de mis conocimientos, pero sólido y duradero. (Fortoul.)

El maestro que termina la carrera y obtiene título de aptitud para la enseñanza, no debe suponerse suficientemente instruido en cuanto necesita saber para el ejercicio de la profesion. El paso rápido por los elementos que se le enseñan, no le ha permitido sino tocar en la corteza de las cosas sin penetrar hasta el fondo. Ni el tiempo empleado, ni la edad en que estudia, se presta á un exámen sério y profundo. Las nociones adquiridas de prisa, se presentan de una manera vaga y confusa, y se pierden si no se fecundan por medio de la reflexion y el trabajo individuales.

En la escuela normal se desarrolla la inteligencia, se aprende á estudiar, se adquiere aptitud para la meditacion, y recorriendo las nociones elementales de la ciencia, se prepara el terreno árido y duro de los primeros principios que constituyen la base del saber. El

estudio posterior regular y constante, la experiencia de la vida, el conocimiento de los hombres, es lo que completa la instrucción verdadera y útil del maestro. Los que al salir de la escuela normal se creen unos sábios por haber ganado algunos premios y obtenido calificaciones brillantes, no tardarán mucho en tocar el desencanto y en ver desvanecidas sus ilusiones al dar los primeros pasos en el ejercicio del magisterio.

A más de esto el espíritu humano, como todo en el mundo, marcha adelante en busca de una perfección indefinida, y el que no avanza se queda muy atrás del tiempo y de las cosas. Este cambio perpétuo, este movimiento irresistible no exceptúa al maestro, y es necesario que marche también. Invéntanse nuevos métodos, perfecciónanse los existentes, el aumento de necesidades pide mayor amplitud á la enseñanza elemental, y el que no está al corriente de estas variedades se rebaja, y por instruido que haya sido al empezar sus funciones, no deja de ser una nulidad completa si ha olvidado lo que sabía ó no ha seguido los progresos y adelantamientos de la profesión.

Es necesario pues que á los primeros estudios para prepararse al magisterio siga un estudio constante, capaz de conservar los tesoros adquiridos, de comprender los nuevos descubrimientos, de ilustrar acerca de las dificultades que se encuentran en la práctica, y de ensanchar la instrucción para satisfacer las exigencias de los tiempos. Sin esto la práctica de la enseñanza se convertirá en ciega é infructuosa rutina, y el magisterio, en oficio mecánico ejercido por la necesidad de subsistir.

La pereza y la apatía encuentran muchas excusas para aplazar el estudio. Las ocupaciones diarias de la escuela, las extraordinarias que nunca faltan, los dis-

gustos con los padres, la ingratitud de los discípulos, y otras mil causas distintas, servirán mas de una vez de pretexto para cerrar el libro. Se esperará el verano en que el día es largo, las vacaciones en que hay mas espacio y tranquilidad, y al llegar este tiempo, la pereza, que es muy ingeniosa, hace valer la necesidad de reposo y distraccion. Esta es la historia verdadera de lo que sucede, y mientras tanto el tiempo vuela, dejando un vacío imposible de llenar. Es preciso, pues, resolución firme y decidida, no esperar á mañana, empezar hoy y destinar una ó mas horas diarias al estudio, pues cuando se distribuye el tiempo para todo alcanza. Esto es lo que han hecho los hombres que han dejado un nombre asociado á los progresos del espíritu humano. Pudieran citarse muchos que en medio de ocupaciones mas asíduas y penosas que las del maestro, y despues de adquirir una celebridad que se trasmirá de generacion en generacion hasta el fin del mundo, no han pasado un solo día sin dedicar algunas horas al estudio.

La manera de estudiar tiene sus reglas, que seria muy largo exponer aquí. La mas importante consiste en adoptar un buen método para no perder el tiempo. Distribuido el trabajo segun las materias y las horas de estudio, se lee despacio y con calma, se toman notas, se hacen observaciones, se reflexiona y se compara, y por último se hace el resúmen del trabajo. Este resúmen es un extracto que contiene la sustancia y lo que debe apropiarse el que estudia. Seria muy oportuno escribirlo, y de este modo se tendria á la mano un memorandum que ahorra mucho tiempo en lo sucesivo.

La lectura de libros piadosos, alimento espiritual del hombre, debe ser objeto de ocupacion diaria para el maestro, como cristiano y como encargado de la edu-

cacion. Por este medio sostendrá y fortalecerá las creencias católicas y las prácticas y deberes que imponen, y aprenderá el modo de inculcarlas á los discípulos y el modo de educar á estos.

Despues de este estudio, el de la pedagogía es el mas importante para el profesor. La pedagogía le dará á conocer el carácter, las tendencias é inclinaciones del niño, y los medios de favorecer ó impedir su desarrollo; el arte de dirigirlos en comun, sujetándolos á la regla general, y los medios y procedimientos mas eficaces para los progresos de la instruccion. Estos libros le trazarán la marcha que debe seguir en la educacion y enseñanza que es su principal y mas importante deber, y en ellos encontrará tambien consejos para su propia conducta.

El estudio de los diversos ramos de enseñanza que abraza el programa de las escuelas, debe tener tambien lugar con frecuencia. La práctica diaria sirve de recuerdo continuo, pero es necesario perfeccionarse de dia en dia y ensanchar la instruccion á medida de las necesidades.

El reglamento de escuelas y toda la legislacion vigente del ramo, debe repasarse con frecuencia para cumplir estrictamente las disposiciones del Gobierno.

Por último, conviene leer algunas obras de entretenimiento, pero que sean morales y de buenos hablistas.

Estos son los libros que deben servir de alimento continuo, moral é intelectual al maestro.

## CAPÍTULO VIII.

## DE LAS ACADEMIAS DE MAESTROS.

Semejantes academias suponen grande amor al magisterio, y conocimiento profundo del espíritu de asociacion. (Cousin.)

Las academias de maestros que, bien organizadas, bien dirigidas y bajo una vigilancia ilustrada y zelosa, producen indisputables beneficios á la educacion, son el gérmen del desórden y de las malas pasiones cuando, gobernándose por sí mismas, se extralimitan de su objeto. Las buenas academias robustecen y amplian la instruccion del maestro, perfeccionan los métodos y los medios de educacion, habitúan á cada uno á descubrir y corregir sus defectos, á cumplir con conciencia sus deberes, y á practicar las virtudes públicas y privadas de que ha de dar ejemplo. En estas reuniones se estimula y alienta el zelo tan fácil de entibiarse en el aislamiento; se evita la rutina en que degeneran los mejores métodos cuando uno está entregado á sus propios recursos; se previene la presuncion y el desaliento con el ejemplo de los esfuerzos y buenos resultados de los demas; se vencen las dificultades de la enseñanza haciendo servir la experiencia individual en provecho comun; se multiplica, en fin, y se estrecha los lazos de afecto, de armonía y de amistad que es tan importante promover y conservar entre los profesores.

Por el contrario, donde estas reuniones están mal

organizadas, mal dirigidas y abandonadas á sí mismas, se crea un foco perenne de desmoralizacion y desorden. El menor daño que pueden causar, consiste en distraer á los profesores de ocupaciones útiles para hacerles perder lastimosamente un tiempo precioso. Allí se pone frente á frente la medianía de los unos con la superioridad de los otros para humillar á los primeros y envanecer á los últimos, de que proviene el amor propio desordenado, la envidia, las disputas, las enemistades y la indisciplina. Al interés de la educacion sustituye el interés personal, y la discusion de doctrinas se convierte en quejas y recriminaciones amargas por la precaria situacion del profesor, la mezquindad de las dotaciones, el trabajo de la enseñanza y la soñada persecucion de las autoridades que la dirijen y vigilan. Allí se ponen de acuerdo los discolos para sustraerse de la accion de las autoridades escolares y gubernativas, ensayando medios de resistencia, procurando con sus murmuraciones ponerlos en pugna entre sí, y hacerlas aparecer como duras y parciales para tener un pretexto en que fundar la insubordinacion y la falta de respeto y de cumplimiento á las disposiciones de la superioridad. He aqui el cuadro fiel, el retrato exacto de las malas academias, de esas corporaciones que se reunen mas veces en junta directiva ó gubernativa para promover el desorden y la confusion, que en junta de enseñanza y estudio, único objeto para que han sido creadas.

Las academias de maestros pueden ser de dos clases: academias de verano ó de vacaciones, y academias ordinarias como las que hasta de ahora han existido en España. Las primeras vienen á ser un curso metódico de estudios para los maestros en ejercicio, el cual tiene lugar por lo común en las escuelas normales mientras

las vacaciones. Duran uno ó dos meses, en cuyo tiempo se repasan las materias de enseñanza mas difíciles, ó se explican las que se introducen de nuevo en el programa de las escuelas, como acaba de suceder entre nosotros con las de agricultura y del sistema métrico decimal. Encomendadas las lecciones por la autoridad superior provincial á personas idóneas, no hay que temer el abuso. Las academias ordinarias tienen por objeto la discusion, de que provienen los males que hemos enumerado y otros muchos, si no se organizan y dirigen con acierto.

Las academias limitadas á las poblaciones crecidas, aprovechan á pocas personas, y las que menos lo necesitan, porque tienen otros medios de instruccion. Para que sean realmente útiles al magisterio, es menester establecerlas por distritos, de manera que sin tener que andar largas distancias se reúna un número suficiente de maestros, de doce á quince, para que haya animacion y variedad, y sin que este número exceda de treinta á fin de que todos puedan tomar parte activa en los trabajos; que el cargo de presidente recaiga en persona de superioridad y de firmeza de carácter; que la comision superior haga este nombramiento, y la academia, en la primera junta de cada año, el de vicepresidente y de secretario; que el inspector, de acuerdo con la comision, redacte de antemano el programa de los ejercicios, determinando clara y terminantemente los trabajos de cada sesion, unos mismos para todas las secciones ó distritos de cada provincia; que no pueda reunirse la academia bajo el pretexto de tratar de asuntos gubernativos ni bajo otro alguno, sino en los dias designados en el programa y para ocuparse en los trabajos que el mismo determine; y finalmente, que sin perjuicio de las visitas del inspector y de las personas á

quien tenga á bien delegar la comision provincial, el presidente de la academia dé cuenta exacta de todos los trabajos á la misma comision.

Los ejercicios de las academias deben consistir en lecciones metódicas sobre puntos determinados de las materias que abraza la enseñanza primaria, con cuyo motivo podrán exponer los académicos las dificultades que se les ofrezcan; en discursos sobre las mismas materias y sobre pedagogia práctica, permitiéndose las objeciones sin que haya académicos obligados á objetar; y en el resúmen de tratados de educacion y métodos. Todo deberá determinarse de antemano en el programa redactado por el inspector, quien para el mayor acierto y para que los académicos desempeñen los trabajos que estén mas de acuerdo con las disposiciones y estudios especiales de cada uno, podrá consultar á la academia.

En todo caso, el profesor debe asistir con puntualidad y exactitud á las sesiones, desempeñar con esmero los trabajos que se le encomienden, y escuchar en silencio las lecciones y prestar atencion á los ejercicios. Los escritos y discursos serán cortos, redactados con sencillez y correccion, evitando con igual diligencia el lenguaje grosero y vulgar como la afectacion y pedanteria. Los escritos sobre métodos de enseñanza se fundarán en la experiencia mas bien que en la autoridad de los libros, procurando distinguirse por la exactitud y no por las pretensiones de decir cosas nuevas y originales. Al exponer las dificultades y argumentos que se ofrezcan debe procederse con orden, claridad, sencillez y concision, de modo que estos trabajos puedan servir de ejercicios de bien decir y de bien pensar. Al fin de cada uno de los ejercicios podrá el presidente hacer el resúmen ó encomendarlo á un in-

dividuo que se preste á este trabajo, siempre que sea necesario.

En las sesiones, como fuera de ellas, debe reinar siempre la mayor armonía entre todos, cual corresponde á personas de educacion. Para esto conviene abstenerse de elogios y censuras, evitando asimismo las observaciones que pudieran herir el amor propio ó la modestia, y comprometer la union y amistad de los académicos.

Esto basta para que el maestro que desea el bien y la perfeccion, sepa cuáles son las academias á que debe asistir, como las que ha de evitar, y la conducta mas conveniente en ellas.

## CAPÍTULO IX.

## BIBLIOTECAS DE MAESTROS.

.....Podeis poneros de acuerdo con otros maestros del contorno para organizar en comun y para formar por medio de suscripciones un *circulo de lectura*, parecido á los que se establecen en Alemania entre los profesores de instruccion primaria, los cuales sacan de él gran provecho.

(De Gerando.)

La utilidad de las bibliotecas populares se ha puesto en duda en algun tiempo, pero al fin se establecen en todos los paises ilustrados y se han extendido con particularidad en Alemania de una manera asombrosa. Las buenas lecturas, en efecto, ejercen grande influjo en las costumbres, en el órden público, en los progresos de las artes y la industria, en el bienestar de las familias poco acomodadas y en la dignidad del hombre.

Estas bibliotecas son de tres clases: biblioteca de las escuelas, biblioteca municipal y biblioteca de los maestros. Las dos primeras son de grande importancia para completar la educacion de los niños, y para distraer á los adultos de la ociosidad y diversiones groseras, entreteniéndolos en la lectura agradable y provechosa de libros morales é instructivos. Promoviendo la creacion de estas bibliotecas en cuanto esté de su parte, el profesor de instruccion primaria ha de dirigir sus miras y esfuerzos en primer lugar á la fundacion de las destinadas para el uso particular de los maestros.

Donde existe academia de profesores, apenas exige sacrificio alguno la creacion de una biblioteca para los individuos que la componen. Los maestros que no pertenecen á estas corporaciones, pueden asociarse tambien y adquirir á poca costa algunos volúmenes para el uso comun. Los libros de estas bibliotecas circulan por los pueblos conforme á las reglas establecidas de antemano y cada uno de los asociados se aprovecha, para robustecer y completar su instruccion, de obras importantes que no le seria dado proporcionarse por sí mismo atendiendo á sus escasos recursos.

La dificultad principal, y puede decirse, la única para crear estas bibliotecas, depende de los fondos. En verdad que es cuestion grave á primera vista y la que se ofrece en todas las empresas y en todos los asuntos. No lo es tanto sin embargo, como parece, pues no se trata de lo que se entiende de ordinario con el nombre pomposo de biblioteca, sino de reunir algunas obras cuyo número irá aumentando gradualmente sin grandes sacrificios. Se establece en el local de escuela del pueblo donde celebra las sesiones la academia, ó en el más cómodo para los maestros asociados con tal objeto. Los primeros gastos están reducidos á la adquisicion de un estante sencillo, y algunos pliegos de papel para el inventario y otros registros. Un corto desenvolvimiento por parte de los sôcios fundadores es suficiente para este gasto, y para reunir un fondo de libros que sirva de núcleo á la biblioteca. Los maestros que despues pretendan aprovecharse de los beneficios de la lectura, pagarán una cuota fija de entrada, cuyo importe, así como el de la suscripcion mensual ó anual de todos los socios, se invertirá en obras con arreglo á las bases que se hubiesen establecido.

La biblioteca que empieza de manera tan modesta,

llega á reunir con el tiempo un número de volúmenes de consideracion. Al fin del año, suponiendo que los sócios sean doce, cada uno de ellos tendrá á su disposicion doce veces mas libros de los que hubiese podido adquirir por sí solo. El maestro saca provecho inmediato y personal de los sacrificios que se impone, y tiene la satisfaccion de trabajar para el porvenir, legando á los que le suceden en el magisterio un precioso medio de instruccion. Contribuye tambien á una obra de interés público, y no será extraño que las corporaciones municipales, las personas generosas, y hasta el mismo Gobierno, coadyuven á su prosperidad. De todos modos, aunque los maestros no cuenten con auxilio extraño, aunque den principio á su buena obra con dos ó tres volúmenes, pues la instruccion no depende de leer mucho, sino de leer lo bueno con reflexion, pueden estar seguros que al cabo de pocos años habrán reunido un gran foco de instruccion para ellos y para sus sucesores, de que podrán felicitarse.

La eleccion de libros es asunto de mucha importancia. Entre los buenos es preciso elegir los mejores y mas completos, y para esto el consejo de las personas instruidas, y sobre todo del inspector, vencerán todas las dificultades.

La biblioteca se dividirá en tres secciones: 1.<sup>a</sup> tratados de pedagogía; 2.<sup>a</sup> libros de enseñanza primaria; y 3.<sup>a</sup> libros instructivos y curiosos. Los libros de religion y moral necesarios al maestro, deberán ser de su propiedad particular, sin perjuicio de enriquecer la biblioteca con algunos otros de mas coste, á medida que los recursos les permitan.

Al principio se adquirirán para la seccion primera algunos tratados sólidos y completos de educacion. Luego se agregará lo que se refiera á métodos, y cuando

aumenten los recursos, las obras antiguas de educacion y métodos de mas celebridad. Despues, para estar al corriente de los progresos hechos en el ramo, se adquiere de tiempo en tiempo los libros nuevos que, segun el parecer de personas entendidas, lo merezcan.

La segunda seccion se compondrá por lo pronto de manuales ó compendios de cada una de las materias que abraza la enseñanza primaria. Mas tarde podrá completarse con tratados de mayor extension, eligiendo siempre los que se redacten expresamente para los maestros ó para la instruccion popular.

La seccion tercera será la mas rica y variada. La formarán los libros que, ademas de perfeccionar la instruccion, sirvan de recreo y puedan contribuir á formar un caudal de conocimientos propios para hacer atractivas las explicaciones á los niños. Viajes, historia, especialmente de España, descubrimientos, conocimientos útiles, composiciones en prosa y verso de nuestros mejores escritores, es lo que debe constituir la tercera seccion, bien entendido que en todos estos libros aparezca la mas esquisita moral.

Pocos recursos se necesitan para una obra de tan grande interés, y el maestro, animado del deseo de hacer el bien, no dejará de contribuir á realizarla con fé y con perseverancia.

«Para dar mayor interés á las sociedades de lectura, dice Mr. De Gerando al exponer el estado de la instruccion primaria en algunos pueblos de Alemania, en ciertos círculos se han instituido lo que llaman *libros de correspondencia*. Cada maestro consigna en ellos las observaciones que le parecen mas importantes y dignas de señalarse á sus comprofesores, relativamente á la enseñanza, expresándolas en lenguaje modesto, oportuno y sincero, excluyendo todo lo que no diga rela-

cion directa á las funciones pedagógicas, toda personalidad, toda discusion que pudiera tomar el carácter de acritud, todo escrito anónimo. Estos libros circulan entre los maestros, pudiendo conservarlos cada uno por espacio de dos dias si se limita á leerlos, y seis el que se proponga escribir algunas reflexiones. Ante todo, se consigna lo que se refiera á la última sesion de la academia, se hace el resúmen de lo mas instructivo que resulte de la lectura de los libros, y se indican los principios falsos y los errores que puedan estos contener. En la redaccion debe tenerse presente la concision y brevedad. Se escribe dejando media márgen, á fin de que puedan anotarse en ella las respuestas ó reflexiones de los demas.»

## CAPÍTULO X.

## EL MAESTRO Y SU FAMILIA.

La casa del maestro debe ser una segunda escuela que reproduzca para todo el pueblo, bajo la forma del ejemplo, lo que en la otra escuela enseña á la niñez bajo la forma de lecciones.

(Barrau.)

Parecerá extraño que llevemos nuestro exámen y nuestros consejos hasta la vida íntima, sagrado adonde no deben penetrar las miradas extrañas. No obstante, el maestro es hombre público, y como tal no se pertenece á sí mismo; es el encargado de la educacion de la niñez, á quien debe aleccionar en la escuela y servir de ejemplo y modelo en todas partes. A mas de esto, la vida interior de las familias no es tan secreta que no se trasluzca por el público. Rara vez pasa ignorada en las grandes ciudades, mucho menos en las poblaciones de corto vecindario, y nunca en la mayoría de los pueblos. Allí todo se sabe, todo se examina, de todo se juzga sin piedad, y de estos juicios depende en gran parte la estimacion ó prevenciones contra el profesor.

La casa del maestro ha de distinguirse por el orden y el aseo en la parte material, las buenas costumbres, el buen trato y la mejor armonía entre los individuos que componen la familia. El aseo y la buena disposicion de los muebles reemplazan con ventaja al lujo, in-

compatible con una fortuna limitada. El buen porte entre todos es condicion indispensable para el reposo y la tranquilidad de ánimo, necesaria al hombre que se consagra al ejercicio de funciones penosas, graves y delicadas. Para conseguirlo, el maestro debe ser, en toda la extension de la palabra, buen hijo, buen esposo y buen padre. Asi no llegará persona alguna á aquella casa modesta sin descubrir la dicha y la tranquilidad que en ella se disfruta, y sin deseos de obtenerla por idénticos medios.

El profesor que tiene la fortuna de conservar á sus padres, no podrá menos de cumplir con placer los deberes que la naturaleza y el Criador de todas las cosas le imponen para con ellos. Afecto, veneracion, servicios, auxilios que hagan agradable y satisfactoria su existencia, todo lo pondrá en juego para corresponder en parte á lo que han hecho por él, para cumplir las obligaciones de buen hijo, y para dar ejemplo á los suyos y á los discípulos de su escuela.

Si el maestro es esposo y padre, tendrá otros motivos de satisfaccion y felicidad. Estará rodeado de personas que se interesen sinceramente en su dicha, contará con una mano amiga y leal que cuide de todo; pero al mismo tiempo habrá de cumplir otras obligaciones de las cuales dependerá su tranquilidad y bienestar.

Como en todo, el maestro debe el ejemplo de union conyugal, ejemplo que el pueblo admire é imite en vez de censurarlo. Para esto conviene que antes de proceder á la eleccion de esposa, lo reflexione con madurez. Que no se fije tanto en las gracias exteriores, que destruye el tiempo, como en el carácter y las costumbres que son imperecederas. Al maestro conviene una esposa de virtudes cristianas, hacendosa, y que se avenga con placer al estado excepcional del magisterio.

La vida íntima es difícil, porque en el trato común y frecuente no tarda en descubrirse los defectos de que ninguno estamos exento. Persuadidos de esto, es preciso ser indulgente con los de los demás para que se toleren los nuestros. La armonía entre los esposos solo puede fundarse en el afecto é indulgencia mútua, única regla para evitar las quejas y disgustos amargos que reinan en algunos matrimonios, y sobre todo el escándalo, que sería muy fatal proviniendo del maestro. Para las penas y sinsabores que, á pesar de todo no es posible á veces evitar, el mejor remedio es la moderacion y la paciencia, pues las quejas agravan el mal y suelen hacerlo incurable.

-iv- El maestro padre de familia, se halla en posicion muy delicada. Es mas difícil educar á los hijos propios que á los discípulos, y sin embargo, aquellos deben sobresalir en instruccion y educacion entre todos los del pueblo. Aunque el maestro puede empezar la educacion de sus hijos en tiempo oportuno, cuando todas las facultades de la naturaleza humana se prestan á la direccion conveniente, no puede despojarse del carácter y de las debilidades de padre. Ciego para los defectos del hijo, vé acaso en él un ídolo á quien profesa afecto y ternura exagerada por causa de un sentimiento natural. Fatigado del trabajo de la escuela, despues de combatir horas y horas las malas inclinaciones de los discípulos, y de fomentar y dirigir los buenos sentimientos, no se halla el maestro en disposicion de renovarlo en el seno de la familia en las horas destinadas al reposo. Otra ocupacion distinta pudiera distraerle de la anterior; la continuacion de unos mismos cuidados agota las fuerzas. A todo esto se agrega que el hábito de vivir constantemente en su compañía, de tratar familiarmente con él, hace que disminuya para con sus

hijos el prestigio de la autoridad del maestro. Mas cuanto mayores dificultades ofrezca esta educacion, tanto mas debe esforzarse en dirigirla, no perdonando cuidados ni precauciones, á fin de que sirva de prueba de aptitud para educar á los demas.

Quando el profesor consiga hacer penetrar á sus hijos de la necesidad de una conducta especial, por lo mismo que son sus hijos, habrá dado un gran paso. Las observaciones afectuosas sobre este punto, apoyadas por la madre, si en lo demas no ha descuidado los preceptos y diligencias para la educacion que conviene á todos, repetidas sin cesar y bajo diversas formas, contribuirán eficazmente al objeto. En público, y sobre todo en la escuela, debe tratarles con mayor severidad que á los demas, sin perdonarles la menor falta, porque desde luego se atribuiria á injusticia y acaso lo seria por la propension natural á la indulgencia para con las personas á quienes profesamos cariño especial, indulgencia que suele velar los defectos á nuestros ojos. Mas aun: debe violentarse en ciertas ocasiones, especialmente en las disputas de sus hijos, dando la razon á los contrarios cuando no está muy manifiesta, pues que la afectuosa bondad del padre sabrá templar despues el rigor del maestro. De este modo estará exento de la nota de parcialidad y logrará moderar los ímpetus de sus hijos, obligándoles á presentarse siempre como modelo digno de imitarse. Por lo demas, sin lecciones determinadas, las cualidades del padre son la herencia de los hijos, los cuales descubriéndolas á todas horas en los actos y acciones al parecer mas insignificantes, se las apropian, por decirlo asi, y siendo el maestro cristiano, bondadoso, cortés, probo y aficionado al estudio y al trabajo, no tardan los hijos en serlo tambien.

En el seno de una familia modesta, en que los gastos no exceden á los recursos, en que la relaciones mútuas tienen por fundamento la reciprocidad de afecto, reina la paz, la tranquilidad y el bienestar. Despues de haber consagrado la mayor parte del dia á los deberes públicos, el maestro que tiene la dicha de verse rodeado de una familia semejante, olvida pronto las fatigas, los cuidados, las inquietudes de la escuela. Los gozes puros é inocentes, los placeres accesibles ó todas las fortunas que le proporcionan la esposa y los hijos, dan expansion á su alma, calman su espíritu y lo preparan para resistir nuevas pruebas y redoblar los esfuerzos. No buscará el reposo en una vida disipada el que la encuentra donde solo puede encontrarse, en el hogar doméstico.

Solo falta una recomendacion acerca de este asunto. El esposo y el padre consulta y oye con placer las observaciones de la familia acerca de los negocios domésticos; el maestro no debe consentir que las personas que le rodean se mezclen en lo relativo á la escuela. Le prestarán los auxilios que reclame para asistir á un niño que se pone enfermo y en otros casos en que puedan ser útiles, pero sin introducirse á hablar de las cualidades y defectos de los discípulos, que es el secreto del profesor y de la familia respectiva. Si la del maestro debe abstenerse de censurar á los discípulos, con doble motivo cerrará los oidos y la boca á los cuentos y murmuraciones emponzoñadas contra la reputacion de los habitantes del pueblo y de cualquiera otro. Por el contrario, defenderá con sinceridad al que sea objeto de la calumnia y de la maledicencia, consolará al afligido, aconsejará al que le pida su parecer. A este precio obtendrá el maestro la tranquilidad interior y el aprecio de sus convecinos.

## CAPÍTULO XI.

## DE LA AMISTAD Y DE LAS DISTRACCIONES.

Ten muchos con quienes trates amigablemente, pero tu consejero sea uno entre mil.

(Ecl. cap. 6.)

El reposo absoluto del cuerpo y el trabajo del espíritu despues de la comida, son perjudiciales por lo general. En este tiempo me dedicaré á ejercicios moderados. El paseo, el canto, el cuidado de la sala de clases, será mi descanso ordinario.

Prefiero renunciar á los juegos, aun inocentes, que exponerme á perder en ellos el tiempo, la tranquilidad, la consideracion y acaso el dinero, y el espíritu de regularidad.

(Fortoul.)

La amistad verdadera y pura, tan rara como preciosa, es el signo de almas nobles, y el lazo que puede embellecer las relaciones mútuas de los hombres. La amistad consuela en la desgracia y aumenta nuestros goces en la prosperidad, porque los amigos ensanchan el círculo del hogar doméstico, agrupándose en su derredor personas que se interesan en nuestra suerte.

Las penas se mitigan comunicándolas. El maestro que sufre un contratiempo halla el alivio en el seno de la amistad. Hay disgustos que no se confian á una esposa, porque la mujer, de natural mas vivo é irritable que el hombre por lo comun, aumenta la afliccion con sus lágrimas, y aunque consuela con su participacion en las penas, no las mitiga. Cuando la esposa no tiene aquel carácter enérgico que de tarde en tarde se descu-

bre en una muger , carácter que aumenta con las desgracias , es preciso recurrir á un amigo. Participa este de nuestro dolor, pero ve las cosas con calma , bajo el verdadero punto de vista, y nos las presenta tales como son. Acaso consigue hacernos penetrar de que la palabra que nos parece ofensiva no es mas que palabra severa , que lo que tomamos por amenaza no es mas que censura , y en todo caso nos consuela y nos aconseja sin pasion ni prevenciones, pues que se halla en estado de juzgar mejor que nosotros de lo que nos conviene.

La amistad, para ser sólida y duradera, ha de fundarse en la estimacion y la virtud. Mas vale no tener amigos que sufrir luego desengaños crueles que destrazan el alma. Por eso, antes de ceder á nuestras simpatías, es preciso tener mucha prudencia y reflexion: ser benévolo con todo el mundo, tener familiaridad con muy pocos, intimidad con menos todavía.

Una vez elegido un amigo es preciso dispensarle confianza completa , y cumplir todos los deberes de la amistad. Los principales son : afecto , efusion de sentimientos , fidelidad , abnegacion y desinterés. No obstante, la amistad mas sincera exige cierta discrecion y reserva: el hombre es débil por naturaleza y no conviene nunca hacer confianzas indiscretas y acaso perjudiciales.

En general, la amistad se contrae entre personas de la misma edad, de igual posicion y de inclinaciones análogas. La profesion, los estudios y las ocupaciones del maestro, le inclinan naturalmente á buscar en sus comprofesores los tiernos sentimientos de la amistad íntima. La cultura de espíritu, la gravedad de carácter, y la sencillez y regularidad de costumbres del buen maestro, atraen naturalmente á sus comprofesores, que viven como él entre personas de costumbres ásperas,

que pasan la vida en ocupaciones muy diferentes de las del magisterio.

Es preciso pues escoger entre los compañeros vecinos un amigo de carácter simpático, y sobre todo de probada virtud. Con él se puede hablar de la escuela, de los progresos de la instrucción, de los obstáculos que se suscitan á la enseñanza y de los medios de destruirlos. Las observaciones y consejos mútuos serán muy provechosos para ambos, y el cambio de auxilios y consuelos en caso necesario dulcificarán los disgustos y sinsabores de la vida.

De esta manera la amistad añadirá una distracción nueva á las que proporciona al maestro su propia familia, las ocupaciones de entretenimiento y la lectura.

Hay hombres de concepción tan fácil, de tal robustez y fortaleza, que jamás los fatiga ni el estudio ni el trabajo; una ocupación nueva les hace olvidar la ocupación anterior, y pasan horas y horas, y días y días sin fatiga. Mas esto es una excepción rara. El común de los hombres es de otro temple, y no resiste largo tiempo el estudio ni el trabajo sin agotar las fuerzas. Necesita interrumpirlo para conceder alivio y descanso al espíritu. En este caso se encuentra el maestro que, después de seis horas de clase, después de otras ocupaciones que su profesión requiere y que exigen estudio serio y trabajo asiduo, necesita distracción y reposo.

Las distracciones en el seno de la familia, conversando con los amigos ú ocupado en la lectura, son las más convenientes al profesor. A esto puede agregarse la música, el cultivo de un jardín, y otros trabajos mecánicos que sirven de recreo y fortifican la salud ejercitando las fuerzas.

La concurrencia habitual á reuniones que se entregan á la diversión y al placer, no conviene al profesor

porque le distraeria demasiado de sus graves ocupaciones, exponiéndole á mil compromisos. Sobre todo debe huir de los sitios de disipacion y de las diversiones groseras, donde su presencia causaria extraño contraste y donde se rebajaria á la vista de las familias y de los discípulos. Y no hay que decir que es costumbre en el pueblo, ni que los antecesores han asistido á tales lugares, porque esta excusa no le disculparia ante los hombres sensatos, ni ante los mismos que le invitaran y le comprometiesen á concurrir y tomar parte en distracciones poco conformes con su carácter.

Reunirse en las horas de descanso con el párroco, con los comprofesores ó con otras personas de buenos modales y costumbres, conversar algun tiempo y entretregarse á juegos ó diversiones lícitas y honestas por un rato, no ofrece inconveniente y no puede prohibirse al profesor. Cuide éste sin embargo que el recreo no se convierta en ocupacion, porque en vez de aliviar el espíritu le disiparia, en vez de distraer del trabajo debilitaria las fuerzas y perjudicaria á la salud. Por eso el tiempo destinado á estas distracciones ha de ser corto, y ha de emplearse con moderacion.

## CAPÍTULO XII.

DE LOS MEDIOS DE MEJORAR EL MAESTRO SU SITUACION  
MATERIAL.

---

Nada teneis, y deseais vivir sin trabajar al fin de la carrera, asi como trabajando durante toda ella; cercenad, pues, de vuestros gastos lo que no sea absolutamente indispensable, todo lo que pudiera excitar las pasiones satisfaciendo gastos peligrosos. (Salmon.)

Ayúdate, que Dios te ayudará.

El deber principal del maestro es la escuela. Mientras no haya cumplido exactamente todas las obligaciones que la educacion y enseñanza le imponen, no puede pensar en otra cosa; despues de haberlas satisfecho no debe ocuparse en nada de lo que pudiera distraerle de las que le esperan al dia siguiente. Pero si ha de ser exacto en la escuela, no lo ha de ser menos en lo que se refiere á sus intereses particulares. Tiene una familia á quien ha de mantener y vestir con modestia pero con decoro; está expuesto como todos los hombres á un contratiempo ó una desgracia; ha de mirar á la vejez, y todo esto le obliga á aumentar sus recursos por medios lícitos y honrosos, compatibles con el desempeño de su profesion.

El primer recurso del maestro para la desgracia y la vejez consiste en la prevision, en moderar los deseos para limitar las necesidades. Vida retirada y modesta, vestidos decentes y poco costosos, alimento sencillo

aunque sano, abundante y variado, es lo que conviene á la salud, á la dignidad y al bienestar del maestro: órden y economía es lo que constituye la fortuna presente y venidera del hombre que gana el sustento cotidiano con el trabajo.

Hablar de economía á los maestros, sujetos por lo comun á continuas privaciones, parecerá sin duda un consejo demasiado duro, y lo es, en efecto, para muchos cuya situacion les obliga á vivir en la mayor estrechez. Sin embargo, algunos necesitan aprovecharse de él, y no hay fortuna, por escasa que sea, en que no pueda tener aplicacion. Economías al parecer despreciables suman con el tiempo una cantidad mayor de lo que pudiera imaginarse: la de una semana es imperceptible, la de un mes apenas se aprecia, la de un año tiene ya bastante importancia, y la de algunos años de la juventud es un recurso precioso para la vejez. Esta prevision de todos los dias ahorra muchas inquietudes y necesidades inseparables del hombre que no guarda cuando gana para cuando no puede ganar. En esto, solo hay que prevenir que no se confunda la avaricia con la economía: una cosa es privarse de lo necesario, y otra abstenerse de lo que no es absolutamente indispensable: la economía hace tranquila y dichosa la medianía; la avaricia lleva la inquietud y el descontento hasta en medio de la riqueza.

Más no basta hacer ahorros, es preciso acumularlos con sus productos para que en tiempo necesario sean un recurso precioso para atender á las necesidades que la falta de salud ó la edad no permita satisfacer con el trabajo. Mientras no se asegure al maestro la subsistencia para la vejez, puede emplear con provecho parte de las economías en la Sociedad de Socórros mutuos entre profesores de instruccion pública. El sacrificio

que los dividendos imponen cuando el número de acciones porque cada uno se interesa guarda relacion con su fortuna, están mas que suficientemente compensados con la tranquilidad que inspira la Sociedad acerca del porvenir del sócio y de su familia. El que no tiene confianza en la Sociedad de Socorros, puede depositar sus economías en la caja de ahorros, donde la hubiere, y donde no, en manos de personas de garantía, prefiriendo las que por su reconocida probidad ofrezcan un interés seguro á las que lo prometan mas alzado, evitando siempre todo lo que pudiera confundirse con el tráfico y el agiotaje. Estos medios no cambiarán la situacion modesta del maestro, ni le conducirán á la riqueza, pero podrán proporcionarle un recurso para educar á los hijos, un *socorro* que mitigue los dolores de la miseria en que las enfermedades ú otras desgracias imprevistas pueden sumirle.

Bien quisiéramos no recomendar á los maestros otro medio de asegurar su porvenir que la economía, porque es sin duda el mas digno de todos y el mas conforme con su modesta mision, y aun inseparable del que, penetrado de ella, aspire á instruir y moralizar con las lecciones y el ejemplo. Mas la dura ley de la necesidad obliga á muchos á buscar otros recursos fuera del magisterio para suplir la insuficiencia de sus miserables dotaciones y es preciso ilustrarles acerca de este asunto. Para los que disfrutan un sueldo bastante á satisfacer las necesidades, no son permitidos otros cargos que el de la enseñanza; á los demas es justo consentirles otras ocupaciones accesorias á la de la escuela, compatibles con los deberes que su ministerio les impone, pero necesarias para suplir los recursos que este les niega.

De muy antiguo van anejos á los magisterios pobres

otros cargos y ocupaciones, incompatibles algunos con los principales deberes de la enseñanza y perjudiciales á la dignidad del profesor. La miseria y la ignorancia de los que se dedicaban á la instruccion de la niñez sin título ni otros requisitos legales, eran causa de tales abusos, los cuales van desapareciendo gradualmente. Pero hay algunas ocupaciones que, consideradas como accesorias, tendrán que tolerarse por mucho tiempo en los pueblos de corto vecindario, y otras cuya práctica, sin ofrecer inconvenientes, puede mejorar la situacion de los profesores y conviene que saquen estos partido de ellas.

En este último caso se hallan las que tienen por objeto la enseñanza en horas extraordinarias, despues ó en el intermedio de las clases, de modo que no se desatiendan ni perjudiquen estas. Las lecciones particulares, las clases de niñas donde no hay profesora, y sobre todo las escuelas de adultos, son ocupaciones que en nada se oponen al decoro y dignidad del magisterio ni á la regularidad y exactitud de las obligaciones de la escuela, y que ofrecen al maestro un precioso recurso, aunque corto, para mejorar su posicion.

Los maestros casados, como lo son todos por lo general, pueden destinar sus esposas á la enseñanza de las niñas, con gran provecho de los pueblos y del mismo profesor. Para ejercer en las poblaciones crecidas necesitarian proveerse del competente título, pero en las aldeas, donde no hay escuela pública ni privada de niñas, pueden encargarse de instruir á estas en doctrina cristiana y en las labores propias del sexo, aun careciendo de aquel requisito. En los pueblos de corto vecindario donde los magisterios están mas pobremente dotados, la módica retribucion de las niñas seria un auxiliar de mucha importancia.

Cuando el maestro disfruta cierta dotacion señalada por la ley, le está prohibido desempeñar la secretaria del ayuntamiento. Este cargo, en efecto, no puede conciliarse con el de maestro en pueblos de alguna importancia. Aunque mas compatible en las aldeas, donde los trabajos que impone son menores, deseáramos poder librar al maestro de esta carga penosa que siempre distrae de la enseñanza, y que por lo comun proporciona muchos disgustos. Sin embargo, son tan limitados los recursos de algunos pueblos, que á no reunir ambos destinos en una sola persona, seria absolutamente imposible atender á ellos.

De los cargos que suelen desempeñar los profesores en la iglesia, no puede tolerarse de ningun modo sino el de organista y el de asistente del párroco en los oficios. El de organista se aviene muy bien con los deberes del magisterio. No ejerciéndose sino en los domingos y en las festividades en que no hay escuela, en nada se opone al cuidado de esta. El de asistente del párroco, requiere un trabajo mas asiduo. En los dias festivos y en los que no lo son, en las horas de clase y en todos los momentos, ocurren casos que obligarian á interrumpir la enseñanza si el maestro ejerciera este cargo; de consiguiente, conviene evitarlo donde quiera que los recursos de que pueda disponer el maestro lo consientan.

La agrimensura ha sido muy útil á algunos profesores, pero en la actualidad, ni es fácil habilitarse para ejercerla, ni aunque lo fuese puede ejercerse sin detrimento de la enseñanza, á no ser en las épocas de vacacion.

En los pueblos de corto vecindario, donde es preciso pensar en mas recursos para no vivir en miserable estrechez, se ofrece al maestro el de cultivar un trozo

de terreno por sí mismo ó por medio de jornaleros, y la cria de abejas y de gusanos de seda, ocupaciones á que puede atender cómodamente con el auxilio de su familia y de que se obtiene algun provecho.

Hemos visto recomendados á los maestros otros medios de acrecer su reducida renta, pero algunos desdicen de su carácter, otros exigen largo aprendizaje; y los demas no ofrecen lucro alguno en las poblaciones donde mas se necesita. Los que hemos indicado antes y otros análogos, propios solo de determinadas localidades, son mas útiles y están mas en armonía con las funciones del magisterio á que deben subordinarse todas las ocupaciones accesorias del profesor.

Los maestros en la iglesia, no pueden tolerarse de ningún modo sino en la organista y el de asistencia del párroco en los días de fiesta. El de organista se conviene muy bien con las obligaciones del magisterio. No es recomendable sino en los domingos y en las festividades en que no hay escuela, en nada se opone al cuidado de esta. El de asistencia del párroco, requiere un trabajo mas asiduo. En los días festivos y en los que no lo son, en las horas de clase y en todos los momentos, ocurren esas que obligan á interrumpir la enseñanza si el maestro ejerciera este cargo; de consiguiente, conviene evitarlo donde quiera que los recursos de que pueda disponer el maestro lo permitan.

La enseñanza ha sido muy útil á algunos profesores, pero en la actualidad, ni es fácil hallarse para ejercerla, ni aunque lo fuese puede ejercerse sin detrimento de la enseñanza, á no ser en las épocas de vacación.

En las pueblitos de corto vecindario, donde es preciso pensar en mas recursos para no vivir en miserables estrechez, se ofrece al maestro el de cultivar un trozo

## CAPÍTULO XIII.

## MOTIVOS PARA RETIRARSE DE UNA ESCUELA.

¿Persistireis en permanecer en un pueblo donde vuestra presencia es causa incansante de divisiones?... Sin duda es costoso renunciar á relaciones amistosas, abandonar los sitios que se ama, ver disiparse los dulces sueños del porvenir: la separacion es cruel, pero despues de la amargura del primer momento, se goza de las delicias de la calma que sucede á la tempestad; la nueva morada que escoljais se embellecerá con los encantos de la anterior, sin reproducirse los disgustos y sinsabores de esta. (Barrau.)

Nos aproximamos á un momento que me llenará de alegría, y en el cual sin embargo no puedo pensar sin alligirme: el dia en que vas á entrar en la carrera y en que yo voy á retirarme. Lo conozco, aunque mi corazon, mis hábitos y acaso la necesidad de accion, que no abandona enteramente al hombre que ha pasado la vida en el trabajo, me sujetan aun á la escuela: otra necesidad, la de la calma, los años que han disminuido mis fuerzas, y el deber, que es nuestra primera ley, me obligan á retirarme.

(Carta de un maestro á su hijo.)

Por favorables que sean las disposiciones de un pueblo con respectó al profesor, no hay que fiar demasiado en la estabilidad y fiijeza de las cosas, ni dejarse dominar de una confianza que puede ser fatal. Cuanto mas brillantes resultados presente la escuela, cuanto mas elogios y distinciones se le prodiguen, tanto mayores deben ser los esfuerzos para corresponder á estas demostraciones de interés y para contrarestar la malevolencia de los émulos. De la misma manera, por gran-

des que sean las contrariedades y dificultades que se susciten al maestro, no hay que desanimarse ni perder por completo la esperanza. A fuerza de paciencia y decision suelen disiparse las prevenciones injustas, y hasta se destruye la mala voluntad. Modestia, pues, y vigilancia sobre sí mismo en los dias de prosperidad; energía y paciencia en medio de las amarguras inseparables de la carrera del magisterio.

Difícil y penosa es la situacion del maestro cuando las circunstancias se conjuran contra él. La indocilidad de los niños, las contrariedades de los padres, el abandono de las autoridades locales, todo parece ponerse de acuerdo para esterilizar las mejores intenciones y los mas bien combinados esfuerzos. Mas hasta aquí es la indiferencia que mata gradualmente, pero que tiene cura. Cuando de la indiferencia se pasa al rencor y al ódio por el pretexto mas insignificante ó sin pretexto alguno, los tiros se dirigen al corazon. Se forma una cábala, se declara guerra al maestro y nada se perdona para desconceptuarle entre los hombres de bien hasta perderle: la injuria y la calumnia pasan de boca en boca envenenándose por momentos, y hasta las acciones mas inocentes son objeto de imputaciones graves. Si calla, esperando tranquilo el apoyo de la autoridad superior, el silencio se atribuye á confesion de la culpa; si se defiende, se le acusa de carácter indómito é irascible, causa del desórden y conmocion de todo un pueblo.

Esta es la historia fiel y verídica de lo que sucede á muchos maestros, de los cuales, si alguno ha podido dar motivo con su conducta á semejante estado de cosas, el mayor número ha desempeñado los deberes del magisterio con escrupulosa religiosidad por espacio de muchos años.

¿Y qué ha de hacer el pobre maestro en tales cir-

cunstancias? Apenas nos atrevemos á aconsejarlo, pues se necesita resignacion y energía poco comunes para seguir el consejo: paciencia inalterable y redoblar los esfuerzos en beneficio de los mismos enemigos. No hay otro medio. Acaso esta conducta, las diligencias del inspector, las amonestaciones y órdenes de las autoridades superiores, logren al fin disipar la tormenta.

Si, á pesar de todo, no cediesen los ataques y persecuciones injustas, si el apoyo de la autoridad superior y la declaracion de inocencia hecha por la comision provincial acreciesen la irritacion ensañando á los perseguidores, es preciso renunciar la escuela y abandonar un pueblo donde no es posible disfrutar un momento de tranquilidad y reposo, y donde no hay otro medio de calmar el desórden y agitacion promovida entre el vecindario. El amor propio se resistirá á ceder en una lucha en que está de nuestra parte la razon; mas por amargo y cruel que sea este paso, la prudencia lo aconseja y la calma y bienestar de todos lo exige. Solo en el caso de que se le acusara de faltas ó vicios que afectan á la moral del hombre, debiera resistirse hasta probar la inocencia.

El maestro que por tales motivos se ve precisado á renunciar un destino que ha obtenido legalmente y desempeñado con conciencia, puede estar seguro de hallar apoyo y proteccion en las autoridades. A pocos esfuerzos conseguirá otra plaza de iguales ó mayores rendimientos, donde con su conducta y con los resultados de la enseñanza, hará palpable la injusticia de que ha sido víctima. Allí, por fin, en medio de la paz y del reposo, tendrá la recompensa de sus afanes y se consolará pronto de los disgustos y amarguras porque ha pasado.

Despues de este motivo que obliga al profesor á

renunciar la escuela, solo hay otro que le aconseje el mismo paso, y es la imposibilidad de dedicarse á la enseñanza. Al que es previsor, no le cogerá desprevenido: durante la juventud habrá pensado en la vejez y en los achaques, necesaria pension de la naturaleza humana, y estará dispuesto á obrar sin inquietud conforme la razon nos dicta.

La edad y los padecimientos agotan las fuerzas del cuerpo y del espíritu. Los deberes del magisterio, difíciles y penosos, debilitan muy pronto la constitucion mas robusta y destruyen la energía de las facultades. Pocos hombres pueden gloriarse de disfrutar naturaleza tan privilegiada que, resistiendo á los estragos de la edad, conserven las fuerzas necesarias para el trabajo hasta los últimos momentos de la existencia. Al cabo de ciertos años, ó despues de sufrimientos dolorosos, notará el maestro disminuirse el vigor de su inteligencia y voluntad, entibiarse su zelo, dificultarse sus movimientos, debilitarse las impresiones de los sentidos, y por último agriarse su carácter y perder la paciencia. En este caso el deber del maestro es renunciar á la enseñanza, retirarse llevando consigo la bendicion y la gratitud de las familias.

Para prolongar su vida algun tiempo, debe entregarse á un ejercicio menos violento; á una accion mas sosegada y exenta de agitaciones. La escuela exige esfuerzos de espíritu, que en la vejez no son posibles sin grande fatiga; una exactitud que no haria mas que aumentar la debilidad y achaques del profesor. Su propio interés, de acuerdo con el de la enseñanza, le aconsejan que se retire. De otra manera agravaria sus males, destruiria la reputacion que hubiese adquirido antes y tendria que resignarse á una separacion oficial, dolorosa y cruel.

Es triste que al fin de sus dias no cuente el profesor con un auxilio que le libre de la miseria, con un reducido sueldo por via de jubilacion como se disfruta en todas las profesiones y carreras, que le consuele al renunciar de los trabajos de la enseñanza; mas es preciso ver las cosas tales como son y no como debieran ser. Acaso el pueblo agradecido á los servicios de un hombre que ha encanecido en la enseñanza, le conceda algunos recursos con que atender á la subsistencia como sucede en muchas partes. Acaso no admita la renuncia y quiera conservarle al frente de la escuela nombrando un auxiliar inteligente y activo para que no se perjudique la enseñanza. Cuando no suceda asi, la dignidad y la independencia del profesor anciano dependerá de su prevision y economías anteriores, de ese espíritu de prevision que hemos recomendado antes y que se aviene tan bien con la práctica de todos los deberes.

## CONCLUSION.

¡Ojalá que mis palabras sean bastante eficaces para alentaros y sosteneros en vuestros trabajos, y auxiliáros á triunfar de los disgustos y contrariedades inevitables donde quiera que hay que hacer el bien! ¡Ojalá fuesen tan eficaces que pudiesen aumentar los goces que os esperan! ¡Entrad pues con desinterés, con valor, en la vía que se abre ante vuestros pasos! ¡que el amor del bien sea vuestro móvil! ¡que la virtud sea vuestro guía!

(De Gerando.)

Hemos procurado dar á los maestros idea exacta y verdadera de su destino y exponer las reglas prácticas de la conducta que deben observar, apoyadas en ligeras reflexiones. Lo primero tiene por objeto desviar del magisterio á los que no se hallen con fuerzas suficientes para el desempeño de las obligaciones que impone; lo segundo trazar el camino, formando una especie de itinerario moral, á los que abracen tan penosa como honorífica carrera, á fin de que marchen adelante con ánimo, discrecion y perseverancia.

Examinando las diversas situaciones del maestro, hemos expuesto con lisura y verdad las virtudes y privaciones propias de cada una, la opinion que gozan entre el comun de las gentes los que se consagran á la enseñanza de la niñez, el corto premio á que pueden aspirar en este mundo, y la conducta moral y desinteresada porque deben distinguirse. Como verdaderos amigos, como amigos desinteresados, nos hemos pro-

puesto ilustrar á los profesores sobre sus verdaderos intereses, haciéndoles oír la voz de la prudencia y la razon, sin que la lisonja, la debilidad ni la timidez detuvieran un momento nuestra pluma al trazar algunos cuadros, por demas tristes y desconsoladores, de la vida del maestro. Si nuestros consejos son duros y penosos mas de una vez, no se atribuya á nuestro carácter ni á falta de simpatías, sino al estado real y efectivo de las cosas á que debemos atender antes que todo, pues que los mejores deseos no alcanzan á modificarlo.

Pero en medio de las privaciones hay tambien goces puros para el hombre que se consagra á practicar el bien, y hemos procurado hacerlos resaltar. El maestro que abraza su destino con verdadera vocacion, que reúne las dotes necesarias para ejercerlo, y que cumple religiosamente sus deberes, encuentra el placer y la dicha en la conciencia de haberlos cumplido, y vive satisfecho y tranquilo con el bienestar que se proporciona por medio del trabajo y la economía. Compara su situacion con la de otros muchos, y se consuela al observar que hay destinos que imponen análogos sacrificios á los del magisterio y no ofrecen iguales satisfacciones.

El buen maestro ademas, preparado contra los disgustos y sinsabores, sabe prevenirlos, y cuando no, moderarlos. Al entrar en la escuela piensa que va á tratar con niños, por lo comun perezosos, inquietos, desaplicados, y nada le sorprende ni altera: los instruye y corrige sin inquietarse ni perder el ánimo. Conoce las debilidades y preocupaciones de los padres, y no le extraña ni el descuido de unos ni las exigencias injustas de los otros: los escucha sin admirarse cuando se le acercan, y les contesta con tranquilidad y calma. Otro tanto le sucede con respecto á las autoridades que

ni protejen la escuela ni aprecian los resultados de la educacion y enseñanza, y nada es capaz de irritarle. Procura que las cosas sean como deben ser, y muchas veces lo consigue; cuando son estériles todos los esfuerzos y diligencias, se duele, pero se tranquiliza pronto, sin desanimarse, satisfecho de no haber omitido medio alguno por su parte.

Para esto se necesita resignacion y confianza en la Providencia divina, cuyo auxilio es menester implorar todos los dias y en todas ocasiones. Con este auxilio puede seguirse el ejemplo de un hombre distinguido que ejerció el magisterio de instruccion primaria en circunstancias bien dificiles y azarosas, el célebre Winkelman, el cual en medio de las mas duras pruebas se decia á sí mismo:

«¡Paz, corazon mio! ¡tu poder es mas grande que tus males!»

FIN.

# INDICE.

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCION. . . . .	7

## PARTE PRIMERA.

### DISPOSICIONES Y PREPARACION DEL MAESTRO.

CAPÍTULO I. De la importancia del magisterio. . . . .	42
CAP. II. De la posicion del maestro. . . . .	45
CAP. III. De las dotes del maestro en general. . . . .	49
CAP. IV. De la vocacion. . . . .	23
CAP. V. De la modestia. . . . .	26
CAP. VI. De la paciencia y perseverancia. . . . .	30
CAP. VII. De la preparacion al magisterio. . . . .	34

## PARTE SEGUNDA.

### EDUCACION É INSTRUCCION.

CAPÍTULO I. La escuela buena. . . . .	39
CAP. II. La escuela mala. . . . .	45
CAP. III. De la autoridad moral del maestro. . . . .	48
CAP. IV. De la bondad. . . . .	52
CAP. V. De la severidad y firmeza. . . . .	55
CAP. VI. De los premios y castigos. . . . .	58
CAP. VII. De los registros. . . . .	62
CAP. VIII. De la educacion. . . . .	67
CAP. IX. De la instruccion. . . . .	73

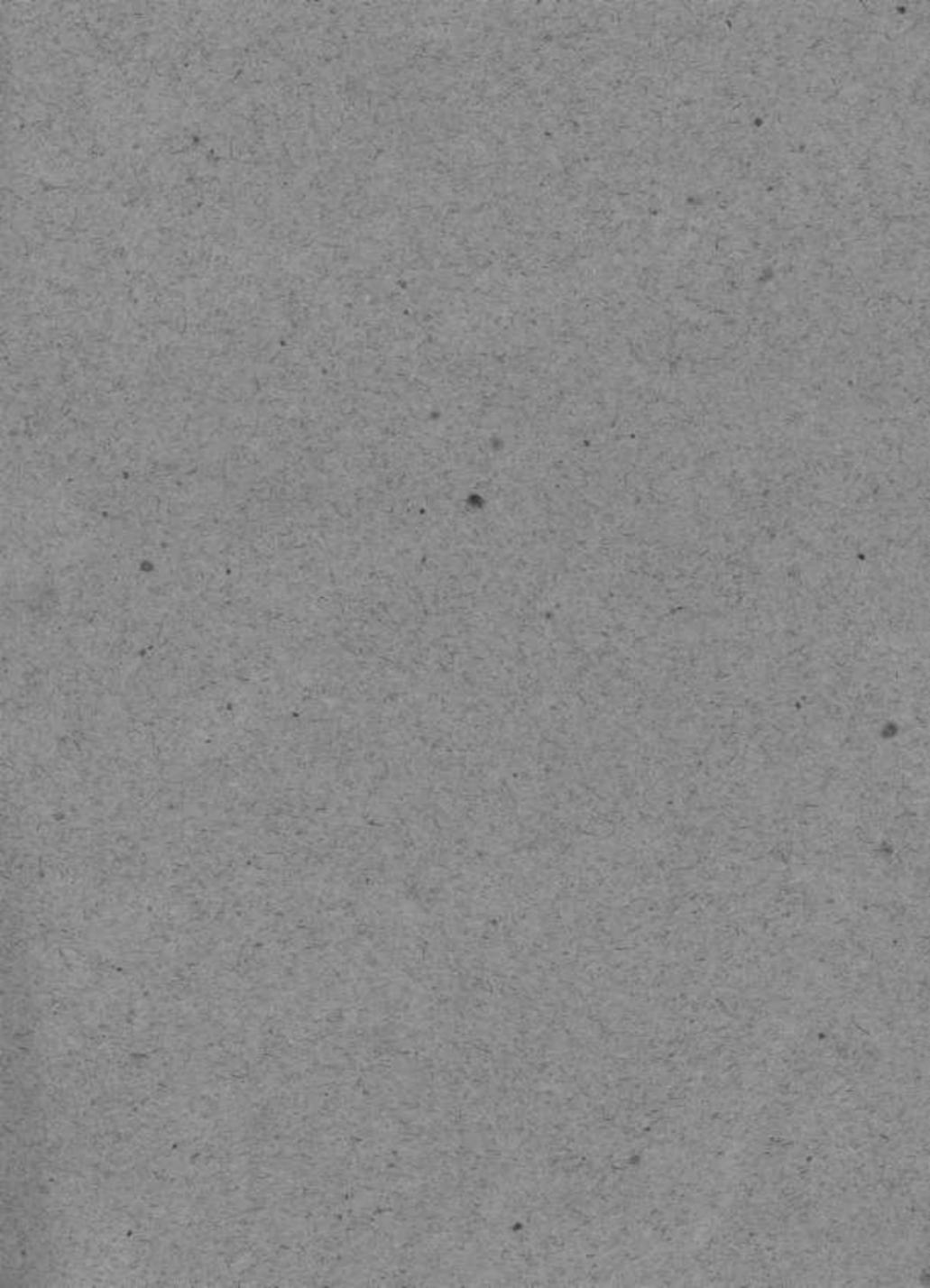
CAP. X. Del régimen y dirección de la escuela. . . . .	83
CAP. XI. De los métodos y procedimientos. . . . .	94
CAP. XII. Libros de texto. . . . .	104
CAP. XIII. De los exámenes. . . . .	115

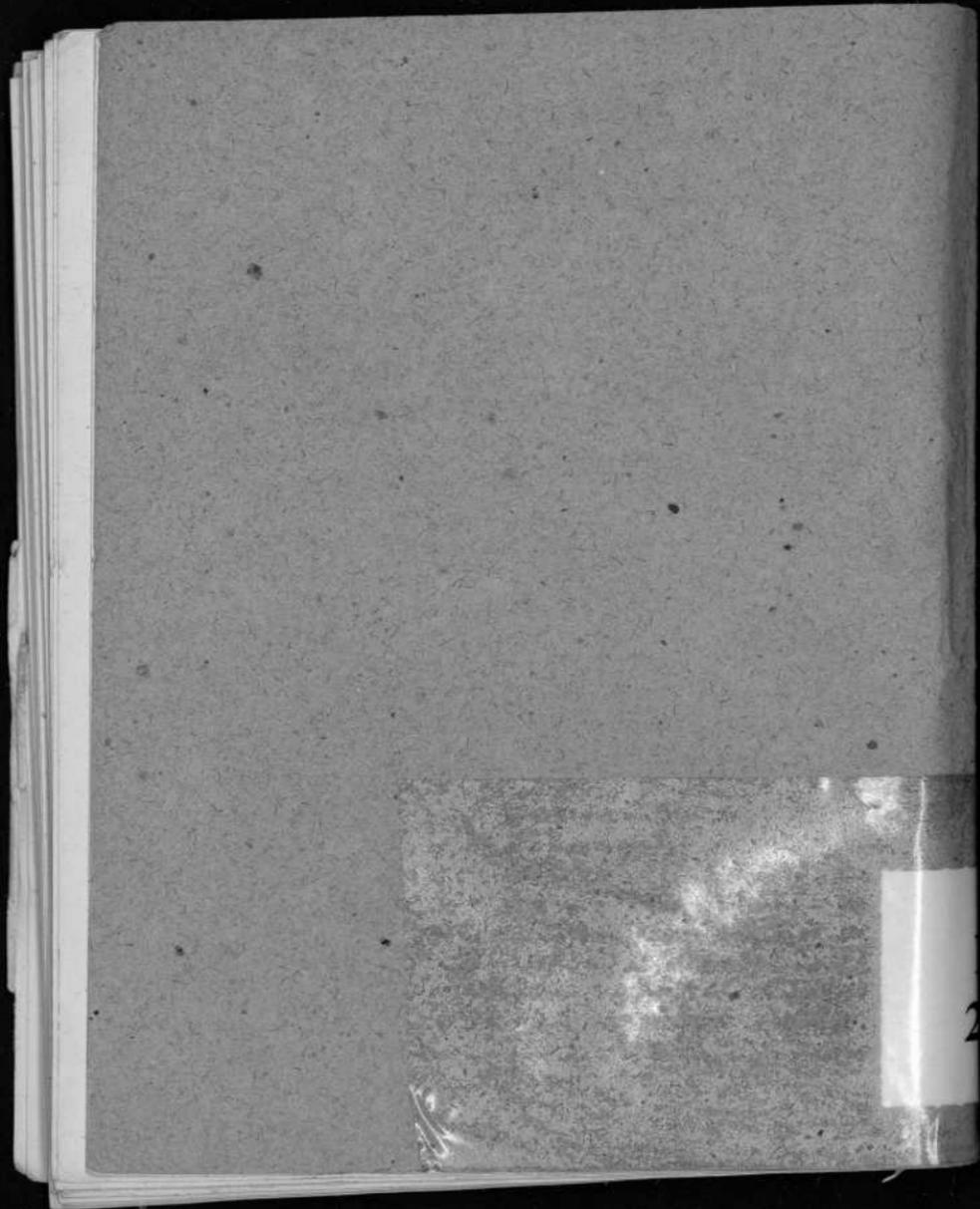
## PARTE TERCERA.

### CONDUCTA PÚBLICA Y PRIVADA DEL MAESTRO.

CAPÍTULO I. El maestro y la comisión local. . . . .	125
CAP. II. El maestro y el alcalde. . . . .	131
CAP. III. El maestro y el párroco. . . . .	135
CAP. IV. El maestro y los padres de familia. . . . .	139
CAP. V. El maestro y el público. . . . .	145
CAP. VI. El maestro y el inspector. . . . .	150
CAP. VII. De la necesidad del estudio. . . . .	154
CAP. VIII. De las academias de maestros. . . . .	158
CAP. IX. Bibliotecas de maestros. . . . .	163
CAP. X. El maestro y su familia. . . . .	168
CAP. XI. De la amistad y de las distracciones. . . . .	173
CAP. XII. De los medios de mejorar el maestro su situación material. . . . .	177
CAP. XIII. Motivos para retirarse de una escuela. . . . .	183
CONCLUSION. . . . .	188

30	Capítulo I. La escuela pública.
31	Cap. II. La escuela mala.
32	Cap. III. De la autoridad moral del maestro.
33	Cap. IV. De la honra.
34	Cap. V. De la severidad y firmeza.
35	Cap. VI. De los premios y castigos.
36	Cap. VII. De los registros.
37	Cap. VIII. De la educación.
38	Cap. IX. De la instrucción.





D-1

2311